

PUBLICACIONES DE LA COMISION NACIONAL DEL
SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

BOLIVAR, AYACUCHO Y LOS TRADICIONISTAS PERUANOS

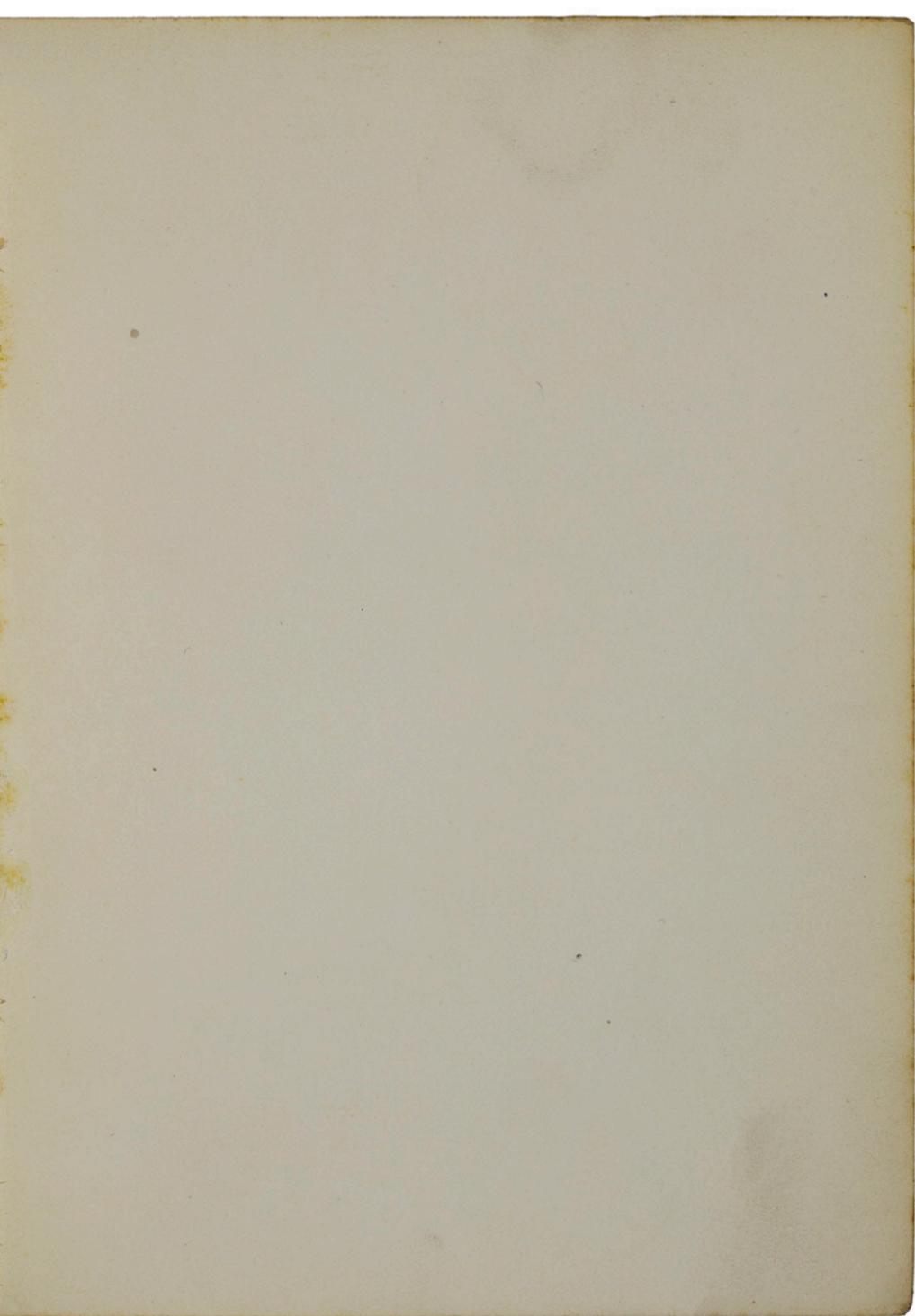
Recopilación, selección y prólogo

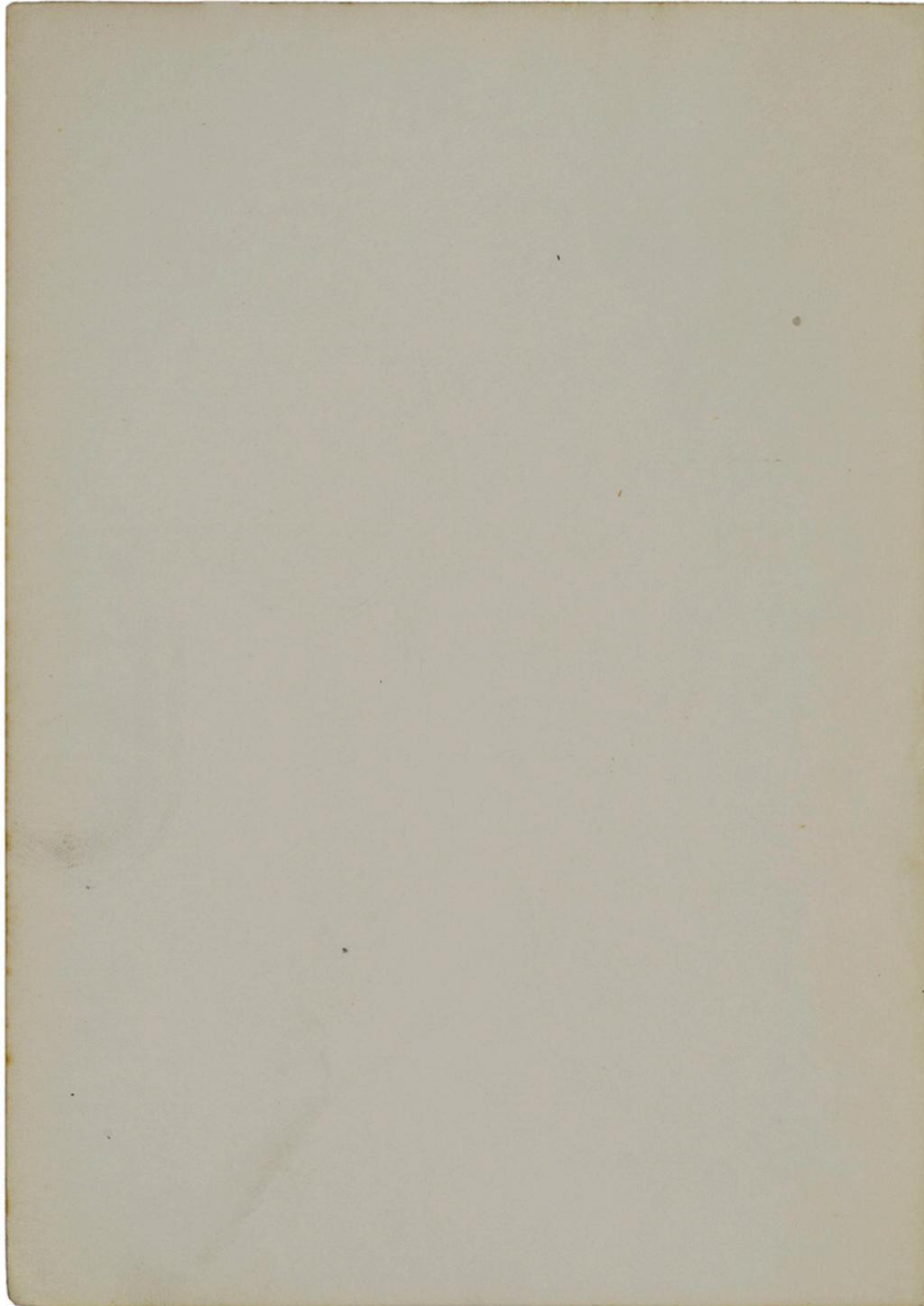
por

Estuardo Núñez

41
67
1974







PUBLICACIONES DE LA
COMISION NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

**BOLIVAR, AYACUCHO Y
LOS TRADICIONISTAS
PERUANOS**

Recopilación, selección y prólogo

por

Estuardo Núñez

1974

REPUBLICA DEL PERU
COMISION NACIONAL DEL RESCATE Y RECONSTRUCCION
DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

BOLIVAR, AYACUCHO Y
LOS TRADICIONISTAS
PERUANOS

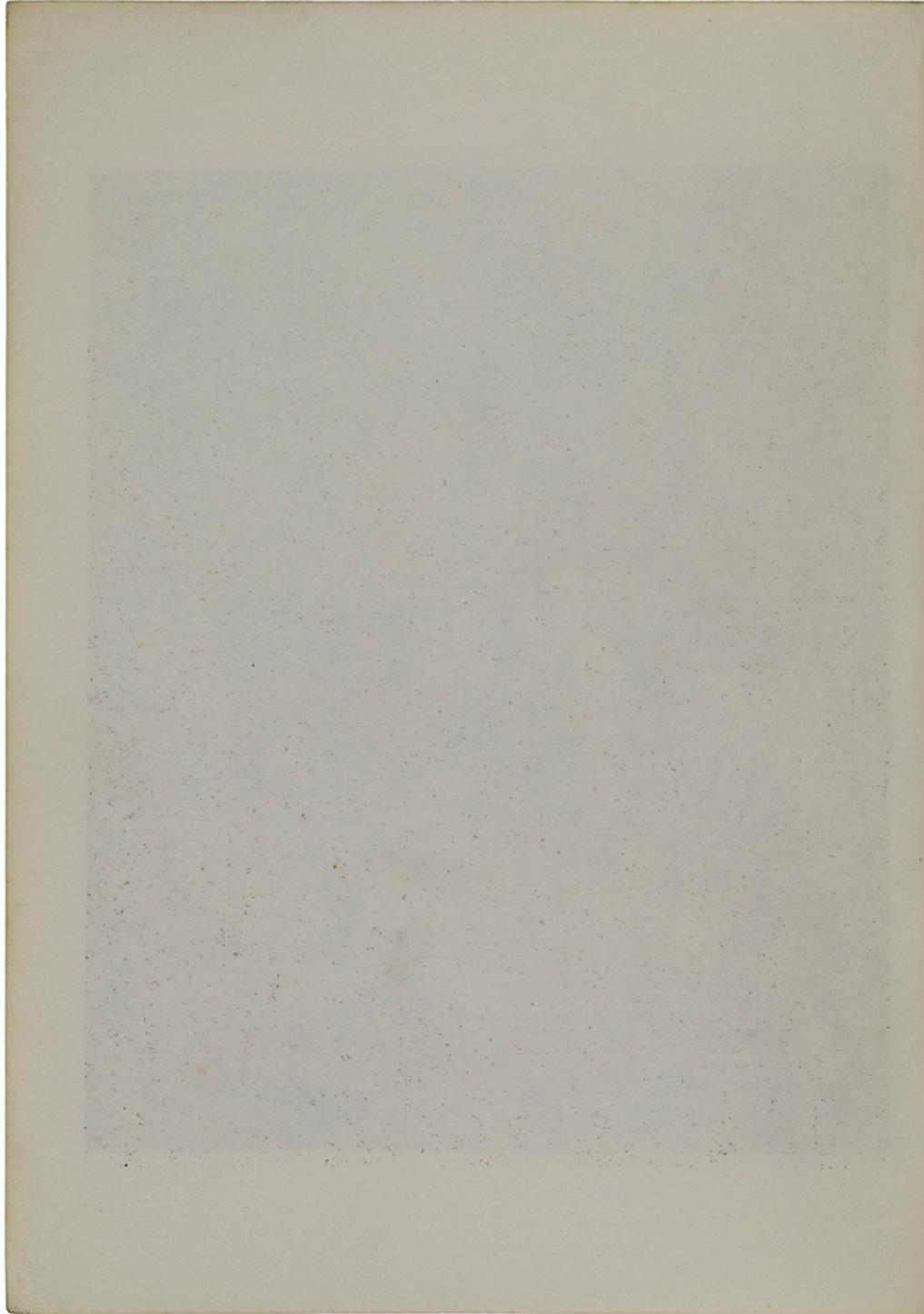
613270

max. I



D: PERU. ABELARDO OQUEANDO 5x76





PROLOGO

BOLIVAR COMO ASUNTO LITERARIO

Estuardo Núñez

No hay duda que el paso del Libertador, en su extensa gira por el norte del país, en la fase preparatoria de la campaña que culmina en la batalla definitiva de Ayacucho, y por el sur del territorio peruano en un recorrido triunfal una vez producida aquella, hubo de crear una aureola de admiración y de fervor cívico. La brillante personalidad de Bolívar imponía en todos los ambientes un sello de afirmación y personalidad. El impacto de su acción victoriosa provocó por doquiera la gratitud de los pueblos y la fe en su genio guerrero, la confianza en sus designios. Tenemos de todo ello innumerables documentos que nos proporciona la historia y la literatura producidas durante su periplo peruano, pero más hondamente cala en esa coyuntura el testimonio espiritual que brinda la literatura alusiva a su personalidad. Las expresiones literarias en torno de Bolívar se encuentran tanto en el nivel de la literatura de creación como en el de la literatura de reflexión. En la primera está contenido el testimonio de los poetas y de los narradores. En la segunda se encuentra el aporte de historiadores, co-

mentaristas, memorialistas y ensayistas, que emiten juicios de apreciación crítica, que elaboran teorías o hipótesis de trabajo acerca de obra y acción, que meditan acerca del personaje y su contorno y sobre las proyecciones políticas, culturales y sociales de su figura.

Nos limitaremos en esta ocasión a ocuparnos de los primeros, es decir a tratar sobre el testimonio literario y creador, el de los poetas y narradores para quienes Bolívar fue asunto o motivación. Esos textos son así no sólo el producto de la creación de los autores sino el legado popular que los escritores captaron, asimilaron, salpimentaron con gracia e ingenio y elaboraron con sus dotes de artífices de la lengua.

La poesía fue en el Perú singularmente generosa con Bolívar. Inició el ciclo poético bolivariano José Joaquín de Olmedo con su Canto a Bolívar y lo complementan el poema El Vaticinio de José Pérez de Vargas y los versos de la Epístola a Próspero de José María de Pando. La sonoridad y elegancia de Olmedo conjuga con el alegórico vuelo y la exaltación del paisaje americano de Pérez de Vargas y con la ponderada reflexión y la ajustada riqueza formal de Pando. Estas expresiones comunican un tono general de homenaje nunca antes dispensado a la figura egregia y al genio de la paz y de la guerra. Pocas veces se ha dado en América con tanto vigor y atractivo como en este ciclo, una suma mayor de alturado elogio y de bellas imágenes alusivas a la acción doblemente significativa de

quien reunió en su persona las dotes extraordinarias del estadista insigne, del guerrero victorioso y del hombre de pensamiento.

El segundo ciclo poético bolivariano vendría a enterarse con las expresiones varias de una poesía lírica de loa a Bolívar que florece a mediados del siglo XIX, a cargo de los principales poetas peruanos del movimiento romántico. A él pertenecen los poemas de Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, José Toribio Mansilla, Clemente Althaus, Federico Flores Galindo y algunos más. Constituyen expresiones líricas de muy discutible valor por su ausencia de rasgos originales, sin mayor impacto colectivo pese a su fervor sentimental. En su mayor parte son estas muestras poesía de ocasión, de circunstancia conmemorativa.

Un tercer ciclo poético bolivariano intenta revivir la nota épica, en los primeros decenios del siglo XX. El empeño mayor se debe a una consagrada figura del Modernismo: José Santos Chocano. Su poema Ayacucho y los Andes (1924) es una epopeya trunca, sin vigor de inspiración ni originalidad de concepción. Transitando por mismos caminos poéticos de Olmedo, Chocano no logra sino una rapsodia mediocre. Fue vano el empeño suyo de dar vida a un género caduco. El calco del modelo olmediano era ostensible en el intento ambicioso de escribir una nueva epopeya de la gesta de Bolívar. Quiso Chocano olvidar además que la épica de nuestro tiempo no es la epopeya sino la novela, y algunas otras formas narrativas. No había tal vez otra

alternativa que la novela histórica, que aún no tiene en el Perú con respecto a Bolívar sino frutos medianamente logrados como el de Pedro Dávalos Lison, o la "tradicción" que ya se había perfilado con notorio buen éxito en la segunda mitad del siglo anterior.

Cuatro décadas después del triunfo de Ayacucho, se había iniciado en el Perú el ciclo bolivariano de los narradores, que abarca en su proyección hasta muy entrado el presente siglo. A los vibrantes acordes de la épica de 1825, a las sugestivas y limitadas expansiones de la lírica romántica de mediados del XIX, hubo de seguir una manera distinta de aproximación al ser humano del Libertador. Los narradores, un tanto al margen de la hazaña guerrera en sí, del hecho histórico trascendental, se detienen en el episodio con significación humana, en la anécdota reveladora de la grandeza espiritual del hombre Bolívar, y de la sorprendente vitalidad de su persona, de su carácter irradiante de fe y de firmeza, de sus convicciones íntimas, de su ingenio múltiple, de sus profundos anhelos de justicia y libertad.

Los narradores se apartan del modelo homérico o virgiliano, se despojan de la hojarasca retórica y del delirio imaginístico de los poetas, para rastrear en las huellas del que ha recorrido los caminos de todo el Perú. Hallarán la semilla de humor, de ingenio, de experiencia cotidiana, de compenetración con el pueblo, de trato humano y de efusión del momento vivido. Por eso van espigando a lo largo de

esas rutas que se iluminaron de esperanza con el impulso arrollador del caudillo de la libertad, el producto de esa siembra. Los hombres de las ciudades y de los más distantes pueblos del Perú habían acumulado, al contacto de la figura egregia del Libertador, sus vivencias palpitantes, e idealizándolo, habían construido su propia imagen, su propio mito del personaje y de su acción. El resultado era un anecdotario ingente, fabulosos relatos, episodios que si no eran estrictamente verdaderos merecían serlo. Acerca de Bolívar se descubre una literatura oral, elaborada por el pueblo y transmitida de padres a hijos, que nuestros narradores del siglo pasado encontraron todavía viva. En esa fuente popular o en escuetos e ignorados documentos de la época, bebieron los "tradicionalistas" que como Ricardo Palma y el caraqueño Juan Vicente Camacho vecindado en el Perú, la pusieron en evidencia. Descubrieron ellos ese rico filón de imaginación popular en torno de Bolívar. Fue Ricardo Palma quien señaló la pauta y la meta en ese empeño de extraer del pueblo su aporte de creación. De tal suerte, el escritor se adentraba, asombrado y perplejo en la entraña del pueblo y descubría que el tema bolivariano era uno de los más ricos y plenos de sugestión. Nacían así esos relatos cortos de fácil acceso, reveladores de las íntimas facetas del alma que a veces dicen más que las complejas elucubraciones de los eruditos o de los críticos. Y por lo mismo que esas expresiones literarias reconocían su origen en la imaginación popular, el círculo de lectores de aquellos narradores

de "tradiciones" se amplió extraordinariamente y constituyó ese género una expresión literaria que llegaba verdaderamente al pueblo.

Ricardo Palma "hizo escuela". A su impulso, surgieron en todas las regiones del Perú escritores de "tradiciones". En Arequipa, en Cuzco, en Trujillo y hasta en Piura, Huaraz y otras ciudades más pequeñas afloraban temas para escribir "tradiciones". Uno de los tópicos preferidos fue Bolívar, y así lo testimonia el hecho de que no sean menos de 15 los autores que en medio siglo, han escrito una o varias "tradiciones" acerca de la figura epónima del Libertador. Acaso pudiera afirmarse que Bolívar es el personaje predilecto de los lectores de "tradiciones" republicanas, que es todo el pueblo del Perú y de América Latina. Un volumen independiente ocupa la recolección de las tradiciones bolivarianas de Palma. Otro podría conformarse con los relatos de la misma índole escritos por Carlos Camino Calderón.

Intentamos en esta antología incluir a todos los autores peruanos que han producido "tradiciones" acerca de Bolívar, y entre ellos algunos poco conocidos. Nunca se mencionó, por ejemplo, que Luis Benjamín Cisneros o Eleazar Boloña, Abelardo Gamarra o Ciro Alegria hubieran abordado este género de narración ni menos que hubiesen escrito sobre Bolívar. De otro lado, se han difundido poco las tradiciones bolivarianas de Juan Salaverry, Augusto León Barandiarán, Juan de Mata Peralta, Enri-

que D. Tovar y Luis Alayza Paz Soldán. Algunos de ellos como Cisneros, Gamarra, León Barandiarán y Alegría se improvisaron, con gran fortuna, "tradicionalistas ocasionales", ya que cultivaron como característicos otros géneros literarios (la novela y el cuadro de costumbres). Pero al impulso vital y por la sugestión del tema bolivariano, no pudieron dejar de ofrecer su contribución creadora. Podría decirse que Bolívar los hizo "tradicionalistas", y los indujo a dejar de lado sus géneros preferidos. Entre el conjunto (con la excepción de Juan Salaverry, de quien no hay más rastros de escritor), Boloña y Tovar muestran obra considerable como "tradicionalistas" referida a otros temas de creación.

Los autores antologados han recogido testimonios varios provenientes principalmente de zonas no capitalinas. Con ellos empieza a integrarse una literatura peruana "tierra adentro", la cual recoge el ambiente de zonas alejadas de la capital, sobre todo de la zona andina, que antes nunca tuvo eco en la literatura peruana. Los recorridos de Bolívar por el territorio peruano coadyuvaron así a "descubrir" un país ignorado. De tal modo, el escenario de estos relatos bolivarianos no es generalmente Lima, ni pudo serlo positivamente, pues desde el momento de la conquista hispánica, no había vuelto a presentarse el caso de que la posesión de Lima dejara de ser decisiva para jugar la suerte del país. Bolívar demostró que históricamente era esencial para una acción definitiva concentrar la energía del país en la zona andina y dar allí el golpe decisivo.

La "tradición" recoge esa vivencia integradora del país y, como mixtura de historia y de ficción, reúne simultáneamente el acontecer real y el testimonio vivido en torno de la figura de Bolívar y también el aura de leyenda y la atracción mítica que despertó la personalidad del Libertador, hasta convertirse en el personaje predilecto de la imaginación del pueblo.

En esta antología están probablemente todos los "tradicionalistas" peruanos que se han ocupado de Bolívar; pero por razones de espacio no están todas las "tradiciones" que ellos escribieron. La limitación de espacio exigió una necesaria selección. De lo contrario se hubiera precisado editar por lo menos dos grandes volúmenes. Nos hemos visto compelidos a escoger las más significativas y las que no reiteran episodios, pues a veces una misma incidencia o anécdota ha dado lugar a dos o más relatos de distintos autores, con amplias o ligeras variantes. Al efectuar la selección hemos procurado también dar la preferencia a asuntos en conexión con las campañas de Junín y Ayacucho, por lo mismo que esta antología aparece con ocasión del sesquicentenario de aquellos hechos culminantes de la gesta libertadora.

Luis Alayza y Paz Soldán

EL CAPITAN BUSTOS

En los tiempos en que se luchaba por la Independencia, el Libertador Bolívar dejó Trujillo, donde había permanecido algunas semanas reorganizando el ejército patriota, y marchó al sur, para buscar en la cordillera al virrey y decidir de un golpe la suerte de América.

A su paso por "Buenavista", el Marqués de Bellavista, entonces propietario de la hacienda y patriota decidido, quiso agasajar a Bolívar y a sus conmitones, y rogóle en la cena que dedicase un día a recibir el homenaje de los libres de Virú, valle contiguo, en cuyas heredades había un grupo de aristocráticas familias. Bolívar, que había visto en la mesa dos o tres guapísimas damas de la casa, dióse cuenta del material que le esperaba y accedió inmediatamente; y el marqués envió esa misma tarde propios a las haciendas vecinas, a invitar a todas sus amistades a almorzar con el Libertador.

Al día siguiente, después del opíparo almuerzo, los salones y patios de la casa eran otros tantos vergeles en los que se danzaba al son de arpas, vihuelas y canciones regionales entonadas por varios conjuntos de negros esclavos. Corrían juntamente los vinos de Suchimán, los aguardientes de Motocachi y la ca-

pitosa chicha de Virú, afamadas bebidas de la comarca, y pasaban raudas las parejas de apuestos militares y lindas mujeres ataviadas con lujosos trajes, que recordaban los de gala de la época de Carlos IV y de Fernando VII.

Pero entre la concurrencia se destacaba una guapísima mujer alta y esbelta, con algo de viril resolución en sus andares. Los ojos dormidos y fuertes, contraste raro, delataban a la mujer imperiosa y novelesca, águila y tórtola al mismo tiempo. La frente orgullosa parecía hecha para llevar una diadema. Carnosos y abultados los labios como cerezas maduras, eran los de una hembra dulce y voluptuosa. De toda su admirable persona emanaba algo de pasión, dominación y fiereza.

Todas las miradas se concentraban en ella, hasta las de los marqueses, asombrados al ver que la hacendada de Puito, Angela Cardona, emparentada con ellos, pero distanciada por serias desavenencias desde hacía algunos años, hubiese osado presentarse sin invitación en la fiesta.

Angela, que comprendía lo que significaban las miradas del marqués, al pasar al lado de él dijo con arrogancia a su pareja, en alta voz y mirando al castellano:

—Esta hermosa fiesta no pertenece a ninguno de los hacendados del valle. Es la manifestación de los pueblos al Libertador del Perú: es la fiesta de la Patria y de los patriotas.

Estaba en ese momento emparejada con un capitán de figura extraordinariamente hermosa, de be-

lleza casi femenina, sobre todo si se la comparaba con la de su arrogante compañera de baile, la linda Angela Cardona.

Ángela danzó toda la tarde con el capitán y no disimuló la pasión ardiente y repentina que le había inspirado. El Capitán Bustos, igualmente impresionado, no tuvo ojos sino para la hembra que lo enamoraba. Al final de la fiesta ella y él partieron unidos, en plena noche, montados ambos en el caballo de ella, a Puito; parecía que la ninfa raptase al dios guerrero. Pasaron la noche juntos y en la madrugada ella rogó, exigió y amenazó para que Bustos no la abandonase ya más; pero el valiente colombiano se negó enérgicamente. Debía partir con su batallón a batirse contra los españoles, y no desertaría por fuerza alguna. Después, agregaba con resolución: "Si quedo sano, regresaré a buscarte". Y partió al galope al rayar el alba, llegando en el preciso momento en que se pasaba revista para emprender la marcha.

Bustos peleó como un bravo en Junín y Ayacucho, y después de la gran batalla pidió a Sucre la gracia del retiro. El mariscal se resistía, a pesar de la confianza del capitán, que le explicaba los móviles de su petición y la palabra empeñada a una mujer que le había entregado su honor. Al fin concedió la licencia, sólo licencia, y Bustos partió a marchas forzadas a Puito, a reunirse con la amada que lo esperaba.

Desde ese día comenzó el bárbaro idilio de la mujer de fuego y el hombre equilibrado y sereno.

Amor no faltaba, pero cada uno lo entendía a su manera. Era ella ávida de sensualidad y pasión como una dogaresa: él, buen colombiano, sentimental, romántico y poeta.

Pronto comenzaron las riñas entre los amantes. Angela interceptaba a menudo el agua que correspondía a la hacienda Buenavista, y en esta región espantosamente seca, el agua se paga con sangre humana muchas veces. El marqués protestaba y enviaba a sus mayordomos a recuperar sus derechos a viva fuerza. Angela quería que Bustos saliese a la cabeza de su gente para enfrentarse, pero él se negaba decididamente a todo acto de violencia.

Cierto día en que los sembríos de los fundos comenzaban a decaer por falta de agua, Angela, con el fin de salvar sus cañaverales, cerró completamente la acequia y puso a sus hombres más decididos a defender el atajo. Pronto llegaron los del marqués, con éste en persona, arrollaron a los de Puito y abrieron el curso del canal, dejando tres fornidos esclavos para cuidar que nadie lo tocara.

Angela, al saber esto, montó en cólera y empuñóse, esta vez con más decisión que nunca, en exigir que Bustos fuese a cerrar el canal. Si el marqués le había hecho la injuria de ir personalmente a abrir el atajo, justo era que el señor de Puito fuese en persona a castigar a los intrusos. Pero se estrellaba contra la resistencia del capitán. Al fin, en un arranque de furor, quitándose violentamente las faldas, arrojólas al rostro de su amante, diciéndole:

—Cobarde; toma mis polleras y dame tus pantalones, para que haga yo respetar a la mujer del Capitán Bustos.

Demudóse el macho de ira y salió violento de la casa, diciendo a su mujer:

—Ya verás si soy un hombre.

Llegó a la toma, y de un par de tiros tendió en tierra a dos de los hombres del marqués, y gritó imperativo al tercero:

—A tí te dejo con vida, para que vayas a decirle a tu dueño que lo espero aquí, para hacer con él lo mismo que con sus esclavos.

El marqués, al enterarse de lo ocurrido, partió a Trujillo, denunció el homicidio del Capitán Bustos y pidió que fuese capturado. Pero cuando llegaron los hombres de la Justicia, el capitán habíase internado en los impenetrables montes de algarrobo que se extienden hasta los contrafuertes de la cordillera.

Desde ese día reinó el espanto en la región. Una partida de audaces bandoleros asaltaba a los caminantes y los desvalijaba en los caminos apartados, incursionaba en los campos de las haciendas vecinas y se llevaba el ganado, a veces a viva fuerza. Su jefe, el Capitán Bustos, que definitivamente había abandonado a su querida, demostraba una astucia y una actividad sin límites y una audacia rayana en insania.

Angela fué a Lima a ocultar su despecho y no volvió a aparecer por Puito.

La Justicia perseguía ceñidamente al bandoleiro. Reforzóse su personal con gente de Lima, pues

las influencias del Marqués de Bellavista eran grandes y no cesaba en su empeño de venganza. Sin embargo, Bustos tenía por aliados a todos los labriegos de la región y aún al pueblo bajo de las aldeas; porque tan duro era con los pudientes como liberal y afable con los pobres.

Al cabo la policía logró corromper a uno de los hombres de la partida, y Bustos cayó en una celada, gracias a la traición y a la deslealtad, y fue ajusticiado sumariamente por el Tribunal de la Acordada, que en unos cuantos minutos ventilaba un juicio oral a la orilla de un camino, dictaba una sentencia y la cumplía. Luego se ensañaron con la casa de Angela y la redujeron a cenizas.

(1) La señora Mary Thorndike de Ortíz de Zevallos, una de las propietarias actuales de la hacienda llamada hoy "Buena Vista" y "Bellavista" antaño, me transmitió esta leyenda del Capitán, a quien llaman Buste en la región, y me mostró las ruinas de la casa de Angela Cardona, en un lugar desolado y pavoroso de los montes que cubren hoy las tierras de Puito.

(Tomado de: Luis Alayza P. S., *Mi País*, 2da. Serie - Lecturas Peruanas, Lima, Imp. Publicidad Americana, 1943, pp. 389-391).

Ciro Alegria

ENTRE BOLIVAR, ESPARTERO Y UN EXTRA

Arequipa es una bella ciudad del sur del Perú, situada en una campiña de cromo, al pie del volcán nevado Misti. La cuantiosa lava que arrojara antaño el Misti, endurecióse formando una roca blanca llamada sillar, a la que se recorta en forma de adobes. Todas las paredes de Arequipa están hechas de tal sillar. La ciudad es así completamente blanca, a excepción de las tejas rojas, y la arquitectura colonial de sus casonas y su plaza rodeada de arquerías, tiene la impronta de los siglos dentro de un estilo a la vez severo y ágil. El cielo, moteado de ligeras nubes, parece de cristal azul. El sol andino refulge espléndido en la clara ciudad y son también singularmente diáfanos las noches de luna. Dícese que uno de los incas, extendiendo el imperio del Tahuantinsuyo, llegó con sus legiones al valle del Misti y ganado por la belleza de los amplios y lozanos campos, la bondad del clima y la luminosidad del aire, dijo "are-quepay" o sea "quedémonos aquí". Siglos después, los conquistadores levantaron allí, labrando el sillar, la ciudad de Arequipa, a la que también se nombra Ciudad Blanca. ¿Hay otra en el mundo que se le parezca? La original

ciudad es por muchas razones célebre en la historia del Perú y de América. Si la historia fuera acuciosa, lo sería también por la belleza de sus mujeres. Campean allí muchachas de trenzas rubias y ojos zarcos y glaucos, descendientes de godos y de celtas; otras de piel trigueña y cabellos y ojos negros de ancestro andaluz; muchas a las cuales la sangre indígena ha bronceado la piel y dádole reflejos dorados. Todas muestran el sello de la tierra en el hablar cantarino y los modales suaves, en el carácter apasionado y romántico, en el gusto por la poesía, el baile y la música. Los poetas tienen en Arequipa a quiénes cantarles versos. El más célebre de todos, Mariano Melgar, murió fusilado a los veinticuatro años, al lado del brigadier Pumacahua, después de perder una batalla dada contra el poder español, años antes de la independencia. Melgar dejó, junto con su recuerdo heroico, una herencia de versos. Es considerado el iniciador de la poesía de sensibilidad peruana. Muchas de sus canciones pasaron a formar parte del alma nacional y hasta hoy las entona el pueblo. También quedan sus largas andechas a Silvia, nombre lírico que dio a la bienamada. Uno de los generales patriotas vencedores, Miller, descubrió quién era Silvia, según lo cuenta en sus memorias. Como buena arequipeña, era singularmente hermosa.

En la ciudad del Misti, también derrochaba belleza Paula del Prado, que tenía veinte años allá por los tiempos en que cayó el poderoso virreinato del Perú. La muchacha era pequeña y morena, de

negros ojos luminosos, talle de juncia, pies menudos. Bailábase aún jotas y boleros en los salones de América y ella lo hacía mejor que nadie. Más todavía que por su belleza física y donosura en el baile, ganaba Paula del Prado por su alma alegre y ardiente, su sensibilidad de cuerda tensa y una gracia natural que a todas horas parecía derramársele. Los mozos serenateros se detenían, noche a noche, al pie de su balcón de cedro y enredaderas. Sobre un fondo de gimientes guitarras, las coplas lugareñas se alzaban en voces cálidas y trémulas:

*Has de saber que el Misti,
siempre de nieve cubierto,
da su hermosura a lo lejos
y se está abrasando adentro.*

*Hay mujeres que al mirarlas,
provocan voraz incendio,
provocan voraz incendio,
siendo de nieve su pecho.*

Así la requebraban y enamoraban, contraponiendo las imágenes, reprochándole indirectamente sus desdenes y como quejándose. Paula del Prado no hacía nada de cuanto suelen hacer las muchachas para demostrar que escuchan y aprecian una serenata. Ni encender y apagar en seguida la luz, ni abrir discretamente la ventana y menos asomarse fugazmente al balcón y arrojar una flor cuchicheando las gracias. Bien podían enronquecer los cantores o estallar las cuerdas de las guitarras. Ella pen-

saba en un coronel español llamado Baldomero Espartero a quien había conocido en un baile. El guerrero y la muchacha danzaron incansablemente. Espartero cortejó a Paula. Luego, la batalla de Ayacucho dio al traste con el poderío español. El coronel fue a parar en la cárcel y se decía que, por ser un realista peligroso, como ese general Rodil que aún continuaba sin rendirse parapetado tras los muros de la fortaleza del Callao, corría peligro su vida. ¡Cosas de la carrera de los hombres sobresalientes! Estaba cargado de destino el hecho de que Espartero hubiese impresionado tanto a la hermosa muchacha de Arequipa.

Paula tenía también, fuera de los serenateros, otro pretendiente al cual no había aceptado ni rechazado. Tratábase de Juan Moens, escocés, cabal gentleman, cuya familia lucía escudo de armas y figuraba en su país desde los tiempos de María Estuardo. Su abultada cuenta en el Banco de Inglaterra seguiría aumentando, pues se desenvolvía prósperamente en los negocios. Era muy terco, cual todo buen escocés y si tacaño como es fama que también son los tales, no se ha llegado a precisar. En cuanto le concernía con Paula, su terquedad le bastaba. No perdía ocasión de visitar la casa de la muchacha y, para ventaja suya, la familia de ella lo juzgaba favorablemente. Tiempos eran esos en que las mujeres, en cuestiones de matrimonio, aún se atenían a la opinión de los padres. Al respecto no se había resuelto nada en definitiva y Paula del Prado continuaba pensando en el coronel prisionero.

De pronto, Arequipa se engalanó y estremeció. Arcos de triunfo, repique de campanas, vítores. Llegaba, a la cabeza de un séquito centellante de charrteras y espadas, el propio general Simón Bolívar, el Libertador. Las mujeres le arrojaban flores desde los balcones. Paula del Prado, en nombre de la patria naciente, echó también sus puñados de rosas. Representantes de las instituciones de la ciudad y voluntarios oradores, prodigaron discursos. Luego, sucedíanse los banquetes, los saraos. Entre tantos festejos, Simón Bolívar estaba también en su elemento, que combinaba en sí al hombre de guerra con el hombre de mundo.

Retornando las atenciones, el Libertador dio un baile en la hermosa casa señorial que le había cedido para temporal residencia don Francisco de Rivero, la cual hasta hoy existe y es —¡cosas de los tiempos!—, almacén turco de géneros situado en la calle Mercaderes. A gran orquesta, las parejas danzaban atisbando a Bolívar. Este destacábase como un gran bailador de vals. Liviana y cadenciosamente, alternaba a las más bellas damas en sus brazos. Tardaba en invitar a Paula del Prado. Acaso no la había visto o la había visto demasiado bien y aguardaba, diestro en lides de guerra y amor, el momento propicio. ¡La historia de sus amores era nutrida como la de sus batallas!

Hubo una pausa en el baile. Se impuso al rumor de las conversaciones, una voz que sugirió que bailara Paula del Prado. La concurrencia arequipeña coreó entusiasta, queriendo lucir a la muchacha

ante el Libertador y su galoneado séquito. "¡Que baile la jota Paulita!" "¡Que baile Paulita!" "¡Que baile!" "¡Que baile!". La muchacha dio largas al reclamo. Hacíase rogar, según costumbre de señoritas recatadas. Alguien hizo seña a los músicos y la orquesta arrancó de pronto con una jota vibrante. Paula del Prado irguióse, alcanzó el centro del salón con un elástico salto, los brazos enarcados, y comenzó a bailar. Toda su magnética belleza morena era ahora un derroche de ritmo y pasión. La música parecía ceñirla. La ceñían más las miradas de Bolívar. Amador apasionado, bailarín apasionado era el general. ¡Había allí una hermosa muchacha de veinte años vuelta danza! Como quien responde a un ineluctable reclamo, el Libertador avanzó hacia el centro del salón también e hizo de Paula su pareja. ¡Bolívar bailando la jota! El casi nunca miraba de frente, pero cuando lo hacía era difícil sostener la mirada de sus duros ojos negros. En el vértigo del baile, buscó las pupilas de la muchacha con las suyas. Paula del Prado las enfrentó. Y al diálogo rítmico del baile se unió el encandilado de las miradas. Un círculo entre admirativo y curioso rodeaba a los danzarines. Por más de una cabeza de espectador cruzó la inevitable pregunta: ¿una nueva y fulminante pasión del Libertador? Cuando la orquesta silencióse, estallaron los aplausos. Bolívar continuó cerca de la muchacha, prodigándole palabras que traducían una admiración entusiasta por su belleza y gracia. La orquesta tocó un vals, Bolívar invitó a Paula. No podía decirle mu-

cho, decidor como era, por estar rodeado de otras parejas. Contentábase con sentir bajo su mano el talle flexible, donde se concentraba todo el turbador ritmo del bello cuerpo entregado a la cadencia del baile, y ver bajo sus miradas la encendida carita trigueña, de ojos extasiados entre densas pestañas y ligeramente entreabierta boca de flor.

Después del vals, Bolívar llevó hacia una de las puertas a la muchacha. Del patio subía un denso perfume de jazmines. La blancura de la ciudad y la blancura de la nieve del Misti, bajo la luz de la luna, mantenían una irradiación astral. La extraña luminosidad envolvía el rostro de Paula dando a su belleza trigueña un toque casi mágico. El Libertador de media América del Sur hizo una oferta que era también una ofrenda.

—Pídame lo que quiera, Paula —dijo.

La muchacha recordó al amigo preso y repuso de inmediato:

—La libertad del coronel Espartero.

—Concedida —aceptó Bolívar sin vacilar— y, llamando a uno de sus asistentes, dio la orden adecuada.

La orquesta invitó de nuevo a las parejas. Bolívar continuó bailando con Paula. No cesó de galantearla durante toda la noche. La muchacha sonreía mostrando una feliz turbación. Los asistentes al baile se fueron comentando eso que, a ojos vistas,

parecía ya un romance entre el Libertador y la donairosa arequipeña.

De lo que ocurrió luego entre Bolívar, Espartero y Paula del Prado no se ha hablado detalladamente, pero es clave este consejo:

—Cásate con Moens —díjole a Paula su madre—; ese escocés tiene buena posición y no anda metido en guerras. No enviudarás joven. ¡Te conviene Moens! . . .

Y así fue como Juan Moens, que de hecho estaba fuera del triángulo amoroso y era más bien un extra, se casó con la muchacha arequipeña que impresionó extraordinariamente a Bolívar y sacó de la cárcel al que pronto habría de ser la primera figura militar y política de España.

De entre los cuatro, Bolívar se adelantó a morir, el año 1830, en medio del drama de la Libertad de América y el drama personal de él mismo. Fugitivo, enfermo y solo, poco tiempo antes de expirar, sentenció: "Ha habido tres grandes locos en la historia: Cristo, Don Quijote y yo".

El matrimonio Moens, tal como los previera la madre de Paula, llevaba una vida próspera en la jocunda Arequipa. Ya tenía varios vástagos cuando ocurrió un percance a causa de algo que no había tomado muy en cuenta aquella previsora madre, o sea la terquedad de Moens. Iba el escocés a Europa, en viaje de negocios, y el velero que lo llevaba ancló en Panamá. Dos razones tenía Moens para bañarse. Una, la de ser un excelente nadador

y gustarle practicar tal deporte. Otra la de que, por haber nacido en la fría Escocia y vivir en la templada Arequipa, el calor panameño lo agobiaba y quería refrescarse. Así es que resolvió darse un buen remojón. El capitán le ordenó, al notar sus preparativos:

—¡No se bañe usted!... ¡Hay tiburones!...

—Me baño —respondió Moens.

El contramaestre le advirtió:

—¡Mister! ¡Los tiburones están abajo al acecho!

—Me baño —afirmó el testarudo.

El piloto intervino para gritarle casi, viéndolo cerca de la barandilla.

—¡Se juega la vida! ¡Los tiburones!

—Me baño —terminó tercamente Moens.

Efectivamente, se bañó, arrojándose en magnífico salto al mar. No bien reapareció después de la zambullida, un tiburón, que parecía haberlo estado esperando, lo agarró entre sus poderosas fauces y sumergiolo de nuevo. De allí en adelante, no hubo más noticias de Moens. En cambio llegaban hasta Arequipa frecuentes nuevas de Espartero. Ascendía sin pausa en España. El que fuera humilde hijo de un carretero, iba hacia arriba de grada en grada y a veces como saltándolas. Conde de Luchana, duque de la Victoria, regente del reino, por poco rey (y no lo fue porque se negó), príncipe de Vergara.

Paula del Prado envejecía lentamente en su blanca ciudad, dedicada a rezar y cuidar a sus nietos. Gustábale charlar de tiempos idos y sus evocaciones terminaban indefectiblemente con el recuerdo de la jota bailada con Bolívar y la forma en que obtuvo la libertad de Espartero. Continuaba siendo muy sensitiva y hasta predijo un desastre. Allá por el año 68, se dio a decir: "Habrá un gran terremoto... Se caerá Arequipa... Cuando tiemble la tierra, llévenme al crucero de la calle Pizarro... Allí no me caerá el sillar encima". Sus familiares tomaban tales palabras por desvaríos de anciana cuya mente flaquea ya, y no le hacían caso. Dos meses después de que la señora comenzó a hacer pronóstico, que repitió muchas veces, tuvo un cumplimiento trágico. El 13 de agosto del 68 un tremendo terremoto destruyó casi toda la ciudad y doña Paula salvóse porque hicieron lo que tenía pedido.

La hoy casi legendaria arequipeña murió en 1880, pocos meses después que el Príncipe de Vergara. La historia no termina aún. Ella dejó sobre la cómoda de su dormitorio un retrato, en marco de plata. No era de Bolívar ni de Moens. El retrato era de Espartero.

(Tomado de: *Ciro Alegría, Sueño y verdad de América*, Lima, Editorial Universo S.A., s.f., pp. 89-96).

Eleazar Boloña

MUERA EL VIRREY

Al literato peruano Sr. Ricardo Palma.

I

El humo del combate de Ayacucho no se había disipado aún. El cañón que, pocas horas antes, esparciera por doquier el terror y la muerte, parecía contemplar en silencio el cuadro sangriento que su furor produjo.

Los ayes de los heridos eran ahogados por las exclamaciones de triunfo de los que, sin lesión alguna, se encontraban vencedores. Los escuadrones patriotas recorrían veloces, en distintas direcciones, el campamento enemigo en persecución de los dispersos. Las fuerzas de los realistas, de los que de invencibles se jactaban en vertiginosa confusión se entregaban a la más vergonzosa huída, sin que bastaran a impedirlo la actitud digna y severa del Virrey, ni las amenazas de los jefes.

Convencidos éstos de la imposibilidad de contener aquella desenfundada multitud, resolvieron también ponerse a salvo, pues se les venían encima centenares de jinetes que, en su rápida carrera, en-

volvían en el polvo los ensangrentados cuerpos de los que en tierra yacían.

Derribado de su caballo y exhausto de fuerzas uno de aquellos jefes, anciano venerable, logró atravesar su campamento y refugiarse en un recodo, desde donde contemplaba con desesperación la precipitada fuga de aquel ciego tumulto.

Alto de talla, de complexión delicada, sin barba ni bigote, cubierto por un burdo capote oscuro, con el cuello levantado, y dejando ver bajo su sombrero alón de vicuña un gorro de seda negro, que abrigaba su cabeza, aquel anciano presentaba un aspecto grave y majestuoso.

Los patriotas, perseguidores de los realistas, engañados por la apariencia que a su fisonomía daba el vestido de aquel jefe, pasaban a su lado con manifestaciones de veneración y de respeto; pero entre esos perseguidores se encontraba un oficial de índole dura, quien enfurecido contra los que ya vencidos no podían oponerle resistencia, se dirigió al anciano interrogándole su nombre.

El interpelado contestó: —soy el Virrey.

El oficial, al escuchar el título, exclamo: ¡Muerra el Virrey! descargando sobre él un hachazo que, hiriéndole en la cabeza y en la mano, le derribó en tierra. Y preparábase a ultimar al infortunado La Serna, cuando siente que, deteniéndole el brazo que sostenía el arma homicida, le dicen: No le mates que es clérigo.

Entonces el oficial, dominando su saña, levantó al herido entregándole a quien acababa de sal-

varle la vida, que le tomó como su prisionero.

II

No había sufrido equivocación alguna quien impidió dar muerte al último Virrey del Perú don José de la Serna e Hinojosa, Teniente General de los Ejércitos Reales, Mariscal de campo, cruzado de San Hermenegildo, benemérito de la Patria en grado heroico y eminente por la defensa de Zaragoza, condecorado con varias medallas y creado Conde los Andes, por sus servicios en el Perú, en el mismo día 9 de diciembre que, en el campo de Ayacucho, se escapaban a España sus dominios de América.

En efecto, Manuel Pontón, que fue ese salvador, conocía perfectamente a don José de la Serna; pues había servido como soldado en el batallón "Numancia" que, como auxiliar del ejército realista del Perú, se organizó en Colombia con los prisioneros que los españoles tomaron a los independentes. Pontón estuvo en este número. Era natural de Bogotá, y en su patria luchó en defensa de la justa causa hasta la batalla de Cachirí en la que quedó herido y prisionero. Incorporado el batallón "Numancia" al ejército patriota, en 1820 en Huaura, continuó en él como sargento; y ya cambiado el nombre por el de "Voltijeros de la Guardia" concurrió a la batalla de Ayacucho en la división de Córdova.

Valiente y franco como pocos, combatió denodadamente en aquella memorable jornada. Su ba-

tallón se opuso a la brigada de artillería realista de la división comandada por don Fernando Cacho; y Pontón, asaltando uno de los cañones y encamarándose en él, gritó a sus camaradas: —Este es mío; sírvanme de testigos.

El generoso comportamiento de Pontón para con el Virrey le mereció el ascenso a Teniente de su compañía, por los encomios que de él hizo al General Sucre, el Mayor Rafael Cuervo, con cuyo auxilio y resguardado por una escolta se trasladó a La Serna al hospital de sangre.

Pontón volvió a Colombia cuando el ejército de Bolívar regresó a ella. Separado del servicio, vino nuevamente al Perú en donde, sin lograr adelanto en su carrera, murió de Teniente, en Lima, el año de 1874.

III

El hospital de sangre se había preparado por los patriotas en la iglesia de Quinua. Lleno de heridos se encontraba el sagrado recinto, y entre ellos el Virrey don José de la Serna, sentado en el centro de la sala, esperando la visita del cirujano. A su lado se hallaba el Teniente Ramón Chabur, bogotano, vencedor también en Pichincha.

A la llegada de los médicos, Chabur suplicó a aquellos que se ocuparan del distinguido anciano, cortesía que este rehusó obligando a que se atendiera primero a los heridos patriotas.

La urbana porfía que por tal motivo allí se entablara y el título de Virrey mezclado en ella, produjo tal efecto en un sargento que, dominado por la fiebre y delirando quizá con la *guerra a muerte* que acababa de terminar, irguiéndose en su lecho preparó su fusil e iba a hacer fuego contra el infortunado prisionero gritando: —¡Muera el Virrey! si Chabur, a pesar de su mal estado, no se incorpora en su cama interponiéndose entre el rencoroso patriota y el personaje realista.

En esos momentos se presentaron allí el egregio General Antonio José de Sucre y el bizarro Córdova, seguidos del Estado Mayor.

Al presentarse aquellos investigando por el Virrey se puso éste de pie; y saludándole Sucre con respetuosa consideración, le manifestó el sentimiento de encontrarle herido, y sus deseos de trasladarle a lugar más aparente para la calidad de su persona.

Muchas pruebas de respeto recibió entonces el Virrey, a tal punto que, a no haberse negado, se le habría conducido en silla de mano por jefes y oficiales vencedores.

IV

Repuesto La Serna de sus heridas, se dirigió a Arica en virtud de la honrosa capitulación celebrada, en donde se embarcó en el navío "Asia" que estaba a las órdenes de Gúruzeta.

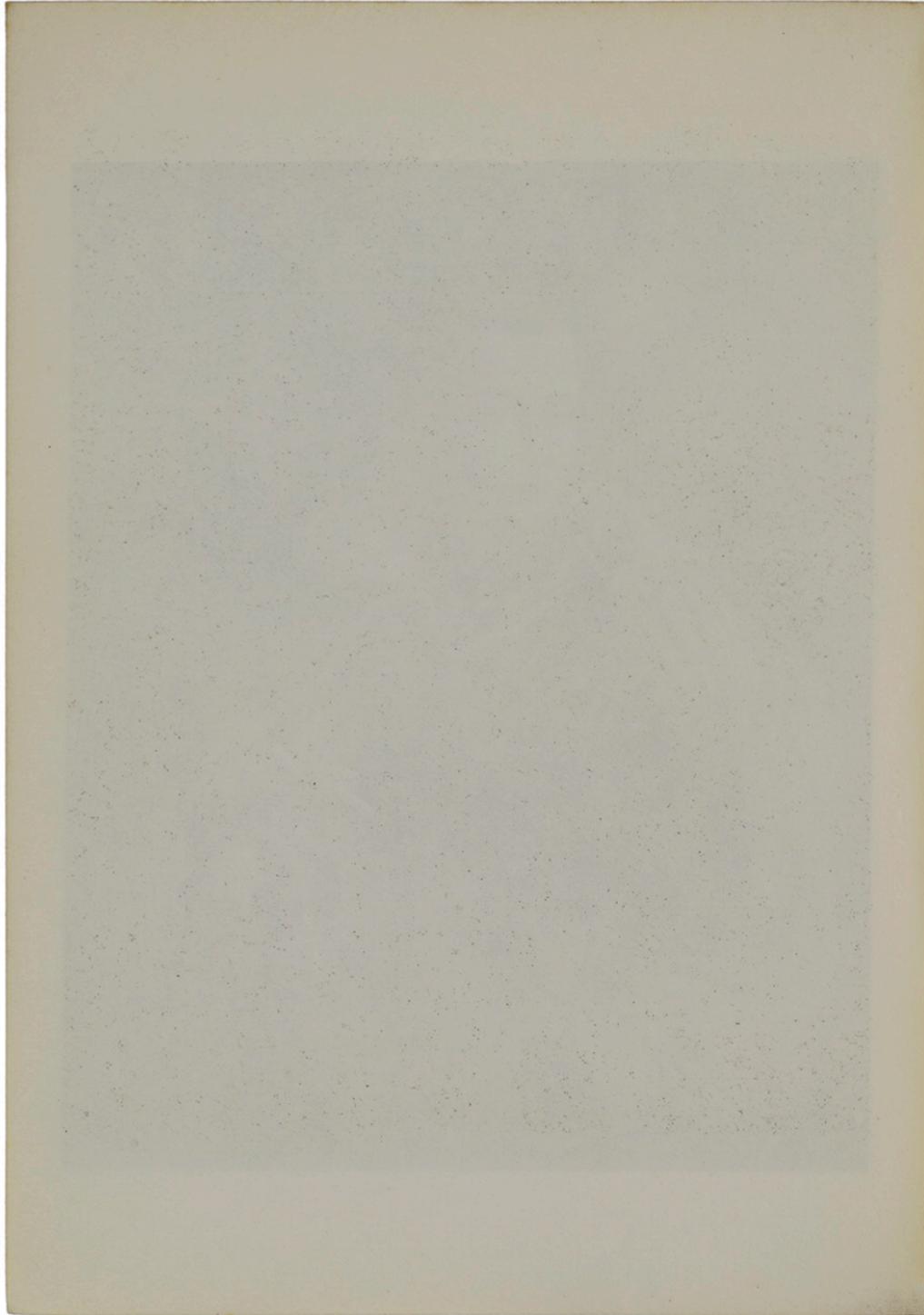
Trasbórdose después a la fragata francesa "Ernestina" acompañado de varios generales y jefes de su antiguo ejército.

Llegado a Francia, se dirigió a España en donde el Rey le dio una audiencia; y retirándose a Cádiz concluyó su vida en julio de 1832.

VI

(Tomado de: **El Ateneo**, Tomo V, 1888, pp. 151-153).





Eleazar Boloña

ENTRE MIS BRAVOS NO HAY TRAIDORES

I

Era la mañana del 9 de diciembre de 1824. El sol asomando sus dorados rayos por la cima del *Cuello del Cóndor*, empezaba a iluminar la llanura de Ayacucho, que nunca, con mayor magnificencia que aquel día, se encontró favorecida por la visita del esplendente astro.

El campo parecía preparado por la naturaleza para la tragedia que allí iba a representarse; porque aquella, ostentando sus bellezas y derramando sus galas, infundía en los corazones de los soldados de Sucre el coraje y entusiasmo que mil combates habían puesto a prueba.

El que allí debía efectuarse no era de insignificantes resultados; se trataba de la redención de un mundo; iba a ponerse en juego el reconocimiento de los derechos de un continente; el afianzamiento solemne de su libertad.

Motivo poderoso era éste, para hacer latir como uno solo, con la imponderable violencia que excita el amor patrio, los corazones de cerca de 6,000 denodados guerreros ansiosos de derramar su san-

gre para conseguir la libertad apetecida, en el combate que le preparaban 9,310 aguerridos soldados, que se jactaban de *diez y seis años de triunfos* y que se creían invencibles.

Los que por tres siglos habían soportado la opresión extranjera, estaban resueltos a no sufrirla más, y de sus labios sólo se desprendían conceptos que manifestaban su anhelante decisión por conquistar la independencia, palabra sublime que encierra, en Ayacucho, todo un poema de gloria y heroísmo, una epopeya grandiosa de imperecedera memoria.

II

Avanzaba en su carrera la mañana.

Los ejércitos preparados para la lucha habían tomado las posiciones convenientes. *El Mariscal de Ayacucho*, como después se llamó el invicto General Antonio José de Sucre, recorrió la línea de su dependencia, y cada uno de los Jefes de cuerpo, arengando a sus respectivos batallones, después de oír las palabras que antes les dirigiera Sucre, hicieron aumentar el entusiasmo que a todos animaba convirtiendo en seguridades de triunfo las esperanzas que de arrancarlo a la suerte henchían su patriotismo.

Los próximos libertadores de la América se disponían a tomar el desayuno cuando el sol en su majestuosa marcha, señalaba las ocho de la mañana.

En ese instante aparece por una ladera del Cunduscuenca, y de parte de las posiciones españo-

las, un bizarro jefe, cabalgado en un brioso alazán, y que ostentando insignias de paz descendió al campo de los independientes.

Adelantóse a su encuentro el apuesto y gallardo General Córdova, quien, después de una corta conferencia, regresó a su campamento.

El General Monet, Jefe de una de las divisiones realistas, que fue con quien conferenció Córdova, pretendía que se permitiera a los jefes y oficiales que tuviesen hermanos o parientes entre los realistas verse con éstos antes de dar principio a la batalla.

Córdova comunicó tal solicitud al General Sucre, quien, con la serenidad que le acompañó siempre, y firmemente convencido de la lealtad de sus subordinados contestó:

—No hay inconveniente en acceder a lo que pide el General Monet; no abrigo temor alguno del resultado de esa entrevista: *Entre mis bravos no hay traidores.*

Más de cincuenta entre jefes oficiales de cada uno de los dos ejércitos se encontraban, después de pocos momentos, en medio de los dos campos, entregados a las dulces expansiones que produce, tras larga ausencia, la vista de los seres que nos son queridos.

Abrazos y llantos, emanados de lo más íntimo del alma, fueron las postreras manifestaciones de esa entrevista; abrazos para muchos, adioses eternos, y lágrimas que no volvieron jamás a derramarse; porque la muerte que esos valientes encontra-

ron en la lid, imponiendo sus naturales consecuencias, hizo cesar los sentimientos del corazón y secó las fuentes de donde esas lágrimas vertieron.

Media hora duró ese angustioso encuentro, que, si bien había desgarrado el corazón de los que en él tomaron parte, les dio mayor brío para conquistarse renombre de guerreros inmortales.

III

Todos se encontraban ya en sus puestos cuando a las diez y media se presenta nuevamente el General Monet y llamando a Córdova le dice: —*General, vamos a dar la batalla*". A lo que contestó éste: —*Vamos*.

Córdova comunicó tal decisión a Sucre, tipo perfecto de heroísmo, circunspección, delicadeza, de pundonor, de generosidad y de hidalguía.

Vestido con sencillez y elegancia, sin banda ni medallas, sin más insignias de su clase que las charreteras, espada en mano, montado en un hermoso caballo castaño, cuya inquietud contrastaba con la serenidad del jinete, Sucre recorrió la línea arengando a la división. Aún no había concluido cuando descendió del cerro el ejército real, rompiéndose inmediatamente los fuegos; una hora después el combate era terrible.

Las fuerzas independientes flaqueaban, entonces Sucre, como movido por una secreta revelación, ordenó a Córdova, que hasta entonces había sido

mero espectador, que atacase con sus fuerzas al enemigo.

Ese General, de apenas 25 años, vestido de azul sin más adornos que su juventud y su espada, sobre un fogoso castaño, acostumbrado a las manobras de su amo agitando un fino sombrero de paja, recorre instantáneamente su división, y dirigiéndose al batallón "Pichincha" dice: —*Contra infantería bien disciplinada, no hay caballería que valga*, refiriéndose a la española que en ese momento aparecía por la izquierda; y después, colocándose al frente de sus columnas, dio la siguiente voz de mando, desconocida en la táctica, pero que por sus resultados se ha hecho célebre como las últimas palabras de César; esa orden de mando fue: *División, Armas a discreción, de frente, paso de vencedores!*

La fogosidad que tan espartana arenga despertó en los soldados de la división de Córdova, dio la victoria a los independientes en el campo de Ayacucho.

IV

En lo más encarnizado de la refriega, en lo más rudo del combate, los asistentes a la conferencia de momentos antes, hicieron verdaderos prodigios de valor y heroísmo: muchos de ellos sucumbieron; otros resultaron heridos; y entre éstos, algunos como Jiménez, Sornoza, Morán, Torres y otros, merecieron que el General Sucre, en el campo de batalla, les concediera un ascenso, tomando



61327043

para esto el nombre de Colombia, del Perú, del Libertador, del Congreso y de la América.

Habían probado todos ellos que Sucre les concedió justicia al decir: *Entre mis bravos no hay traidores.*

(Tomado de: **El Perú Ilustrado**, enero de 1888, pp. 11-12).

Juan Vicente Camacho

RECUERDOS DE ANTAÑO

La profecía del Canónigo

I

Corrían los años de 1780, présagos de tiempos tempestuosos que debían marcar el corrompido siglo dieciocho con una señal indeleble puesta por los pueblos en la frente de los reyes. Pero en las colonias españolas reinaba una paz octaviana y la vida se deslizaba sin afanes en medio de la paz doméstica y el cuidado de la hacienda.

En la tranquila capital de la capitania general de Venezuela había en la plaza de San Jacinto una casa maciza de pesada y solidísima arquitectura, cuya serie de balcones cruzados por sendos y circulares barrotes de hierro daban indicios de que nuestros padres se cuidaban mucho de la seguridad individual. En esa casa va a pasar una escena que tendremos el gusto de hacer conocer a los bondadosos lectores de la "Revista", asegurándoles que a falta de otro mérito lo que hemos de referir es de la más estricta veracidad.

En la casa que hemos mencionado de la plaza San Jacinto en Caracas hay una extraña animación;

es el 30 de junio del año de 1780 y los criados van y vienen afanados trayendo y llevando sendas fuentes de confituras y golosinas, y botellas de lo puro. Todo indica que hay en la casa de San Jacinto uno de esos sucesos que forman época en los anales de las familias. Penetremos en el interior y pronto nos impondremos de la causa que tal animación produce.

En su salón casi cuadrado cuyas paredes ostentaban ricas colgaduras de damasco, estaban reunidas hasta doce personas a cual más grave y ceremoniosa. En el frente del salón y arrellanado en una poltrona de terciopelo carmesí coronada por armas doradas, complicadísimas y capaces de hacer estudiar dos horas seguidas al más cumplido heraldista, estaba sentado un hidalgo cuya franca y serena fisonomía apenas manifestaba cuarenta años aunque es cierto que frisaba ya en los cincuenta. Sus ojos azules y móviles, su nariz aguileña y dibujada con pureza, sus labios delgados y ligeramente arqueados en el extremo, su peluca empolvada con exquisito esmero, manifestaban el tipo caballeresco y digno del hidalgo español del último siglo. Era este personaje D. Juan Vicente Bolívar, Jaspes y Montenegro, Marqués de Aragua, Vizconde de Toro, Señor de Aroa, Coronel perpetuo de las milicias de Aragua, Caballero conzado, caballero de Santiago, Regidor perpetuo y opulentísimo propietario de Venezuela. A su lado estaba su digna esposa Doña Concepción Palacios, Sajo y Aresteguieta departiendo en reposada plática con su primo el Dr. D. Juan Félix Aresteguieta, Canónigo

Doctoral de la Santa Iglesia Metropolitana y discreto Provisor del arzobispado. Frente al Marqués estaba el digno y honrado peninsular D. Francisco Iturbe, y otros no menos notables personajes completaban la escena de familia.

La Marquesa, pálida y débil, demostraba haber salido de una penosa enfermedad la cual era justamente la materia de la conversación. En efecto el 17 de junio de ese año la Marquesa acababa de dar a luz un niño que era el tercero de la familia y como fuese varón y como la señora hubiese tenido un embarazo penosísimo, la feliz llegada del nuevo hijo había sido recibida con general júbilo y satisfacción. El día en que hemos traído al lector a esta reunión de familia era el señalado para el bautismo del niño y como ya estuviesen listos los convidados, el Marqués se dirigió a un criado de librea que estaba a la puerta, diciéndole:

—Haz que pongan el coche.

—Es inútil, Juan, contestó un caballero bajo de cuerpo de serena y bella fisonomía. He hecho traer el mío y lo has de aceptar.

—Bien, muy bien, Manuel, no en vano he dicho siempre que en la corte aprendiste a ser un discretísimo cortesano; acepto y vamos porque Juan Félix ya está viejo y no ha de esperar mucho la colación.

Estas palabras eran dirigidas al Conde de Tovar, padre del actual Presidente de Venezuela.

—El Sr. Canónigo es fuerte, Sr. Marqués, y tratándose de cosas de familia no se ha de impa-

cientar porque una hora más tarde se le sirva su chocolate. Tales palabras dijo el joven Marqués de Toro que treinta años más tarde debía figurar en la guerra de la independencia.

El viejo Canónigo se dirigió a Bolívar y con la eterna sonrisa de su fisonomía angelical, le dijo:

—No te apures por la comida pues no es la gula el pecado que me ha de llevar al infierno.

—Sí, como que apenas prueba bocado y veinte veces ya te hemos dicho que has de caer en cama con tantas privaciones, observó la Marquesa estrechando amigablemente la mano de su primo el canónigo.

—No en balde el Sr. Provisor es considerado como el sacerdote más virtuoso de la Capitanía, dijo D. Francisco de Iturbe con profunda convicción.

Iba a contestar el Canónigo, pero en el momento mismo media docena de negras emperejiladas como ángeles de altar de Corpus, entraron trayendo al niño que debía recibir la bendición en el bautismo. Salió la comitiva conduciendo el niño a la capilla de la Santísima Trinidad, propiedad de la familia Bolívar, donde se le había de echar el agua bautismal. El Marqués entregó un papel al Canónigo Aresteguieta donde estaba el nombre del recién nacido, el cual debía ser Pedro José Antonio de la Santísima Trinidad.

Quedaron solos los esposos conversando sobre la suerte del niño y formando esos deliciosos castillos en el aire que sólo los padres saben hacer y que no deben ser oídos por ningún profano.

Servida la mesa, a poco andar se sintió en la calle el ruido del pesadísimo coche del Conde Tovar y los amigos entraron de nuevo al salón trayendo al niño ya libre del pecado original.

El Marqués de Toro y D. Francisco de Iturbe condujeron al recién bautizado y se lo entregaron a sus padres, quienes con afectuoso júbilo le colmaron de cordiales caricias.

—Gracias a Dios, dijo la Marquesa; Su Divina Majestad permita que el agua del bautismo le haga un Santo.

—Dame ese niño, añadió el Marqués, pues quiero después de ti, echar la bendición paternal a mi Pedro José, cuyo nombre me recuerda el venerable de mi tío el oidor, que en paz descanse.

—No le llames Pedro José, dijo a esta sazón el Canónigo, que otro nombre le he puesto y le has de llamar: Simón.

—¿Y por qué has hecho ese cambio, Juan Félix?

—No sé cómo explicártelo a punto fijo, pero hay una voz interior, un extraño presentimiento, una inspiración que es probable que venga de Dios, que me ha dicho que este niño será andando los tiempos el *Simón Macabeo de la América*.

Suspensos quedaron los oyentes de tales palabras; pues el Canónigo D. Juan Félix de Aresquetieta alcanzaba fama de Santo.

Aquel niño fue después Simón Bolívar, Libertador de un mundo.

El año 1842, teniendo el autor de este artículo muy tierna edad, oyó referir esta escena al antiguo

Marqués de Toro, testigo del suceso; y en 1840, estando en una casa de campo llamada "el Emperador" a hora de las nueve de la mañana, oyó a la Señora Doña María Antonia Bolívar y Palacios hermana mayor del Libertador, referir el mismo suceso al Reverendo Padre Fray Miguel de Valdepeñas, religioso capuchino español que decía la misa en la capilla de la señora Bolívar.

II

La gorra del Príncipe — El Capitolio La garantía del español

El Marqués de Aragua no tuvo el gusto de conocer al Simón Macabeo de América; poco tiempo después tanto él como el Canónigo habían pasado a mejor vida y el joven Simón Bolívar fue mandado por su abuelo Don Feliciano Palacios y Sajo a recibir su educación en España.

En la Península obtuvo la situación que correspondía a su alto nacimiento y riquezas, y pronto sirvió en el cuerpo de Caballería como paje de S.M.

Un día jugaba con el Príncipe de Asturias después Fernando VII de nuestra memoria, y en uno de los saltos del volante arrojó la pelota con tan poca destreza que en lugar de formar la curva natural fue en línea recta a la cabeza del Príncipe, despojándolo de la gorra.

Confusos los jóvenes cortesanos del suceso, esperaban un grave castigo para el joven Bolívar y

le aconsejaron que se escondiese, pero él contestó con mucha sangre fría:

—Pues no lo hice a mal hacer, y como su alteza nos hace el honor de jugar con nosotros al volante, nada tengo de qué arrepentirme.

Supo el Rey el suceso a la vez que la respuesta de Bolívar y exclamó lleno de bondad:

—Tiene razón el rapaz y no hay motivo para castigarle, y pues el Príncipe se entrega con ellos a juegos infantiles, decidle que en otra ocasión se ajuste mejor la gorra para jugar con esos chicos tan traviosos.

El niño Bolívar quitó la gorra de la cabeza al joven Príncipe de Asturias; más tarde el General Bolívar debía quitar de su corona una de las joyas más preciadas.

Medios misteriosos de que se vale la Providencia para marcar el camino a aquellos seres a quienes quiere dar una parte mayor de su genio creador. Esta idea la ha expresado bellísimamente Manzoni en estos versos:

Chiniam la fronte al Massimo

Fattor chi voglie in lui

Dal creator suo spiritu

Piu vasta orma stampar

Bolívar dejó la Corte Española y de allí pasó a Francia donde es fama que obtuvo los favores de una elevada dama de la Corte, la Baronesa de Iro-briand.

Un día paseábase con Don Simón Rodríguez por las ruinas de Roma. Las sombras de lo pasado, el recuerdo de los tiempos heroicos, la historia entera de la Señora del mundo se presentó a su poética imaginación. Entre las ruinas del Capitolio y en medio de sus columnas gigantescas cuyos trozos despedazados desesperan a los arquitectos modernos, le pareció que se levantaban las sombras de aquellos graves Senadores que esperaron a Breno en sus curules con su cetro de marfil en la mano; y su alma llena siempre de grandes ideas vio en un punto desarrollado ante sus ojos el porvenir de América. Allí, de rodillas, a la luz de la luna y alzando su espíritu a Dios juró dar libertad al Continente de Colón o perecer en la demanda.

Sigámosle a América.

Llega a la isla de San Thomas y encuentra a ese genio portentoso que todavía no ha encontrado rival, al Barón de Humboldt. Habla de América.

—Sr. Barón, le dice Bolívar, Ud. que acaba de recorrer el continente americano y ha podido estudiar su espíritu y necesidades, ¿no cree que ha llegado el momento de dar a este continente una existencia propia, desprendiéndola de los brazos de la Metrópoli?

—Creo que la fruta está madura, respondió el Barón, pero no veo al hombre capaz de llevar a cabo tamaña empresa.

—Puede ser que lo encontremos, señor Barón.

—¿Ud. se va ahora a la Costa firme?, le preguntó Humboldt.

—Sí, señor Barón, voy a buscar a ese hombre en mi patria.

—Y ¿si no lo encuentra Ud.?

—Lo formaremos.

—Quisiera dar a Ud. el poder de Dios para esta empresa.

—Los pueblos en los momentos en que sienten la necesidad de ser libres se parecen a Dios porque Dios los inspira.

Estas palabras proféticas se debían realizar muy pronto.

Los pueblos de América se habían conmovido del uno al otro polo, como su territorio se conmueve con los sacudimientos de tierra.

El grito de libertad ya había sido arrojado y el 10 de abril de 1810 abría la historia de esa guerra de titanes que concluyó el 9 de diciembre de 1824, en la siempre célebre jornada de Ayacucho.

Los patricios de América daban al pueblo lecciones de libertad. Esta palabra fue pronunciada por los Toros, Tovares, Roscios, Mendozas, Bolívars, Zeas, Montillas y cuanto había de más rancio y añejo en la aristocracia colonial.

Miranda después de combatir en Francia por la libertad del mundo, después de haberse presentado a la Convención francesa que daba incesante pasto a la guillotina, se acordó de su patria y voló allí a prestar el auxilio de su espada y experiencia a los débiles republicanos. Generalísimo de sus tro-

pas fue envuelto en una serie de desgracias hasta haber capitulado con el célebre Domingo Monteverde en 1812. Vencido, calumniado y triste fue aquel grande hombre a morir en una fortaleza de la Península sin tener siquiera el gusto de saber que dejaba libre a su patria antes de morir.

Era entonces Bolívar comandante de la plaza y Castillo de Puerto Cabello. Después de haber combatido heroicamente, hubo de abandonar aquel sitio ya insostenible y se presentó en la capital. Era dueño de ella el imbécil Monteverde, el cual llenaba las cárceles de republicanos a pesar de la capitulación de Miranda. Bolívar debía ser remitido a España para morir como Miranda en un inmundo calabozo. Sábelo Iturbe, aquel Don Francisco de Iturbe que estuvo presente en su bautismo, vuela donde Monteverde, interpone con él su poderoso influjo y el *Pacificador* le ofrece su pasaporte para las colonias. Al día siguiente, el joven Coronel Bolívar cuya mirada de águila devora a Monteverde, está en su presencia con Iturbe. El honrado y buen vizcaíno le toma de la mano, lo presenta a Monteverde y le dice estas notables palabras:

—Aquí está el Comandante de Puerto Cabello por quien he ofrecido mi garantía. Si a él toca alguna pena yo la sufro, mi vida está por la suya.

—Que venga el Secretario y extienda el pasaporte a... a... ¿cómo se llama Ud.? —dijo Monteverde dirigiéndose al joven coronel.

—Simón de Bolívar, respondió con voz breve el interpelado.

—Bolívar! nunca he oído este nombre. . . Pero ya se ve! . . . estos insurgentes han salido de la nada a atentar contra los derechos de S.M. —y ¿a dónde se dirige Ud.?

—A Inglaterra.

—Vaya Ud. con Dios, respondió Monteverde entregando el pasaporte.

Bolívar se inclinó profundamente, sin añadir una palabra y se retiró.

Al siguiente día estaba Bolívar en la cubierta del bergantín inglés "Good Hope"; Iturbe le daba el brazo mientras el capitán se aparejaba para partir.

—Adiós Don Francisco, le dijo Bolívar, dándole un estrechísimo abrazo. Adiós, Ud. me ha salvado la vida y con ella la independencia de América. Gracias por la patria y por mí.

—¡Qué!, ¿todavía piensas en esas locuras, chiquillo sin cabeza? ¿No ves que la causa de los insurgentes está perdida? ¿Quieres exponer nuevamente tu patria a los azares de una revolución?

—Don Francisco de Iturbe, sólo las almas débiles, se abaten al primer revés. El valor y la constancia corrigen la mala fortuna. Antes de diez años el pabellón español habrá dejado de flotar sobre aquella almena. Dijo Bolívar estas palabras extendiendo el brazo hacia las murallas donde flameaba la bandera de Castilla.

Iturbe se retiró. Una hora después el "Good Hope" abría sus velas hinchadas por el viento y se deslizaba sobre las aguas como la gaviota que va rizando con sus alas la espuma del mar.

Don Francisco de Iturbe cruzado de brazos contemplaba desde la muralla el bergantín; al caer la tarde aún estaba allí. Cuando la oscuridad hubo borrado el punto blanco del horizonte, el español se retiró murmurando:

—Es preciso que la profecía del Canónigo se cumpla... Aquel Juan Félix era un santo.

¡Singular coincidencia! Un español salva a Bolívar en 1812. Un español le da asilo en la hora de su muerte en 1830.

III

El Cedro del Cacique — El Terremoto

Como no es nuestro ánimo escribir una historia sin plan ni orden, hacemos ligeros apuntes sobre algunos raros sucesos de la vida de ese hombre extraordinario cuya historia es desconocida en América.

En el año 1812 la Capitanía General de Venezuela es un volcán: todo se conmueve; el pueblo empieza a sacudir sus antiguos hábitos y se apresura a la lucha. Vencido huye a los bosques y de nuevo afila sus armas y vuelve de nuevo a la pelea.

Hay en Caracas a orillas del río Guaire una quinta donde la vegetación tropical hace gala de su ostentoso follaje. Esa era propiedad de Bolívar. En el jardín se lleva un cedro gigantesco. Su frondoso follaje lleno de plantas parásitas le dan la apariencia de un viejo cargado de canas. Aquel cedro es

una página de la historia natural de América: quizás nació en el continente. Su robusto tronco levanta las raíces en forma de enormes serpientes como si la tierra no fuera bastante para contenerlas. Cuenta la tradición, esa poesía inimitable del pueblo, que el cacique Guaicaipuro se sentaba allí por las tardes a administrar justicia a sus tribus. El pueblo lo llama el cedro del cacique.

Es el 26 de marzo de 1812.

Un joven de mirada penetrante y de nariz aguileña está sentado en una de sus raíces con la espaciosa frente reclinada en las manos. A su lado hay un religioso capuchino cuya blanca barba se platea a la claridad de la luna. El joven es Bolívar, el religioso es el padre Caracas, barón docto y virtuoso, alma escogida, corazón ardiente por la caridad y el amor al prójimo.

La luna no alumbra sino ruinas.

El 26 de marzo era un día solemne para el pueblo católico; los cristianos recordaban el gigantesco y sublime drama del Calvario y ansiosos acudían a los templos a adorar al Dios Crucificado. Los buenos caraqueños haciendo alarde de vistosas galas, llenaban calles y templos y el humo perfumado del incienso se mezclaba con los solemnes cánticos de la Iglesia.

Un brillante sol luciendo en un cielo azul y puro lanzaba sus rayos vivificadores a la capital. De repente la ciudad se estremece como un caballo sorprendido en el desierto por el tigre, los edificios vacilan como un hombre ebrio y una espantosa deto-

nación como el ruido uniforme de doscientas piezas de artillería se sienten de polo a polo.

¡Es el terremoto!

¡Sesenta mil bocas lanzan a la vez el grito desgarrador de misericordia!

La ciudad se viene abajo. Los edificios conmovidos por el temblor se cuarteán, después oscilan un momento y en seguida se desprenden formando pirámides de ladrillos, piedras y polvo. Los habitantes desalentados corren pidiendo a gritos el favor del cielo, pero las ruinas ahogan en sus labios el último gemido.

En algunos puntos la tierra se raja en profundas grietas, abre su boca espantosa, se traga millares de víctimas y cierra después sus labios humeantes, sepultando en un féretro común centenares de cadáveres.

El cielo está plomizo. El aire se ha convertido en polvo que ahoga a los infelices; los ríos se han desbordado y todo anuncia que la tierra vuelve al primitivo caos.

Las calles están repletas de miembros destrozados, de cadáveres mutilados; las madres mueren entre las ruinas buscando a sus hijos, los hombres hacen pública confesión de sus culpas y el horror se aumenta con los frecuentes y prolongados ruidos subterráneos que no cesan un momento.

¡Diez mil personas han muerto!

La luna se levanta alumbrando un vasto cementerio donde no hay siquiera la regularidad de las tumbas.

¡Vosotros que pasáis por el camino de la vida con la risa en los labios y la impiedad del corazón venid a contemplar la obra de la cólera de Dios!

En ese día funesto, Bolívar no ha descansado un minuto, recorre la ciudad de uno a otro extremo, salva a muchos que estaban oprimidos por las ruinas, entierra los cadáveres, separa los escombros, establece una severa policía para evitar los robos, y al fin, cansado y molido, y con ánimo profundamente triste llamó al padre Caracas y pasó con él la noche debajo del cedro del Cacique.

Sólo Dios y ellos saben lo que ocurrió esa noche entre el héroe caraqueño y el digno sacerdote. Al día siguiente el cedro tenía esta inscripción:

El Porvenir es de Dios
Mortal Adelante-Cumple
El Deber que te impone el
Destino, sin volver la cara atrás.

Apresurémonos a consignar aquí que el año de 1850 fue derribado el cedro del Cacique en medio de la indignación universal de la ciudad. El propietario de la finca se excusó diciendo que el cedro estaba amenazando la pared divisoria de la quinta.

Bolívar siguió después su espléndida carrera de triunfo hasta el año 26.

El legislador absorbió al guerrero, y en mala hora quiso serlo.

La susceptibilidad republicana se alarmó y el vencedor de Carabobo y Boyacá debió a un amigo su lecho de muerte.

¡Ejemplos de grandeza humanas!

Si el lector ha quedado complacido con estos pobres renglones; tal vez podamos ofrecerles otros en el número próximo.

(De **La Revista de Lima**, primer semestre de 1861, tomo III, pp. 15-25, e incluido también en J. V. Camacho, **Tradiciones y relatos**, estudio y recopilación de Estuardo Núñez, Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana, 1962, pp. 39 a 53).

Carlos Camino Calderón.

EL LIBERTADOR ¡Y SU SEÑORA MADRE!

Fulano Briceño, *el Boludo*, era un vecino de la Pampa de Cajabamba, que vivía sus alias a una hipertrofia tiroidea que le tenía desfigurado el cuello y que le daba el inquietante aspecto de un saltojo.

No obstante que *el Boludo* había heredado de sus padres una casita de champa con techo de cortaderas y dos o tres corrales de pan llevar, no trabajaba y vivía de la caridad pública. A cambio de algunos dicharachos que en justicia le brotaban con cierta gracia fácil y agresiva, encontraba en los hogares cajabambinos —donde era muy querido y disputado como choclo de Abril—, la pitanza cotidiana, un cushalito de cebada, un chupe verde y un retazo de cecina.

Por lo demás, un poncho color de vino, un par de llanques, generalmente prendidos en la faja con que se amarraba el pantalón de chicote, y un sombrero de junco que tan pronto lo defendía del sol como de la lluvia, completaban su menaje personal. En cuanto al residencial, le bastaba con una alacena donde guardaba los títulos de su patrimonio y de una barbacoa de sauce cubierta por dos pellejos de carnero.

Demás parece indicar que siendo *el Boludo* protegido de los Agustinos de "Chuzgón" y de las familias godas de Cajabamba, era más cristiano que el padre nuestro y más realista que el manto de armiños. . .

Cuando el Libertador hubo terminado los asuntos que lo habían llevado a Cajabamba y se preparaba para regresar a su adorada Huamachuco, fue invitado a una gran jugada de gallos que debía efectuarse en la plaza de Armas. Bolívar, considerando que el desaire inflingido a los cajabambinos el día de su entrada a la población, era suficiente castigo, creyó político aceptar y a la hora señalada, acompañado de La Mar, de Gamarra que desempeñaba la jefatura del Estado Mayor Divisionario, y de Miller que mandaba la caballería peruana, se presentó en la galería del antiguo Cabildo desde donde podía contemplar el espectáculo.

La jugada fue estupenda. Los mejores gallos de Cauday y de Higospampa se presentaron en la arena. Y entre estacazo va y estacazo viene y entre picotazo a la derecha y picotazo a la izquierda; y entre aletazo por arriba y aletazo por abajo ya habían transcurrido tres horas de sangre y desplume cuando el señor *don Boludo*, con una concha muy bien administrada, se presentó en el palco de Bolívar. Iba a ofrecer sus respetos ¡y no había caso! Hubo que recibirlo para no agraviar al público que completamente bolivariano ya, aplaudía estrepitosamente. . . Y la ovación llegó al frenesí cuando Bolívar, en un arranque altamente democrático, abra-

zó al *Boludo* y —¡parece mentira!— lo hizo sentar a su lado. La Mar estaba confundido; Miller se tapaba las narices; Gamarra intentaba morderse el codo.

Continuó la jugada. ¡Golpe y Golpe! y a cada golpe certero de cualquier gallo, *el Boludo* buscando los ojos de Bolívar, quien jamás miraba de frente, exclamaba:

—¡Buen gallo es Usía! . . . Esto se repitió tres o cuatro veces; lo suficiente para que el malicioso General se apercibiera de que se le negaba el título de Libertador y de que el calificativo de "gallo" no le caía rotundamente encima, sino por la misericordia de una humilde coma.

De "Buen gallo es, Usía", a "Buen gallo es Usía" no había sino una coma y menos distancia que de la ceja al ojo. . .

Pero Bolívar no era de los que sufría ancas de nadie, así es que —en una de esas—, se volvió airadamente contra *el Boludo* y le preguntó:

¿Conoce Ud. al Libertador?

—No sólo lo conozco, Usía, —respondió serenamente *el Boludo*— sino que *poseo un retrato del Libertador y uno de su señora Madre.*

No es para descrita la rebujina que se armó. Bolívar pensando que los cajabambinos habían mandado al *Boludo* para que le diera un lavado de cabeza con afrecho de clavos, gritó:

—*Ahora mismo me enseña Ud. esos retratos, ¡o lo hago fusilar!*

—*En mi casa los guardo, Usía.*

—*¡Pues vamos a su casa!*

La jugada acabó a capazos. ¡Bolívar y sus acompañantes abandonaron la galería del Cabildo, y los godos —que más de fuerzas que de ganas habían invitado al Libertador— ensayaban sonrisitas de cuy pesebrero...

Poco rato después, la comitiva se detenía a la puerta de una casita de la Pampa. *El Boludo* penetró, buscó algo en la alacena de los papeles, y se presentó ante Bolívar:

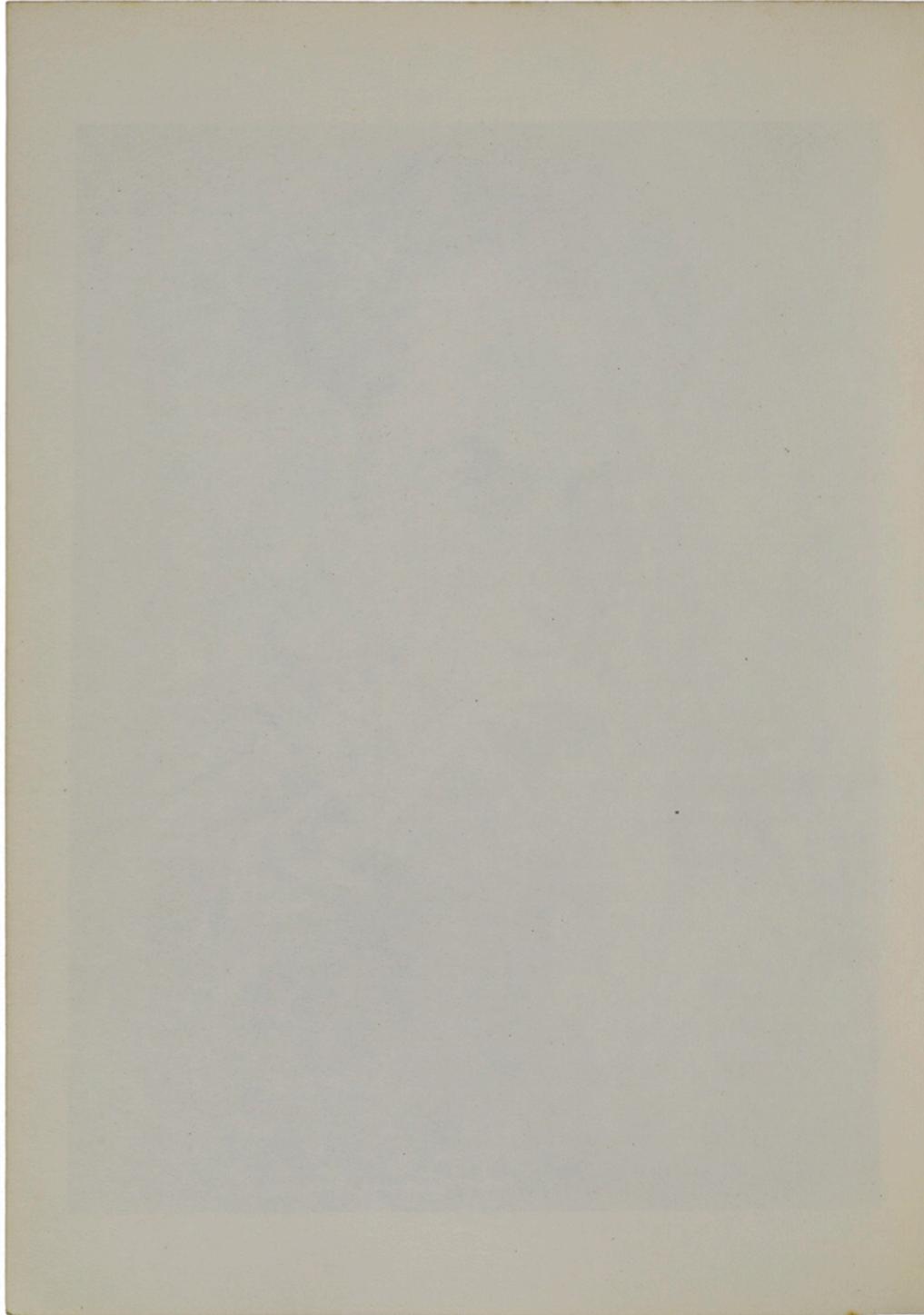
¡Aquí tiene, Usía! —le dijo, mostrando dos estampas mugrientas— ¡Este es el Libertador! ¡Y ésta su señora madre!— Una estampa mostraba a Jesucristo y la otra a la Virgen...

Bolívar, que era comprensivo y generoso, se tragó la píldora, y se inclinó ante las estampas, en tanto que los godos de Cajabamba se daban por vengados, y decían entre dientes:

—*¡Mucho sabe la Zorra, pero más... el que la toma!*

(De: Carlos Camino Calderón, *Tradiciones de Trujillo*, Trujillo, Imp. Moderna. 1944).





Carlos Camino Calderón

EL CLAVO QUE EL LIBERTADOR NO PUDO ARRANCARSE

Eran los tiempos en que Bolívar, después de una ausencia de casi un año, regresaba de su marcha triunfal por el Alto Perú.

Concluída la obra de su genio y de su espada; rendido bajo el peso de tantos laureles; glorificado como héroe alguno se vió jamás, el Libertador se apeó en la Quinta de la Magdalena donde los limeños lo envolvieron en un sueño de chamico. ¡Para exagerar, y hacer mazamorra no hay como la gente de Lima!

En esos apoteósicos días, Bolívar —que de ordinario tenía una expresión cautelosa y triste— se mostraba alegre, jovial, encantador, no obstante que la falta del mostacho, sacrificado en Potosí, hacía resaltar más la considerable distancia que mediaba entre la nariz y la boca del prócer.

Desde que Bolívar llegó a la Magdalena, la humilde aldeita dormida entre negros pinares, borracha de madre selvas y jazmines, se vió invadida por un heterogéneo público que llegaba en calesa, en balancín, o en el caballito de San Fernando: un ratito a pie, y otro ¡andando! . . .

Señores de chafarranga y entorchados, con el rostro cruzado de cicatrices, héroes con pierna de palo, o con una manga vacía prendida al pecho cubierto de medallas; doctores de muceta y capelo; estudiantes de loba y manteo; damas consteladas de joyas como princesas bárbaras; tapadas de saya y manto; niños rozagantes, y ancianos crepusculares, subían la doble escalinata de ladrillos orillada de guarango, y se pisaban los callos en el ardoroso empeño de rendir su homenaje de admiración al hombre providencial que les había dado patria... Y el hombre providencial —luciendo casa-ca azul con botones de oro macizo, botas que le llegaban más arriba de las rodillas, y enorme cuello bordado que se le metía en las quijadas— para todos tenía una frase amable, una sonrisa, un gesto cariñoso: a las damas les obsequiaba frascos de esencia, y magnolias. A los niños, les regalaba "chapanas" de Surco. A los ancianos los sentaba a la mesa, y con las manos acostumbradas a romper cadenas de pueblas, les servía el fragancioso "ante" preparado por las bernardas de la Trinidad.

Todos salían contentos, agradecidos, y viviendo al Libertador que era puro ámbar y algalia entre algodones!...

Un historiador dice que Bolívar vivía hechizado, en la Magdalena. Otro, ha expresado que, por esa época, Bolívar tenía más influencia y más poder absoluto, en el Continente, que el más prestigioso monarca de Europa en sus dominios. Creo que ni uno ni otro exageran; pero olvidan decir

que la Quinta donde Pezuela —el vencedor de Belgrano y de Rondeau— ocultó la vergüenza de haber sido echado del solio virreynal, y donde San Martín —desengañado y resuelto— lió la petaca para escamotearse a la vida pública, fue también la deliciosa Capua donde Bolívar se arrancó muchos de los cruelísimos clavos que le desgarraban las carnes desde que se metió al aporreado oficio de libertador de esclavos...

Y así, los estigmas de "inepto" y de "traidor" que se le prodigaron por la pérdida de Puerto Cabello, y por la entrega de Miranda —el Mentor de la revolución americana—, los insultos de Labatut, en Cartagena, y los de Castillo en Cúcuta; las acusaciones del año 14, cuando batido por Boves, y traicionado por sus tenientes, abandona Venezuela, donde se le dice que "entregado a placeres, desacredita la moral y se olvida de la causa pública"; el título de "cobarde" que le dió Piar, el héroe de la Guayana; la picardihuela de Arismendi; la defección de Nariño; las trapacerías de Santander, las arrogancias de Riva Agüero; el Manifiesto de Tagle, y los pasquines del vizconde de San Donás, quedaron arrancados bonitamente en la Magdalena oyéndose llamar semidios, genio de la guerra, iris de la paz; viendo la sumisa obediencia a su voluntad omnipotente; humillando a la aristocracia limeña con el fusilamiento de San Donás; sonriendo de los curas que suspendían la misa, entre la Epístola y el Evangelio, para cantar:

De tí viene todo
lo bueno, Señor:
Nos diste a Bolívar
¡gloria a Tí gran Dios! . . .

Las trinquetadas de Jamaica que obligaron al Libertador a escribir a Hyslop: "ya no tengo un duro, ya vendí la poca plata que traje"; la desnudez de los días que precedieron a Boyacá, y la entrada —sin camisa— a Bogotá, fueron clavos que salieron con el millonaje que le decretó el Perú, con los sombreros empenachados y los rutilantes uniformes que valían un platal, y con la espada de oro y brillantes que le obsequió la Municipalidad de Lima . . .

La corrida que le dió Bermúdez, en Guiría, sable en mano; el sustazo de Cosacoima —donde tiene que arrojarse a un estero, y desnuda su garganta para degollarse antes que caer en manos del enemigo—; la sorpresa del Rincón de los Toros, donde Santander lo despierta —y Serrano le niega no sólo el caballo sino hasta el anca—, y la puñalada del negro Pío que tira a Bolívar y alcanza al infortunado Amestoy, son clavos que el Libertador se arranca en la Magdalena viéndose rodeado de gentes que lo adoran como a un ser divino; amparado por millares de bayonetas triunfadoras; resguardado por un bosque de lanzas de "cacao macho" con lengüetas de un pie de largo . . .

Los tormentos de la Campaña de los Llanos, cuando pasa la noche en los "morichales" plagados de mosquitos, bebe agua turbia en la "tapera" de

cualquier miserable rancho, y sentado en una calavera de res come un trozo de carne sin sal; cuando galopa por llanuras inmensas, bajo un sol de fuego, y cruza a nado los caños del Apure infestados de caimanes; cuando —en un momento de desesperación— le dice a Páez: “si no me deserto, es porque no sé dónde ir”... todos esos tormentos son clavos que el Libertador se arranca colgando su hamaca en el dormitorio de un Virrey del Perú; bebiendo Champagne; saboreando viandas del cocinero Lemoyven, y merengues del repostero Fremont; bañándose en esa Agua de Colonia en la que se gastaron ocho mil pesos en tres años, si no mienten las Cuentas de la Comisaría del Ejército Libertador...

Por último, el ñoño y cerebral amor de Fanny Du Villars; la avasalladora pasión de Pepa Madrid que maneja a su antojo al Libertador, y lo hace —en una noche maldita de Ocumare— abandonar ejército, parque, heridos, y amigos; el compasivo sentimiento de Isabel Soublette, la magnífica rubia que le llama “el pobre Simón”; el enconado capricho con Bernardina Ibáñez quien le hace piernas con el bravo Plaza; el áspero lazo que lo une a la viriloide Manuelita Sáenz; el agreste cariño de la huaylina que después fue “la Vieja de Bolívar”, y los cotizables entretenimientos de las “paisanitas” que el oficioso Heres le despachaba —bien montadas y acompañadas— a Pativilca, fueron clavos arrancados ante los arrebatos y las locuras de muchas lindas limeñitas que impresionaron al Liber-

tador con su espiritualidad de hijas de la Perricholi, y dejaron las alcobas de la Magdalena impregnadas de un fresco aroma de salud y de ropa limpia, de esa ropa que se guardaba en arcones tallados, junto con membrillos y manzanas ambareadas!

Pero como en este mundo unas son de cal y otras son de arena, hubo un clavo que el Libertador —con todo su poder— jamás pudo arrancarse. Ese clavo, fue la respuesta que el marqués de Villafuerte dió al Libertador, durante el convite celebrado en la Magdalena al día siguiente del fusilamiento del vizconde de San Donás.

Sabido es que Bolívar —que acababa de salvar la vida a Espinoza, el negro asesino de Monteagudo— pudo también salvar la de San Donás con sólo un plumazo. Pero, ¡nada hizo por salvarlo!

Valiéndose de la firma de Tagle, San Donás había dicho “zamba canuta”, al Libertador, en papeles públicos; y el rencoroso hijo de Guayre, no pudo decir lo que San Martín en cierta carta a Tomás Guido: “si no hay arbitrio de olvidar las injurias, porque este acto depende de mi memoria, a lo menos he aprendido a perdonar, porque este acto depende de mi corazón”...

El 15 de abril de 1826, pues, San Donás era pasado por las armas en la Plaza principal de Lima; y al día siguiente, la Quinta de la Magdalena rebosada de convidados a un gran banquete que daba el Libertador. La aristocracia, resentida con Bolívar hasta la pepita del alma, se retrajo; pero uno de sus miembros —el joven marqués de Villa-

fuerte, que había sido nombrado coronel y Ayudante del Libertador —tascando el freno, tuvo que asistir al suntuoso pipiripao.

Cuenta Palma, que viendo Bolívar muy preocupado y silencioso a su Ayudante, le dijo: —Muy calladito está Ud., señor marqués. ¿Acaso lo entristece a Ud. el saber que la aristocracia hizo ayer muy mal papel en la Plaza?

A lo que Villafuerte contestó: —Señor Excelentísimo, aristócratas y plebeyos, todos somos iguales ante la ley, y ante el verdugo!

¡Haz de ese caldo, tajadas!...

Decían las viejas, que aunque Bolívar no lo manifestó, aquello de verdugo se le quedó atragantado en el istmo de las fauces, ni más ni menos que si hubiera perdido el reflejo glóseo-faríngeo... Ese verdugo, fue el clavo que el Libertador de diez millones de hombres, y fundador de tres repúblicas, no pudo arrancarse ¡ni con las tenazas de Nico-demus!

incerte que había sido nombrado coronel y Ay-
dante del Libertador—trocando el freno, vive que
entrar al mundo piquines.

Quinta Párra que cuando Bolívar muy pro-
cupado y atencioso a su Ayuntamiento le dijo—¡Muy
cuidado con Ud. señor marqués. ¡Caso lo en-
tusias a Ud. el saber que la aristocracia hizo ayer
muy mal papel en la Plaza!

A lo que Villalente contestó—Señor Exce-
lentísimo, aristócratas y piqueños todos somos
guarar ante la ley, y ante el verdugo!
¡Fías de ese caldo, señores!..

Dicen las vistas que aunque Bolívar no lo
manifiesta, aquello de verugo se le quedó atapan-
tado en el lado de las fauces, ni más ni menos que
si hubiera perdido el sentido gineco-lógico...
Las verugos son el clavo que el Libertador le dice
algunos de hombres, y le hablan de tres repúblicas.
no pudo arrancarse así con las tenazas de Dios.
¡Dama!

Carlos Camino Calderón

EL BRUJO DE CHICAMA

Santo Domingo de Chicama, el pueblo que en 1538 fundara —en terrenos de la encomienda de Don Diego de Mora— Fray Domingo de Santo Tomás, se vanagloriaba de poseer un Convento en el que se habían formado los más esclarecidos varones de estos andurriales, una fábrica de la que había salido la primera azúcar de caña elaborada en el país, y un vivero que producía los más famosos haraganes y brujos de todo el Perú. Por algo decían los viejos trujillanos: *En Chicama, la mujer brujeando y el hombre en la cama!*...

El hecho que vamos a referir —y que sirvió para consolidar sin jerónimo de dudas el prestigio de Chicama, y de sus brujos— se realizó en plenos días consulares; cuando Bolívar, desde la Quinta de la Magdalena, dictaba la ley a millones de libertos; cuando recibía el incienso de los socarrones limeños y cuando el *Palomo* —la flor y nata, el concho y la espuma de los caballos del Libertador— era el segundo amo del Perú.

Por entonces, el amor, el cuidado, y la adulación que rodeaban al *Palomo*, causaban envidia hasta a las más renombradas muchachas de la ciudad de los virreyes, y del champuz de leche... Y

eso que las muchachas de mi tierra, no son de las que se quedan para dar migas al gato! Pero el *Palomo* era todo un señor caballo de siete cuartas; albo como un ampo de nieve; eléctrico; más suave que hamaca filipina, y tan ligero como *Elborak*, la divina jumenta que con el Profeta a cuestas, recorre los siete paraísos en el escaso tiempo que tarda en derramarse un vaso de agua.

Como todo caballo de chipén, el *Palomo* poseía el valor, la nobleza, y las crines del león; la fuerza, el brío y la piel del toro; los ojos, las canillas, y el brinco del venado; las orejas, la cola y el trote del zorro; la arrogancia, la vista, y la potencia del gallo. Además, tenía tres cosas de la mujer; pero esas cosas, el lector no debe verlas en letras de molde.

En noviembre del terrible 1814, Bolívar viajaba para informar al Congreso de la pérdida de Venezuela. Sus más enconados enemigos —Rivas, Bermúdez, y Castillo— daban sobre él como en real de moros. Lo acusaban nada menos que de ser el culpable de las desgracias de la patria.

Al llegar a Santa Rosa de Viterbo, en una mula más cansada que la letanía, Bolívar encontró un guía que se comprometió para acompañarlo hasta Tunja, pero se negó a proporcionarle la yegua de la que era poseedor. La yegua estaba en meses mayores, y la mujer del guía —que diariamente encomendaba el vientre de la yegua a San Nicolás de Tolentino— había soñado que el potro

que naciera, estaba destinado para un gran General:

—¡Y Casilda es "oráculo", patrón—, había dicho el guía...

—Dile a Casilda que me guarde el potro —recomendó Bolívar cuando despidió al guía.

Y el potro llegó, pocos años después, cuando Bolívar iniciaba la batalla en Pantano de Vargas: —¡Aquí está su potro, patrón! ¡Casilda se lo manda!

Desde Pantano de Vargas, el *Palomo* fue el caballo de las entradas triunfales. En el *Palomo* entró el Libertador a Santa Fe, después de Boyacá: el caballo iba lujosamente enjaezado, y el caballero iba sin camisa. En el *Palomo* entró a Caracas, después de Carabobo. Y a Quito, después de Bomboná. Y a Lima, después de Junín...

Dice Capella Toledo que Bolívar amaba al *Palomo* como a una parte de su ser, y que el caballo, agradecido, desde lejos reconocía a su amo. Al ruido de sus pasos, al timbre de su voz, relinchaba, tendía plumífera la cola, piafaba... Al montarlo Bolívar, el noble bruto temblaba de respeto!

En el Perú, el *Palomo* era más mirado que la bandera de Miramamolín Yacub; y Eduardo Egar, mariscal del Libertador; Pedro Gaoutwill, cochero, y seis soldados de Caballería, eran así como sus Chambelanes y Guardias de Corps.

Por esos jocundos días de la Magdalena, Bolívar —cegado con el brillo de sus glorias y desoyendo la verdadero voz de la opinión y la del mismo Sucre— trabajaba febrilmente para que se adop-

tara su proyecto de Constitución, por la que él sería Presidente hasta que la Parca le cayera encima, y su plan de Federación en el que entrarían, como en un alfajor de tres tapas, la Gran Colombia, el Perú y Bolivia.

Respecto de la Federación, pensamos que Bolívar desconocía el cuarteto del lego de La Merced:

Siendo Dios el sumo Bien,
y el Demonio el sumo mal,
¿cómo quieres tú que estén
Dios y el Diablo en un costal?...

En cuanto a su Constitución Vitalicia, creemos que Bolívar estaba muy lejos de pensar que poco tiempo después de ser jurada en Lima, los traviesos peruanos le aplicarían aquellos de "dos son los días verdaderamente felices del hombre: el día que toma mujer, y el día que la entierra".

El General Santa Cruz, Presidente del Consejo de Gobierno, y gallazo que jamás engolillaba en falso, era el más empeñado en hacer tragar a los pueblos la rueda de molino que el Libertador les presentaba envuelta en la Vitalicia. Y como si bien cantaba el abad, no le iban en zaga los monacillos, los demás miembros del Consejo —Unanue, Pando, y Larrea—, también metían el hombro, y empujaban la carreta.

El Secretario del Libertador —un Coronel Don José Gabriel Pérez que según Luis Alayza y

Paz Soldán era más malo que la cicuta— echaba sangre por los codos garrapateando lindezas a las autoridades elegidas para comadronas del vástago que “ya coronaba”, como dicen esas profesionales...

No había pluma bastante bien tajada para alabar a La Fuente, Prefecto de Arequipa, y a Gamarra, Prefecto del Cuzco, los dos Departamentos más machos de la República: donde los hombres se amarran con riel de tren los pantalones, y dejan la cadena de buque para las mujeres!

¡Todo se presentaba blanco, migado, y en taza! De la oposición encabezada por el taimado Luna Pizarro, y por el ternejo Alvarez, a Bolívar no le llegaba ni la tos.

Naturalmente, al *Palomo* también le tocaba su ala en la gloria y adulación de que su amo era objeto; y menudeaban las palmaditas en el cuello, que le daba el Presidente del Consejo de Gobierno. Y las sobaditas del anca, que le prodigaba el Fiscal de la Corte Suprema. Y las cosquillitas en el hocico, que le hacía el Ministro de Relaciones Exteriores.

Sin embargo del enorme cúmulo de asuntos que debía atender, tres veces al día Bolívar abandonaba el trabajo para ver, con sus propios ojos, si al *Palomo* le habían pasado la almohaza más aparente, los cepillos más suaves; si habían cribado la cebada; si habían escogido la paja; si le había encontrado alguna raspadura en la boca, o alguna vejiga en las cañas; si tomaba el pienso con avidez; si bebía con ansia... Y en la noche, el Libertador no

se retiraba a descansar sin haber alargado el ron-
zal con sus propias manos, y sin haber cubierto al
caba!lo con una de las suntuosísimas mantas confec-
cionadas, muchas de éllas, por delicadas señoras
que no le hacían un babero a los hijos.

Así andaba el ajo cuando, una mañana, el Co-
ronel Don Pedro Blanco —Jefe del Batallón "Junín",
que montaba guardia al Libertador—, recibió un no-
tición que lo dejó patidifuso: el *Palomo* había de-
saparecido!... Y el bravísimo cochabambino que
no había sentido miedo cuando en la batalla de
Junín hizo prodigios de valor, al frente de su Es-
cuadrón, sintió que la sangre se le helaba en las
venas, y que se le relajaba el esfinter que mira a
los talones!

Diez minutos después, del Cuartel General sa-
lian comisiones a los fundos vecinos de la Magda-
lena, y en "Orbea", "Cueva", "Buenamuerte",
"Desamparados", "Jesús María" y "Oyague", no
quedó rincón que no fuera registrado como camisa
de muchacha pulgienta. ¡Vana empresa! Al cabo
de doce horas de búsqueda, el *Palomo* no aparecía
ni en flor ni en rama.

Bolívar —el impulsivo y violento Bolívar que
toda la vida andaba buscando pelo al huevo, y que
por lo menor gritaba y chillaba como un energúme
no— estaba hecho un trapo de cocina! El abati-
miento y la consternación —no la ira— se pintaban
en su semblante! Qué cierto es que el pequeño mal
espanta, y el grande amansa!

Mientras tanto, la noticia se había esparcido

como fama de pródigo; y desde Lima, las gentes llegaban a bandadas para presentar el pésame que recibía el Jefe del Estado Mayor, General Miguel Figueredo. Bolívar, tirado en su hamaca y declarado en huelga de hambre, no se daba cuenta ni de los dedos de la mano. El General Lara, el crudo Lara decía que el Libertador no quería ver a nadie...

Pero el Libertador estaba de suerte! Y como al que está de suerte el viento le apaña la leña, cuando más grande era su consternación y más silencioso su dolor, y cuando en los salones de la Quinta el sabio Unanue rememoraba los caballos célebres —Bucéfalo, Incitatus, Babiaca, Rocinante— encontrándolos chiquirrititos al lado del *Palomo*, corrió la voz de que un cholo de Chicama, que acababa de llegar a la Magdalena portando pliegos de la Prefectura de Trujillo, garantizaba encontrar el caballo mediante un acto... ¡de brujería!

Anda lanza para Francia! —había dicho el Vicario General del Ejército Libertador, Doctor Torres, santiguándose. Sin embargo, cuatro bravos encabezados por el Teniente Coronel Santana, edecán del Libertador, se pararon en dos patas y salieron en busca del chicamero. Ya se habían removido todos los poderes humanos. Ya se había implorado a todos los poderes divinos y el *Palomo* no aparecía. Era tiempo, pues, de poner en juego a las potencias infernales...

A poco andar, Santana y los cuatro bravos encontraron al chicamero quien se dispuso a brujear en presencia de ellos.

Por primera providencia, tomó una olla de barro en la que aún yacían restos del sancocho, la llenó de arena, y la colocó sobre un fogón de adobes. En seguida, ordenó a Santana que pusiera un peso en la olla: —*¡Pá yamá, a la sombra der ladrón!*— dijo—. Santana puso hocico de a vara, pero no tuvo más remedio que largar el peso que, inmediatamente, pasó a la faltriquera del brujo.

Cuando la arena estuvo caliente, el oficiante echó en ella un puñado de granos y menestras, y pidió otro peso: —*¡Pá yamá, ar cabayo!*...

Santana, que ya empezaba a ver turbio como si nadara bajo el agua, puso otro peso que corrió la suerte del primero.

—*¡Mucha vista, cabayeros!* —decía el chico—, *ese panamito blanco es el Palomo que luán lleváu a un potrero. Esos garbanzos son toros y vacas questán pastando junto con él. Esos triguitos son borregos.*

Hubo unos momentos de silencio al cabo de los cuales el brujo continuó: —*Esa nube que sale de la oya es la noche questá muy oscura. Hay que aclararla pá podé vé. Eche otro peso a la oya, Coronel!*

Santana tragó saliva espesa como algodón, y cerrando los ojos, largó otro infeliz peso...

Ahora, el brujo ya veía al ladrón! Era un frejol grueso. Debía ser hombre gordo. Los perros —tres granitos de arroz inmóviles en el centro de la olla— no habían sentido al ladrón. Estaban dormidos!...

De pronto, el frejolón lanzó un crujido y rebotó sobre la arena que iba calentándose: —*¡Ya saltó la tapia er ladrón!* —gritó el chicamero. Y como el frejolón empezara a descascararse, continuó: —*Ya se quita el poncho pá laciá ar Palomo!*

En la arena, muy caliente ya, los perros empezaron a moverse en todas direcciones, y de blancos que eran, se volvieron prietos de tanto ladrar.

Por fin, se acercó el ladrón y laceó al *Palomo*: —*¡Ya se lo yeba! Ya se lo yeba!* — *Pasan un puentecito. ¡Suben por la farda diun cerro!... Ya se me perdió la güeya! Eche otro peso en la oya, pá encontrala, Coronel!*

Santana, que hubiera ido a Tetuán por monas con tal de encontrar al *Palomo*, echó su último peso y sintió que se le moría Dios en el cuerpo!...

No sabemos cuánto tiempo más duró la sesión de brujería, ni lo que en ella continuó haciendo el chicamero. Lo cierto del caso es que al volver al Cuartel General, Santana y sus cuatro bravos se quedaron pafuncios al ver —*¡parece mentira!*— al ver nada menos que al Libertador... *¡abraza-do al cuello de su Palomo!*...

Casualidad? ¿Brujería?... Sólo Dios lo sabe! Y sólo Dios sabe, si al *Palomo* quisieron robárselo a la de verdad, o si lo que quisieron fue, solamente, darle un lavado de cabeza —con aserrín de clavos, al Libertador.

Aquel fue un misterio más impenetrable que el velo de Isis. El asesinato de Monteagudo, y el suceso del *Palomo*, fueron —por mucho tiempo—

los mayores rompecabezas que tuvieron los limeños.

Menos mal que no hubo sino un perjudicado. Y que el perjudicado fue Santana, el pobre Santana que era muy Amarrete y Seguro, y a quien nadie había podido arrancarle un peso ni con las tentanzas de Nicodemus!

Prodigios de los brujos de Chicama!...

De Carlos Camino Calderón, **Tradiciones de Trujillo**, Lima, Cia. de Impresiones y Publicidad, 1948, 274 p., pp. 89-98 (2ª edición que incluye tradiciones de Lima, de Trujillo y de Piura)

Luis Benjamín Cisneros

LA MEDALLA DE UN LIBERTADOR

I

Vous voilà donc! vous voilà! il y a long temps que je vous cherche. [Héos allí! !héos allí! hace mucho tiempo que os busco].

Estas palabras me fueron dirigidas de repente en un círculo de amigos, en un baile, una noche que la ciudad entera del Havre se hallaba de sarao en el Hotel de Ville [casa municipal.]

En el Havre los ricos y los de mediocre fortuna tienen su fiesta democrática todos los años, durante el invierno, en favor de los pobres. El baile se efectúa por suscripción; los licores, los dulces y las flores se pagan en la cantina. ¿Por qué en Lima no hacemos lo mismo en favor de tanto desgraciado? Desde el encopetado e inaccesible negociante que manda sus buques en todas direcciones de la rosa náutica, sobre la inmensidad de los mares, y que puede repetir las célebres palabras de Carlos V, hasta el humilde pero honrado tendejonero; desde el reservado y circunspecto subprefecto hasta el más humilde oficinista de la municipalidad, todos se reúnen allí esa noche, con sus familias. Los

tipos aristocráticos se codean con los tipos estrafalarios de la provincia, los trajes de Wors, el más célebre costurero de París, con los trajes confeccionados, por reminiscencias de la moda, merced a los esfuerzos de la laboriosidad doméstica. La humilde violeta pasa fresca y airosa al lado de la purpurina y empinada rosa de Alejandría y la blanca margarita al lado del azulado y altivo lirio, sin que ninguno de ellos le quite al otro su perfume propio. Del saludo respetuoso se tiene que pasar al saludo de complacencia y de la cortesía de etiqueta a la sonrisa de afabilidad. No por eso deja de haber mucha riqueza, y al resplandor de las luces, parece por momentos que los brillantes y las piedras preciosas revolotean alistadas en el aire. Aquel es un panal de abejas esmaltadas, en que el alma siente algo que se asemeja al paladeo de la miel destilada ya, y en que no deja de haber sus peligros de sacar una picadura venenosa.

—Y sin embargo, le repuse al viejecito, que dándome la mano, me dirigía las palabras indicadas, no tengo el placer de saber a quien hablo.

—Soy Fysquet, me replicó, Fysquet... ¿no habéis oído hablar de Fysquet en el Havre? ¡Soy empleado en la dirección de los movimientos del puerto con los honores de alférez de marina, y sobre todo, soy vuestro libertador!

Esta última frase fue pronunciada llevándose la mano al pecho en cuya izquierda había una cinta horizontal de donde colgaba, en línea recta, una multitud de medallitas del tamaño de medio real.

Aquí esta la decoración de *Bolívar*, agregó levantando la medalla de un extremo con el dedo pulgar y mostrándomela con una mirada que quería sorprender por completo todas mis impresiones.

Aunque Monsieur Fysquet era miope, sus ojos claros participaban de toda la vivacidad de su persona. Pequeño de cuerpo, casi raquíptico, delgado, gastado, enjuto, su aspecto contrastaba a primera vista con la rapidez de sus movimientos y de su enfática locuacidad. Su cráneo, liso y brillante hacia el medio, sólo resguardado por dos copos laterales de cabello cano, traído de atrás hacia adelante y que parecían encerrar su cabeza como entre las alas de una paloma blanca. La antigüedad de su frac luchaba allí mismo, a mi propia vista, con el esmero en la limpieza y correspondía a lo subalterno de la posición oficial de su propietario.

Comprendí que Sieur Fysquet era uno de esos hombres que sin caer en el ridículo son conocidos por la multitud como entes originales, haciéndose simpáticos y populares en fuerza de su propia singularidad.

Yo he *pirateado* con Bolívar, me dijo con aire de la más profunda satisfacción.

—Bolívar no ha sido jamás pirata, le repliqué.

—Os equivocáis; cuando un hombre se lanza a una empresa de la magnitud de la que emprendió Bolívar se tiene que ser pirata y algo más. ¡Yo formé parte de la expedición que llevó a Bolívar de Santo Domingo a Venezuela, en 1816! En esa navegación no fuimos por cierto como sobre un piso

de rosas; en las aguas de la isla Margarita tuvimos que tomar por la fuerza a dos buques de guerra. Buena la escapamos, cuando al llegar a la Tierra firme casi nos sorprenden los españoles. . . Mucho deseo he tenido de ir a haceros una visita, pero soy un hombre que no puede contar una sola hora como suya. Ya. . . ya iré a veros; os contaré toda mi historia, mi campaña, mis diálogos con el Libertador. . . os haré ver la medalla, la verdadera medalla que poseo, pues ésta es solo un símil.

—Todo eso me interesa mucho, le dije, y veo que tenéis derecho a mi gratitud; ¿pero por qué no me contaríais esa historia ahora mismo?

—Porque la marea de hoy es a las cinco de la mañana; son las doce, y apenas me quedan cuatro horas de sueño para ir a hacer moverse a los buques que deben salir del puerto. A los 68 años soy esclavo de mi trabajo: Pero procuraré no diferir mucho la visita que os he prometido. . .

Poco después ví a lo lejos que Sieur Fysquet salía del baile, llevando del brazo a una jovencita pobre y chabacanamente vestida. Al divisarme vino hacia mí, haciendo una conversión, me presentó a su hija, Mademoiselle Ernestina Fysquet y se alejó, no sin volverme a repetir que muy pronto se presentaría en mi casa.

Desde ese día fui un amigo, un confidente, casi un protector para Sieur Fysquet, que como buen francés, era jovial, alegre, decididor. Sabía vivir bien con todos y reía y conversaba con ese aticismo, esa discreción, esa fecundidad inagotable que no al-

canza a dar ni la educación francesa y que sólo viene del temperamento de la raza.

Solía ir a verme con su hija los domingos en que hacía buen tiempo, y mientras la joven cogía algunas flores en el pobre jardín de la casa o contemplaba los buques que pasaban a lo lejos, sobre el azul esmaltado del mar, Sieur Fysquet me contaba los incidentes y las anécdotas de su vida, y en especial, las de su juventud.

Como se verá, su campaña de corsario en América y la condecoración de *libertador* había jugado un rol casi decisivo en su vida.

II

Todos el mundo sabe que, después de sus primeros triunfos, Bolívar se vió obligado, por una serie de contratiempos, a refugiarse en Haïtí, y que merced a un acuerdo secreto con el presidente Pétion, logró organizar una expedición sobre Venezuela.

Componíase ésta de siete buques que había puesto a su disposición y tripulado un negociante de Curazao. Mr. Luis Brion, quién, dispuesto a obrar, según las circunstancias, ya como corsario, ya como jefe de una marina de guerra, tomó el mando de la flotilla, obteniendo de Bolívar el título de Almirante de las fuerzas navales de la República de Venezuela.

Fysquet era contramaestre en uno de los buques que Mr. Brion empleaba en sus empresas mer-

cantiles. Cuando el negociante, cuya confianza y cariño poseía por completo, puso a las órdenes de Bolívar todos sus recursos, continuó en su buque con el mismo empleo.

La expedición se hizo a la vela el 30 de marzo de 1816 del puerto de Aguin [los Cayos Haití] con doscientos cincuenta hombres de desembarco.

Cerca de la isla dinamarquesa de Santa Cruz encontraron y apresaron un buque mercante español. Fysquet se jactaba de ser el primero que había divisado este buque.

Algunos días después cerca de los *Testigos*, encontraron dos buques de guerra españoles, el "Rita" y el "Intrépido" que bloqueaban la isla Margarita: ambos fueron tomados al abordaje, muriendo en el combate sus dos comandantes y la tercera parte de la tripulación.

Fysquet tomó parte en la refriega, y fue él quien dirigió, a bordo del "Intrépido", la operación de retirar los cadáveres y lavar la cubierta enrojecida por la sangre.

El Libertador desembarcó en Juan Griego [Isla Margarita] organizó allí un gobierno y continuó sobre Venezuela llegando a Carúpano, puerto de la provincia de Cumaná, en donde estableció provisionalmente su cuartel general.

La falta de víveres y la codicia de algunos jefes corsarios lo obligaron a emplear la violencia, tanto en las aguas como en las costas inmediatas. Los golpes de mano y los actos de rapiña se renovaban todos los días. Fysquet era el favorito de

Brion, entre los hombres de equipaje. Pero más que los provechos compartía con él los peligros en los lances de audacia.

La flotilla se fue dispersando poco a poco, tanto por las exigencias de las operaciones militares que concebía Bolívar cuanto por el temor de una sorpresa de los buques de guerra españoles que cruzaban esos mares. Cúpole en suerte al buque de Fysquet, llamado el "Bello Inca", conducir al Libertador de Carúpano a una pequeña caleta cuyo nombre no recordaba.

Pero después volvió a Curazao. Allí tomó servicio, por recomendación de Mr. Brion, en un buque de la marina francesa, y habiendo dado vuelta al mundo en este mismo buque, regresó a Francia.

Así terminó Fysquet su carrera de corsario en favor de la independencia de las antiguas colonias españolas.

III

Esta vida le había dado un aire arrogante y resuelto, a pesar de la pequeñez de su talle. En su pueblo, a donde fue a ver a su familia, con algunos meses de licencia, inspiró una especie de simpatía y entusiasmo generales. La narración de sus aventuras le hizo considerar como un ser fantástico. Pocas cosas inspiran tanta curiosidad en una aldea cualquiera de Francia como la presencia de un marino hijo de la aldea misma, que ha estado en paí-

ses lejanos, únicamente conocidos allí bajo el nombre genérico de *las colonias*. Todos se imaginan ver al recién venido, amenazado por los salvajes de América o de Africa, y al oírle hablar de sus aventuras y del calor de los trópicos, la sencillez de los aldeanos, lo cree salvado como por milagro de la Providencia, y lo reviste de cierto prestigio maravilloso. Fysquet era de un pueblecito cerca de Brest. Apenas llegó, se enamoró de una hermosa bretona.

¿Queréis saber lo que es una aldeana bretona? Una aldeana bretona es una mujer rolliza, activa, infatigable para el trabajo, campesina por naturaleza y por instinto, rojiza cuando joven, amoratada cuando vieja, excelente ama de llaves, apasionada, por espíritu de resistencia, y terca, sobre todo terca, muy terca, terca hasta la brutalidad.

Bastó que los padres de la joven le manifestaran que Fysquet no era hombre que la convenía, para que ella se empeñase en casarse con él.

Los medios de fortuna y la carrera de Fysquet constituían una posición muy inferior a la de su pretendida.

El día que Fysquet fue, vestido con el uniforme de marino, a pedirle al viejo bretón, padre de su amada, la mano de ésta, el viejo bretón lo echó enhoramala. No hacía dos minutos que se habían visto por la primera vez de su vida, ni uno que se habían saludado, cuando se estableció entre ellos un vigoroso pugilato, en el cual Fysquet hizo

rodar por el suelo a su adversario, a pesar de la desolación y de las lágrimas de la joven.

El padre de su amada tenía elevadas aspiraciones respecto de su hija, y quería para ella un hombre condecorado. En Francia esta es la ilusión de muchos padres, y las cruces es lo único que a veces suele reemplazar todas las excelentes cualidades que el dinero da a los novios. El viejo bretón había dicho:

—Un hombre que ha servido en la marina de guerra y que no está condecorado, no puede ser sino un inepto.

¿Cómo procurarse una condecoración?

El antiguo corsario recordó que estando en las aguas de Venezuela, había oído hablar de una medalla concedida a todos los que se habían distinguido en la expedición salida de Haití. Inmediatamente escribió a Mr. Brion, y casi en el término de la distancia recibió la contestación siguiente.

Jamaica [fecha.]

Mi caro Fysquet:

Os creía muerto, y esta idea me apesadumbra-
ba. Reclamáis vuestra medalla y tenéis razón. Tengo en mi poder algunas que corresponden a varios de los que tomaron parte en nuestra empresa de 1816. El gobierno de Colombia me ha encargado de hacerlas llegar a su destino. Os remito

la vuestra, que es de oro, por medio de Mr. Armand Jarret. Escríble a París, [aquí la dirección.]

Os recuerdo siempre, siempre, y vivo persuadido de que tampoco me olvidáis. Si tenéis necesidad de mí, ocupadme sin escrúpulo.

Siempre vuestro,

Luis Brion.

He tenido diferentes veces entre mis manos el original de esta carta y la medalla misma. El Sieur Fysquet me llevó ambas la primera vez que fue a visitarme, esto es, tres días después de nuestro primer saludo en el Hotel de Ville.

IV

Fysquet prolongó la licencia tanto como pudo para no separarse del lugar en que vivía y que tenía cautivo su corazón.

En cuanto la medalla llegó a sus manos aprovechó del primer domingo, y con ella en el pecho, se fue a misa a la iglesia de la aldea. La sensación fue profunda. El padre de la rolliza bretona, sin darse cuenta de lo que esa medalla significaba, no encontró ya objeción que hacerle. Pero, como dejando a un lado las vanidades del mundo, lo que él buscaba en realidad no era un novio condecorado sino novio con dinero, se puso a idear un nuevo pretexto para rehusar al marino la mano de su hija. No tu-

vo necesidad ni de pretextos, porque acostumbrado como estaba en cuanto veía a Fysquet, no a hablarle sino a accionar enérgicamente, apenas vió un día que entraba a su casa, se lanzó sobre él y mal recibido, volvió a ser revolcado por su futuro yerno.

Al día siguiente Fysquet fue preso, inculcado de haber hecho abandonar a su amada la casa paternal, y de usar una condecoración extranjera sin permiso del gobierno de su país.

La primera acusación fue fácil de desvanecerse, merced a la bendición de un sacerdote y la de un padre enternecido al fin por las lágrimas de la hija.

La segunda le costó largos meses de pruebas y de sufrimientos, pues dió lugar a otra mucho más grave.

Era esta la de haber servido en las filas de un ejército extranjero, y perdido, según la ley, la ciudadanía francesa.

Fysquet logró establecer en el juicio, que según los términos de un contrato celebrado en Curazao en 1814, con Mr. Brion, para servir en sus buques durante cuatro años, él no había podido considerar la expedición de Aguin a Venezuela como una empresa militar sino mercantil, y que si en ella había tenido la fortuna de prestar ciertos servicios a un país extranjero, nada era más natural que el que se le hubiera premiado. Al mismo tiempo pidió permiso para llevar la medalla colombiana, y le fue fácilmente concedido.

El pobre viejo lloraba de gozo al recordar lo completo de su dicha, cuando libre al fin, atravesó, un día de fiesta, las calles de la aldea, llevando del brazo a su esposa llena de cintas, de flores y de encajes, mientras él se contoneaba con aire varonil y deslumbraba a todo el mundo, inclusive el suegro, con el vistoso y sencillo traje de marino, realzado por el brillo de la hermosa medalla que adornaba su pecho.

Lo que más curiosidad tenía yo de saber, eran los *diálogos* de Fysquet con el Libertador.

El antiguo corsario había pluralizado sin razón, y sólo para impresionarme más sobre el papel que había desempeñado en la segunda expedición de Bolívar. Todas sus conversaciones con el grande héroe se habían reducido a una, y esta única conversación, a las siguientes palabras.

Una tarde, en el "Bello Inca", cuando Bolívar iba de Curúpano a la caleta cuyo nombre no recordaba Fysquet, se distinguió en el horizonte un buque, y se temió por un momento que fuera algún navío español.

Fysquet tenía el antejo clavado sobre el buque recién aparecido. Bolívar se acercó precipitadamente a él, le pidió el antejo, lo tuvo un instante, y desconfiando de su propia vista, se lo volvió diciendo:

—¿Tiene bandera o no?

—La izan en este instante, le repuso Fysquet.

—Es española?

—No; inglesa.

—Qué rumbo lleva?

—El mismo que nosotros.

—Entonces es inútil tanta alarma!

El héroe gritó al comandante del buque que nada había que temer, se caló la gorra más hacia los ojos y siguió paseándose tranquilo.

V

Empleado en diferentes puertos de Francia, el antiguo corsario había tenido ocasiones de ejecutar algunos actos de valor, retirando del mar a varias personas en peligro de ahogarse. Cada uno de estos actos representa en Francia una medalla especial. También había contribuido al salvamento de varios buques de comercio franceses y extranjero. En este último caso el gobierno extranjero cuya bandera enrolaba el buque, acuerda también una medalla. Fysquet contaba ya algunas, y como tenía manía de ellas, esperaba todavía, a los sesenta y ocho años, alcanzar muchas más.

En los primeros años de su residencia en el Havre había perdido a su mujer, quedándole una sola hija: Ernestina.

Dejó de verme Fysquet dos o tres meses, cuando una mañana llegó Mademoiselle Ernestina a casa y me entregó una carta de su padre. El pobre viejo estaba gravemente malo y me llamaba.

Su humilde cuarto era pobre, limpio, fresco y sencillo como el corazón de una griseta de quince años.

Se hallaba en la más absoluta escasez de recursos y quería de mí no sólo un socorro sino un instante de conversación para distraerse.

La expedición francesa contra Méjico se armaba por entonces en Francia.

—¿Qué pensáis, le pregunté, sobre la intervención en Méjico?

—¡Mal negocio, malísimo negocio para la Francia! me repuso. Pero es preciso confesar que Méjico y toda la América española no vive sino en la anarquía sistemada. ¿Cuándo volveréis a tener un hombre como Bolívar?

Esa noche estreché por última vez la mano de Fysquet, esa mano que con el cuchillo del corsario había defendido la independendencia americana.

Pocos días después, lo condujimos a su último asilo. Al ver caer la primera lampada de tierra sobre su caja mortuoria, no pude menos de sentirme profundamente conmovido y, como si el sentimiento fuese también un puñado de polvo, yo sentía algo que se removía en mi corazón, que se desprendía de él y que bajaba hacia esa fosa.

Fue una bendición de gratitud en nombre de mi patria, tan lejos entonces para mí, y en mi propio nombre.

Con ella duerme el pobre Fysquet en un cementerio que se halla tendido en el declive de la costa del Havre y que blanquea a lo lejos, rodeado de verdura, como para anunciar al marinero que lo divisa desde el mar, al volver a Francia,

que allí le espera la verdadera paz y el verdadero reposo en su último viaje.

VI

Mademoiselle Ernestina fue a verme algunas semanas después y me refirió que su padre, al morir, había mandado pagar ciertas deudas con el producto de los objetos que poseía, y entre ellos con el de las medallas de oro y plata. Pero en lugar de reintegrarme el socorro con que lo había auxiliado en sus últimos días, le había encargado que me entregase la medalla de Colombia, como un pago y como un recuerdo.

—Cuántas medallas os quedan? le pregunté.

—Ninguna, todas han sido vendidas.

—¿Quiere decir que éste es el último testimonio que poseéis de los nobles sentimientos de vuestro padre, y de todo el bien que hizo durante su vida?

—Sí, señor.

—Trabajáis siempre honradamente?

—Podeis tomar informes en casa de Madame***, modista.

—Pues bien: llevaos esa medalla, y cada vez que la veáis cobrad fuerza para soportar la pobreza y perseverad en vuestra conducta, manteniéndoos digna de la memoria de vuestro padre.

Vana esperanza!

Más tarde supe que Mademoiselle Ernestina
había empeñado la medalla en el *Monte de Piedad*
y que había abandonado el trabajo. . .

Los hombres no respetan ni la fealdad!

Lima—1863.

(De *El Correo del Perú*, año V, Lima, diciembre de 1875).



AYACUCHO - IGLESIA DE SAN CRISTOBAL - HUAYLITA - A. H. G. J. G.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

Abelardo Gamarra

UNA MINGA PATRIOTICA

(A D. Ricardo Palma).

Se llama *minga* en el interior de esta República, una costumbre que podríamos llamar fiesta campestre, una de las tantas que no carecen de originalidad, ya que carecer pudieran de poesía.

Se trata de la cosecha de una sementera y cuando el dueño de ella es de escasa fortuna y carece de peonada, invita a sus vecinos, los que acuden, provistos de herramientas necesarias, para ayudar al propietario de su faena, sin otro galardón que la buena *chicha* y la comilona con que éste los regala. Por lo general, terminan las *mingas* en danzas o bailes campestres; resultando, con mucha frecuencia, que más gasta el chacarero en el agasajo de los de la *minga*, que lo que le produce la cosecha.

Es costumbre muy arraigada en la gente mediana de las haciendas o los pueblos, y por lujo usanla también los hacendados, como las gentes ricas de las grandes ciudades acostumbran saraos y banquetes.

Para las siembras o cosechas suelen emplearse las *mingas*, también se usan para los *deshierbos* o

cutipas del maíz, el *aporco* de las papas y más generalmente, para la cosecha de éstas.

Mientras dura el trabajo de la *minga* no faltan cerca de la chacra uno, dos o cuatro *cajeros* que, con *huactana* en mano, ejecutan alegres tonadillas; mientras la peonada riega la tierra con el sudor de su frente, y las mujeres cantan y danzan escancian-do la *chicha*, que el jornalero gusta tomar a boca de calabazo, botada la coronta, y sin medida.

Allí se oyen aquellos cantarcillos de las *chinas* que *echan* verso al patrón o a los huéspedes más distinguidos, engalanadas las trenzas con manojitos de lindísimos *candos*; cubiertas las espaldas con la vistosa *lliclla*; una de las manos apoyada en la gruesa cintura y la otra con el pañuelo pintoresco; alto el pollerón, lleno de *talcos*, dejando ver la gruesa pierna y el pie lavado; llena de *guallicos* la garganta y desnudos los brazos, gruesos y duros como de madera torneada; áspero el *cucuchi* y los dedos llenos de anchas sortijas de oro con grandes piedras falsas; los pechos levantados, como limones reales, bajo el monillo de percal.

Era el año en que Don Simón llegaba por segunda vez a la provincia de Cajabamba y se hallaban en los alrededores de esa población en plena cosecha de papas. Uno de los más acaudalados propietarios de aquel lugar, tuvo la feliz ocurrencia de invitar a su *minga* al ilustre Libertador; y éste, la más feliz aun de contestar que iría acompañado de su ejército.

—Que me preparen una *racuana*, dijo el General, y otra para cada soldado! no de balde comeremos los *chuegos*.

La *racuana* es como un asadón de madera, y los *chuegos* son las papas asadas que figuran indispensablemente en la comida de toda *minga*.

A las dos de la tarde del día señalado, formó el ejército en la plaza de Cajabamba, y el General a la cabeza desfiló calle afuera en dirección a la pampa, en que la campiña es tan pintoresca como fértil.

Una vez en el campo formó la tropa pabellones en torno de la chacra y el General con su Estado Mayor se colocó bajo la sombra de unos grandes alisos, entre cuyas ramas se veían entrelazados bejucos y *purpuros* que dejaban pendientes sus dorados frutos y sus flores rosadas, hechas al parecer de terciopelo. Sobre la fresca yerba y a lado de un cequión, cuyas orillas estaban cubiertas de florecitas y hojas pequeñas y tupidas, desdoblado un gran poncho y quitada la casaca bordada, recostóse el Libertador, cuya espada triunfadora un indio colgó de la rama más inmediata, después de acomodarla con cuidado, con la misma santa veneración con que hubiera un cristiano colgado un crucifijo en un altar.

Quitada la chaqueta, también cada soldado y remangado el pantalón, *racuana* en mano, dio comienzo a la *saca* en el hermoso *surco*, mientras veinte *cajeros* y las *chinas* de los alrededores vestidas de gala, se preparaban a echar verso y danzar delante de la gloria de un mundo. Las más distingui-

das señoras escanciaban la *chicha*, que no otro licor quiso don Simón que se le sirviera, por supuesto que en riquísimos jarros de plata.

Allí no hubo guirnaldas ni trofeos; la naturaleza con todos sus encantos formó el único adorno del lugar; las zarzas con sus racimos de granates y sus blancas flores parecidas a las de los naranjos; los *chulcos* con sus varillas encarnadas; los guarangos de manojos de amarillentas flores; los *garbancillos* de frutos trasparentes y parecidos a las perlas más finas; las *pachalargas* con sus pabellones esmeraldinos; el *chilchil* con sus frutos de cascabel; los *sechogorones* llenos de granos purpurinos; el *hinojo* con sus hojas balsámicas; la *bisnaga* con sus flores como de espuma; la *cortadera* con sus grandes copos como *rueca* de campesina; el *maramé* y hasta la *cauracache* y la *angusacha* lucían su verdor; y de rama en rama saltaban silbando los zorzales, el pardaz o *yucyuc*, el vistoso *guanchaco*, la preciosa oropéndola, el ágil *picaflor* y la cenicienta *tortolita*, de pico de azabache, ojo cristalino y patitas de rosa y hasta el pugo cantor desde la pirca vecina alegraba aquel día el campo.

En el azul del cielo, hechas como de blondas, blancas nubes se extendían a manera de palmas gigantescas, y el agua haciendo gorgoritos, se deslizaba copiando en su linfa los encantos de sus riberas.

Las *chinas* danzando arrojaban a los pies del Libertador sus pañuelos; y éste les aventaba pesos godos, que, hincando la rodilla, recogían después

de besar la mano que blandió en cien combates la
espada de nuestra independencia.

Las indias cantaban!

Señor que te estás *sentau*,
en este sillón de flores
el Dios, señor, te ha *mandau*
a *recreyar* corazones.

Cuando Dios *creyó* la Luna,
tamien te *creyó* Semon
brillar así tu fortuna
con todo me corazón.

Si el Dios *tobiera* poder
yo te lo *queciera* dar
locero de amanecer
cuando empieza a relumbrar.

De rayos de Sol te hiciera
tu trono para que estés
sentadito, *yos* *tuviera*
para *besarle* tus piés.

Don Simón escuchaba estos versos nacidos del
corazón de un pueblo que iba a redimir con su san-
gre, con aquella dulce sonrisa del que jamás reci-
biera, tal vez, una ovación tan sencilla como elo-
cuente.

A las cinco terminó la *minga* y entonces los
soldados de Colombia y los campesinos de Cajabam-

ba en singular unión, sentados en cuclillas, comieron en un mismo mate y bebieron de un mismo cántaro en el opíparo banquete de la fraternidad americana.

Las más bellas cajabambinas con sus delicadas manos presentaron los *echugos*, que como rosas de algodón se abrían, al eminente ciudadano, que miraba caer el sol tras las altas montañas de los Andes, sin presumir que años después le hubiera de cantar Adolfo García.

Los Andes, esas montañas
que con su pie las entrañas
del globo rasgando van,
páginas son donde están
bien escritas tus hazañas.

Hé allí toda tu historia,
donde dejaste memoria
de que tu constancia pudo
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria".

¡Dios de la Libertad! borra para siempre del corazón de nuestros hermanos los odios; y que sea el mundo americano el pueblo que soñaron nuestros mayores.

(Tomado de: La Revista Social, Lima, agosto 1887, pp. 219-220).

Augusto León Barandiarán

EL PADRINAZGO DE BOLIVAR

Por la calle de San Roque, hoy 2 de mayo, a las 7 de la noche de un día del mes de agosto de 1823, sin gran aparato o concurrencia, se dirigía a la Iglesia de Lambayeque, desde la casa de la familia Montyoy, un grupo de personas compuesto por tres hombres y cuatro mujeres, llevando una de éstas, en brazos, un pequeño infante como de seis meses de nacido. La escasa concurrencia ingresó al templo por la puerta de San Pedro y se dirigió al Bautisterio, donde ya estaba esperando el cura de la parroquia, el mercedario fray Bernardino Cárdenas y el sacristán. Formaban parte de aquel grupo José Pizarro, el padre; Josefa Lecuna, la madre; don Simón, el padrino; María Reaño, la madrina; los esposos Chirinos y la negra esclava y nodriza, llamada Benigna.

Situados los concurrentes en los lugares de estilo y practicado el sacramento en el nuevo cristiano, a quien se le dio el nombre de Simón Pizarro Lecuna, se retiraron los concurrentes nuevamente a la casa de la familia Montyoy, aunque en la esquina de aquella cuadra se engrosó la concurrencia con una regular cantidad de gentes del pueblo, quienes ansiaban obtener el anhelado ca-

pillo. Este no se hizo esperar, porque el padrino, echando mano a la faltriquera lanzó al aire varios puñados de monedas de oro y plata, en tal cantidad y tan seguidamente que muchos de los presentes, en el pequeño recorrido de solo una cuadra, que es lo que dista la Iglesia de la casa indicada, recogieron lo suficiente como para no necesitar trabajar por algunas semanas.

Este padrino tan pródigo no era otro que don Simón Bolívar, futuro Libertador, Protector, Presidente y prócer peruano, quien de regreso de Guayaquil a Lima, para emprender la campaña decisiva por la Independencia nacional, se había detenido en Lambayeque. Alojado en casa de José Pizarro, que hoy es conocida con el nombre de casa de las Montyoy, consintió en apadrinar al hijo del matrimonio Pizarro Lecuna, dándosele al vástago, por esta razón, el mismo nombre del padrino.

La presencia de Bolívar no produjo el natural revuelo ni la curiosidad consiguiente, en razón de viajar enteramente de incógnito, pero cuando tan profusamente repartió el capillo de estilo y se vino a saber de quién se trataba, o sea la misma noche del bautismo, se pretendió hacerle objeto de una espontánea y ruidosa manifestación de simpatía, Simón Bolívar dejaba la ciudad para no volver jamás a ella, con rumbo a Lima.

Sin embargo, y a pesar de que el sacramento fue realizado, no figura entre las partidas de bautismo, asentada la de Simón Pizarro Lecuna, como debiera estarlo; pero el hecho se explica así. Pare-

ce que Bolívar hizo notar lo desagradable que sería para él, un General de las fuerzas libertadoras, que su nombre estuviera unido tan estrechamente y mezclado tan espiritualmente al apellido de un Conquistador y que Simón Bolívar apadrinara a Simón Pizarro. Pero el padre del pequeño subsanó aquella dificultad, manifestando que aún cuando su hijo se llamara, en realidad, Simón Pizarro Lecuna podría asentarse la partida bautismal con los apellidos invertidos, es decir que sería Simón Lecuna Pizarro, con lo cual se satisfacía, tanto la natural repugnancia de Bolívar cuanto el anhelado deseo de la familia, obteniendo los padres un inmenso honor, al tener un compadre de tantas campanillas y resonancia y a su vez, el pequeño no se quedaría "moro".

Y así como fue pensado se hizo, y de esta manera Simón Bolívar fue padrino de bautismo del primer peruano de la Independencia.

(Tomado de: A León Barandiarán, **Mitos, leyendas y tradiciones lambayecanas**, Lima, Tall. Empresa Editora Peruana, 1938, 312 p. pp. 285-287).

que Bolívar hizo notar lo despreciable que es
la parte del General de las fuerzas liberado-
ras que su nombre estuviera unido tan estrecha-
mente y metido tan espúrsicamente al apellido
de un Conquistador y que Simón Bolívar apodó-
rara a Simón Pizarro. Pero el padre del pequeño
sufría aquella dificultad, manteniéndose que aún
cuando su hijo se llamara, en realidad, Simón Piz-
arro, la fama podría mantener la parte patriótica
con los apellidos inventados, es decir que sería Si-
món Pizarro Pizarro, con lo cual se ganaría tan-
to la mayor reputación de Bolívar cuanto el an-
tecedente de la familia, obteniendo los padres
un tan gran honor al tener un compadre de tan-
tas capacidades y resaca y a su vez, el padre
no se quedaba "roto".

Y así como los padres se hizo, y de esta
manera Simón Bolívar fue padre de bautismo del
primer peruano de la independencia.

(Tratado de A. Lobo Encarnación: Mito, leyendas y tradiciones
de los Andes, Lima, 1911, pp. 100-101.)



CASA DE MOTO FLORES - AYACUCHO - DEPARTAMENTO DEL LIBERTADOR - PERU.



Juan de Mata Peralta R.

UN BESO Y UNA BOFETADA

Esta curiosa tradición huamanguina tiene relación con el libertador Don Simón Bolívar. Es cosa sabida que el Libertador estuvo en esta ciudad de Huamanga desde el 29 de agosto de 1824 hasta el 19 de setiembre del mismo año, para definir sus planes y estratagemas de guerra.

En uno de estos días la sociedad huamanguina organizó en su honor un baile de etiqueta en el Cabildo que tenía una sala espaciosa. Asistieron lo más granado de la sociedad que todavía respiraba un halo de aristocracia.

Entre los asistentes, señoras y señoritas, le causó más afición por su belleza la Manuelita Toledo que era una de las hijas de Don Andrés de Toledo. Manuela era de aire imponente, alta, cabellos castaños y ondulados, tez fina y blanca, boquita carmesí y apetitosa, busto y caderas perfectos, probablemente igual a las medidas de una Miss Universo actual.

Como Don Simón era el agasajado central y era más enamorado que D. Juan Tenorio, después de efectuar su primer baile con la señora esposa del Intendente, pieza musical de reglamento, echó ojo a la hermosa Manuelita, que era la que des-

lumbraba y opacaba en belleza a todas las damas aristócratas de aquella noche.

Se dirigió a Manuela y le dijo: "¡Hermosura!, puede honrarme con tu compañía en este minué?" Con mucho gusto, Libertador, dijo ella.

Comenzó el minué, apretó suavemente las bellas manos de Manuelita, y sintió y quedó hechizado todo el yo cupídico de Don Simón. El baile de la pieza era seguido y acompañado por más de cien parejas, y en cierto momento se desordenó mucho por el entusiasmo general. Y Don Simón iba apretando más y más hacia su pecho aquellos senos esculturales de Doña Manuelita, y en un instante se oyó un sonoro beso que le estampó el Libertador en los labios de la damita. Segundos después un más sonado bofetón se oía, y una de las mejillas del Libertador estaba más roja que un tomate por la manotada de la hermosa.

La orquesta se calló, las parejas pararon de bailar y hubo un silencio profundo en la gran sala. (Alguien decía ahora a Manuelita: Te fusilan). Aprovechó D. Simón Bolívar el silencio. Habló a la concurrencia, sin dejar de tomar de una mano a Manuelita.

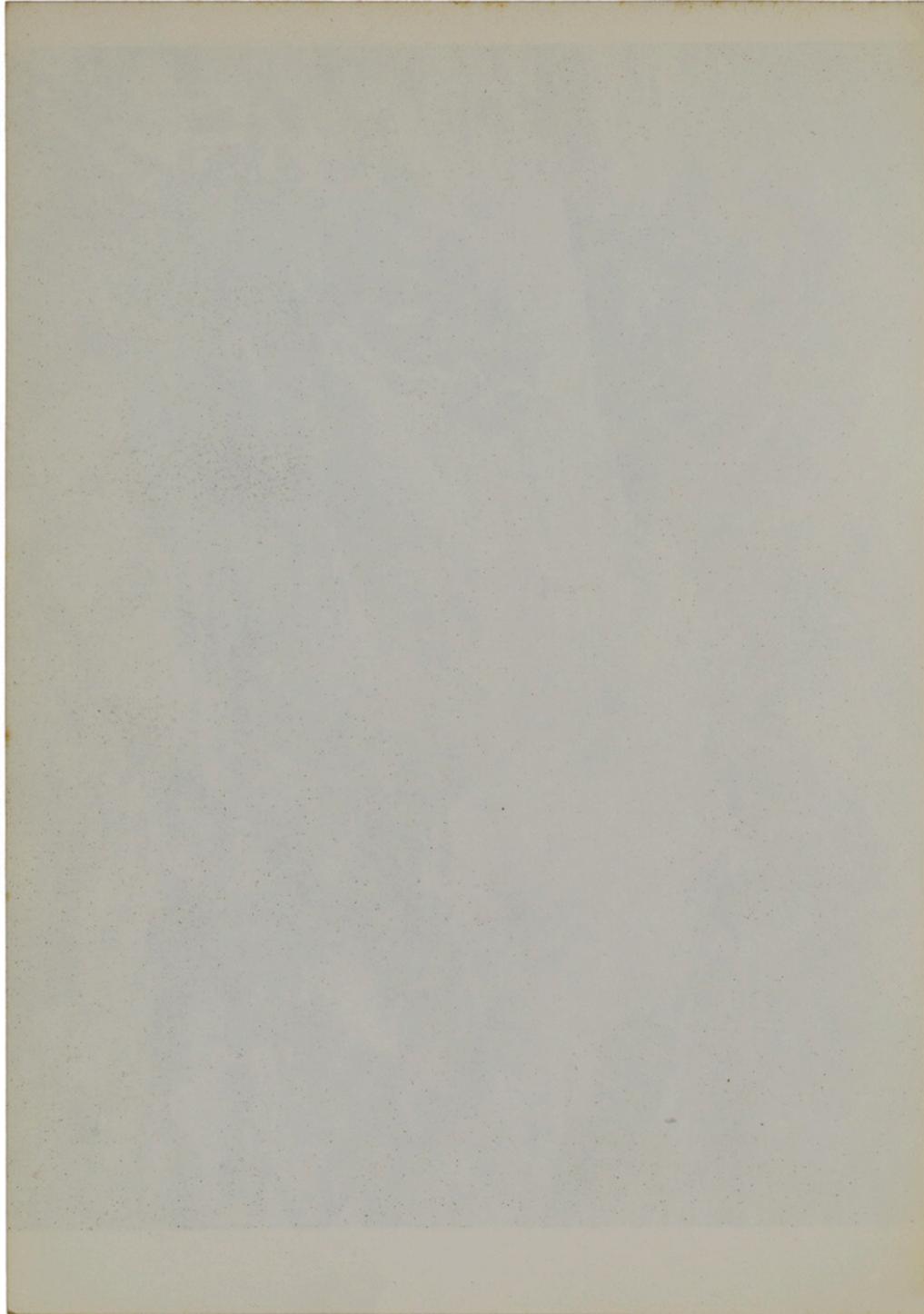
"Señoras y señores: este gesto de la hermosa huamanguina, me ha gustado, pues indica dignidad y altivez. A cuantas he besado yo, confiado en el alto honor y prestancia de mi persona, pero ella ha puesto en su sitio al Libertador, y por lo tanto aplaudo y felicito la actitud de la bella Ma-

nuelita; luego, nobles señores y damas, que siga la fiesta”.

Hubo un aplauso estruendoso y continuó la fiesta hasta las primeras horas de la madrugada del 14 de setiembre del año indicado. Bello ejemplo de una huamanguina de carácter recto y noble también el gesto caballeresco del Libertador.

(Tomado de: Juan de Mata Peralta, *Tradiciones de Huamanga, Ayacucho*, 1964).





Ricardo Palma

PAN, QUESO Y RASPADURA

(1824)

I

El mes de diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado personalmente por el virrey La Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota, a órdenes del bravo general Sucre, ese Bayardo (1) de la América.

Ambos ejércitos marchaban paralelamente y casi a la vista, separados por el caudaloso río Pampas, y cambiándose de cuando en cuando algunos tiros. El jefe español se proponía, ante todo, cortar la comunicación de los patriotas con Lima, a la vez que forzar a éstos a descender al llano abandonando las crestas de Matará.

Sucre, comprendiendo el propósito del enemigo, se apresuró a ganar el día 3 la quebrada de Collpahuaco; y habían avanzado camino en ellas las divisiones de vanguardia y centro, cuando la retaguardia fue bruscamente atacada por las tro-

(1) Se refiere Palma, sin duda alguna, al célebre Pierre Terrail, *seigneur* de Bayard, heroico capitán nacido cerca de Grenoble (Francia) y muerto en Abbiategrasso el año 1524.

pas de Valdés, el más inteligente y prestigioso de los generales españoles. Los patriotas perdieron en esa jornada todo el parque, uno de los cañones que formaban su artillería y cerca de trescientos hombres. El desastre habría sido trascendental si el batallón Vargas, mandado por el comandante Trinidad Morán, no hubiera desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero.

¡Triste burla de la suerte! Treinta años después, el 3 de diciembre de 1854, el general don Trinidad Morán era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquel en que salvó al ejército patriota, y con él acaso la Independencia de América.

El 8, las tropas realistas, ocupando las alturas de Pacaicasa y del Condorcunca (cuello de cóndor), tenían cortada para los patriotas la comunicación con el valle de Jauja. Los independientes tomaban posiciones primero en Tambo-Cangallo, después en el pueblecito de Quinua, a cuatro leguas de Huamanga, y finalmente a la falda del Condorcunca. Retirarse sobre Ica o retroceder camino del Cuzco era, si no imposible, plan absurdo.

El ejército del virrey se componía de doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza efectiva era de nueve mil trescientos hombres.

Los patriotas contaban sólo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañón

que, como recuerdo glorioso, se conservaba hasta 1881 en el museo del cuartel de artillería de Lima. Total, cinco mil ochocientos hombres.

Inmensa, como se ve, era la superioridad de los españoles; pero cada hora que corría sin combatir hacía más aflictiva la situación del reducido ejército patriota, en el que, para mayor conflicto, sólo había carne para racionar a la tropa por uno o dos días más.

El general La Mar se dirigió a una choza de pastores que servía de alojamiento a Sucre. Este le tendió afectuosamente la mano y le dijo:

—¡Y bien, compañero! ¿Qué haría usted en mi condición?

—¡Dar mañana la batalla, y vencer o morir!
—contestó La Mar.

—Pienso lo mismo, y me alegro de que no haya discrepancia en nuestra manera de apreciar la situación.

Y Sucre salió a la puerta de la choza, llamó a su ayudante y le dio orden de convocar inmediatamente para una junta de guerra a los principales jefes del ejército.

Una hora después, los generales Sucre, La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, que era el jefe de Estado Mayor, y los comandantes de cuerpo se encontraban congregados a la puerta de la choza, sentados sobre tambores e improvisados taburetes de campaña.

II

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra pareceme que viene aquí como anillo en dedo.

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1795, y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la batalla de Pichincha empezó a figurar como general en jefe. Siendo, en 1828, presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo para contraer matrimonio, en Quito, con la marquesa de Solanda, y ¡curiosa coincidencia!, el mismo día, 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El Gran Mariscal de Ayacucho fue villanamente asesinado el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

Don José de La Mar nació en Cuenca del Ecuador en 1777, y fue llevado por uno de sus deudos a un colegio de Madrid. En 1794 entró en la carrera militar e hizo la campaña del Rosellón al lado del limeño conde la Unión, que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza era ya coronel y muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido, y su curación fue penosísima. En Valencia mandó después un cuerpo de cuatro mil hombres y, tomado prisionero, el mariscal Soult lo remitió al depósito de Dijón. En 1814, Fernando VII lo ascendió a general y lo envió al Perú con alto destino militar.

En 1823 elevó su renuncia ante el virrey La Serna, y aceptada por éste y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana. Presidente constitucional del Perú, en 1828, fue derrocado por la más injustificable revolución, y murió desterrado en San José de Costa Rica, en 1830.

El granadino José María Córdova nació en 1800, y en 1822 era general de brigada en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fue ascendido a general de división, y cuando acompañando a Bolívar, en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al Libertador con una corona de oro y piedras preciosas, éste no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdova. La guerra civil se enseñoreó de Colombia en 1829, y Córdova fue asesinado después de una derrota.

Agustín Gamarra nació en el Cuzco en 1785, y aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, abandonó el colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta comandante. Proclamada en 1821 la Independencia, tomó servicio con los patriotas, que lo reputaban, después de Sucre y La Mar, como el militar más competente en materia de organización, disciplina y estrategia. Entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fue perenne perturbador del orden, y vivió siendo siempre o presidente o conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingaví en 1840.

III

La junta de guerra decidió, por unanimidad de votos, dar la batalla en la mañana del siguiente día.

Terminada la sesión, Sucre llamó a su asistente y le dijo: "Sirve las once a estos caballeros".

Y volviéndose a sus compañeros de junta, añadió: "Conténtense ustedes con mis pobreza, que para festines tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello".

Y el asistente puso sobre un tambor una botella de aguardiente, un trozo de queso, varios panes y una chancaca.

—¡Banquete de príncipes golosos! —exclamó, Córdoba.

—No moriremos de indigestión —dijo La Mar—, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O'Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó a Sucre, preguntándole:

Mi general, ¿quiere usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

—¡Ahitate, glotón Pan, queso y raspadura (1)

(1) *Raspadura*, según el Diccionario de la Lengua, es lo que se quita de alguna superficie raspándola. Se usa más en plural, y así se dice *raspaduras de uñas*, *raspaduras de chancaca*, etcétera. La voz *chancaca* es provincialismo de México y Perú, y se designa con este nombre el pan o bollo hecho con la melaza o haces de la miel de caña.

—continuó diciendo La Mar—, y pasando a Miller la ración que acababa de arreglar.

—¡Pan, queso y raspadura! —repitió el gallardo inglés, aceptando el agasajo—. *Very well!* ¡Muchas gracias!

Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

—*Nothing!* ¡Nada! ¡Nada! Pan, queso y raspadura...

—Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña, precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo un librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz:

Pan, Queso y Raspadura

Tal fue el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

IV

La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre el bizarro general Monet se aproximó con un ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdova, y le dijo:

—General: en nuestro ejército, como en el de ustedes, hay jefes y oficiales ligados por vínculos

de familia o de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

—Me parece, general, que no habrá inconveniente. Voy a consultarlo —contestó Córdova.

Y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso.

Treinta y siete peruanos, entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron la línea neutral, donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones, regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluido éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos, por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas, pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de La Mar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdova tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A las diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro se adelantó Córdova.

—General —le dijo aquél—, vengo a participarle que vamos a principiar la batalla.

—Cuando ustedes gusten, general —contestó

el valiente colombiano—. Esperaremos para contestar a que ustedes rompan los fuegos.

Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas.

No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous.*

V

A poco más de las diez de la mañana, la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Guías y Victoria, a la vez que la división Villalobos, formada por los batallones Gerona, Imperial y Fernandinos, empezaron a descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas.

La división Valdés, organizada con los batallones Cantabria, Centro y Castro, había dado un largo rodeo y aparecía ya por la izquierda. La caballería, al mando de Ferraz, constaba de los húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, granaderos de la Guardia y escuadrones de San Carlos y de alabarderos. Las catorce piezas de artillería estaban también convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdova y se componía de los batallones Bogotá, Voltijeros,

Caracas y Pichincha. La división del general Lara, con los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba el centro. La Mar, con los cuatro cuerpos peruanos, sostenía la izquierda. La caballería, a las órdenes de Miller, se componía de los húsares de Junín y de Colombia y de los granaderos de Buenos Aires.

Cada batallón de la infantería española constaba de ochocientas plazas por lo menos, y entre los patriotas raro era el cuerpo que excedía de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorría la línea, y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonación de voz que alcanzó a repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!

Y espoleando su fogoso corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó a sus tropas con una proclama culta, a la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar.

Los batallones contestaron con un estruendoso ¡viva el Perú!, y rompieron el fuego sobre la división Valdés, que había tomado ya la iniciativa del combate. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entre tanto, la división Monet avanzaba sobre la de Córdova, y el coronel Guas, que mandaba

el antiguo batallón *Numancia*, cuyo nombre cambió Bolívar con el de *Voltijeros*, dijo a sus soldados:

—¡Numantinos! Ya sabéis que para vosotros no hay cuartel. ¡Ea! A vencer o morir matando.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde su presencia era necesaria, le gritó a Córdova:

—General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdova, ese gallardo paladín de veinticuatro años, por toda respuesta se apeó del caballo y, alzando su sombrero de jipijapa (1) en la punta de su espada, dio esta original voz de mando:

—¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga a la bayoneta, sostenido por la caballería de Miller, que acuchillaba sin piedad a los húsares de Fernando VII, sembró pronto el pánico en la división Monet.

(1) Hasta en escritores serios hemos visto consignada la especie de que, al emprender la famosa arremetida sobre los españoles, Córdova se apeó de su corcel de batalla, desnudó la espada, atravesó con ella el pecho del caballo y, a guisa de bandera, enarboló el tricornio en la punta de su acero, pronunciando a la vez sus inmortales palabras de mando. Varios pintores lo exhiben así en sus cuadros.

Ello quizá sea poético, y duélenos despoetizar la pintura; pero la verdad histórica nos obliga a decir que Córdova no lució ese día sombrero apuntado, sino un blanco jipijapa, y que estuvo muy lejos de herir al noble corcel que lo sustentara en varios combates, acción que habría revestido caracteres de crueldad y de ingratitud.

Sospecho que también la Historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara a la división del centro, proclama eminentemente cambrónica; pero la tradición no la ha olvidado, y yo, tradicionalista de oficio, quiero consignarla. Si peco en ella, pecaré con Víctor Hugo, es decir, en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe sustituir a los que yo estampo en letra bastardilla. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda, a la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón.

—¡Zambos del *espantajo!* —les gritó—. Al frente están los godos *puchueleros*. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre, que, como ustedes saben, no es ningún *cangrejo*. Conque así, apretarse los *calzones* y... ¡a ellos!

Y no dijo más, y ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Y tan furiosa fue la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virrey, que el batallón Vargas no sólo alcanzó a derrotar al centro enemigo, sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La Mar, cuyos cuerpos empezaban a ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdés.

Secundó a Vargas el regimiento húsares de Colombia, cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame, socio . . . ¿Cree usted que moriré de ésta?

—Lo que es morir, me parece que no; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien *divertido*.

—¡Ah! Pues si no muero de ésta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora, y quiero estar en ella hasta el *conchito*.

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego.

¡Qué hombres, Cristo mío! ¡Qué hombres! Setenta minutos de batalla, casi toda cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil, pues desde Collpahuaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumir la Independencia de América.

VI

A las doce del día el virrey La Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas, y ¡lo que son las ironías del Destino!, en ese mismo día, a esa misma hora, en Madrid, el rey don Fernando VII firmaba para La Serna el título de conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virrey y jefe de Estado Mayor de los españoles, y Valdés, el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan

de batalla fue acordado entre La Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdés, tres horas antes de iniciarse el combate, éste murmuró al oído del coronel del Cantabria, que era su íntimo amigo:

—¡Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han podido urdirlo dos frailes gilitos, pero no dos militares. Los enemigos nos habrán hecho flecos antes que llegemos a la falda del cerro, y aún superado este inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy, y mi obligación es ir sin chistar al matadero, y cumplir como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—¿Qué hacer, mi general? —contestó el jefe del Cantabria, estrechando la mano de su superior—. ¡Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac!

Desbandada su división, que en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdés descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—Esta comedia se la llevó el demonio. ¡Canario! De aquí no me muevo, y aquí me matan.

Un grupo de soldados, de quienes era muy querido, lo tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuadras fuera del campo.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde dirigía a Simón Bolívar esta carta, que acaso medio siglo después trajo a la memoria Napoleón III al rendirse prisionero en Sedán:

“Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque venci-

do, no puedo menos que felicitar a vucelencia por haber terminado su empresa en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, *José de Canterac*. Huamanga, a 12 de diciembre de 1824".

VII

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta al par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de Sucre donde sólo encontró al leal asistente.

—Pancho —le dijo el alegre inglés—, dame un traguito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente le contestó:

—Mi general, dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

—Hombre, guárdate la raspadura y tráeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos.

de, no puedo menos que felicitar a vuestro país por haber terminado su empresa en el Perú, con la gloria de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saluda a vuestro país de los generales españoles, su afectuoso y obediente servidor que sus manos pesa. José de Camacho Huamanga a 12 de diciembre de 1824.

VII

A las dos de la tarde, fatigado por la mañana, al por que gesticula hacia el día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de donde donde sólo encontró al local asistente.

—Poncho — le dijo el sargento inglés — dame un trocito de algo que retrepa y un pedazo para comer.

El asistente le contestó:

—Mi general, dispense más si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sobaco de papas, lente, pan, queso y zapalote.

—Hombre, gesticule la zapalote y téngame la lente, que para zapalote hasta con la que he comido a los godos.

Ricardo Palma

JUSTICIA DE BOLIVAR

(1824)

A Ricardo Bustamante.

En junio de 1824 hallábase el ejército libertador escalonado en el departamento de Ancash, preparándose a emprender las operaciones de la campaña que, en agosto de ese año, dio por resultado la batalla de Junín y cuatro meses más tarde el espléndido triunfo de Ayacucho.

Bolívar residía en Caraz con su Estado Mayor, la caballería que mandaba Necochea, la división peruana de La Mar, y los batallones Bogotá, Caracas, Pichincha y Voltijeros, que tan bizarramente se batieron a las órdenes del bravo Córdova.

La división de Lara formada por los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba cuarteles en la ciudad de Huaraz. Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que así eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Venus. A la vez que se alistaban para luchar heroicamente con el aguerrido y numeroso ejército realista, acometían en la vida de guarnición, con no menos arrojo y ardi-

miento, a las descendientes de los golosos desterrados del Paraíso.

La oficialidad colombiana era, pues, motivo de zozobra para las muchachas, de congoja para las madres y de cuita para los maridos; porque aquellos malditos militronchos no podían tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como más tarde el valiente Córdova: *Adelante, y paso de vencedor*, y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido menos escamado y quisquilloso. ¡Vaya si eran confianzudos los libertadores!

Para ellos estaban abiertas las puertas de todas las casas, y era inútil que alguna se les cerrase, pues tenían siempre su modo de matar pulgas y de entrar en ella como en la plaza conquistada. Además, nadie se atrevía a tratarlos con despego: primero, porque estaban de moda; segundo, porque habría sido mucha ingratitud hacer ascos a los que venían desde las márgenes del Cauca y del Apure a ayudarnos a romper el aro y participar de nuestros reveses y de nuestras glorias, y tercero, porque en la *patria vieja* nadie quería sentar plaza de patriota tibio.

Teniendo la división Lara una regular banda de música, los oficiales, que, como hemos dicho, eran gente amiga del jolgorio, se dirigían con ella después de la lista de ocho a la casa que en antojo les venía, e improvisaban un baile para el que la dueña de la casa comprometía a sus amigas de la vecindad.

Una señora, a la que llamaremos la señora de Munar, viuda de un acaudalado español, habitaba en una de las casas próximas a la plaza en compañía de dos hijas y de dos sobrinas, muchachas todas en condición de aspirar a inmediato casorio, pues eran lindas, ricas, bien endoctrinadas y pertenecientes a la antigua aristocracia del lugar. Tenían lo que entonces se llamaba sal, pimienta, orégano y cominillo; es decir, las cuatro cosas que los que venían de la península buscaban en la mujer americana.

Aunque la señora de Munar, por lealtad sin duda a la memoria de su difunto, era goda y *requetegoda*, no pudo una noche excusarse de recibir en su salón a los caballeritos colombianos que a son de música manifestaron deseo de armar jarana en el aristocrático hogar.

Por lo que atañe a las muchachas, sabido es que el alma les brinca en el cuerpo cuando se trata de zarandear a dúo el costalito de las tentaciones.

La señora de Munar tragaba saliva a cada piropo que los oficiales endilgaban a las doncellas, y ora daba un pellizco a la sobrina que se descantillaba con una palabrita animadora, o en voz baja llamaba al orden a la hija que prestaba más atención de la que exige la buena crianza de las garatusas de un libertador.

Media noche era ya pasada cuando una de las niñas, cuyos encantos habían sublevado los sentidos del capitán de la cuarta compañía del batallón Vargas, sintióse indispuesta y se retiró a su cuar-

to. El enamorado y libertino capitán, creyendo burlar al Argos de la madre, fué a buscar el nido de la paloma. Resistíase ésta a las exigencias del tenorio, que probablemente llevaban camino de pasar de turbio a castaño oscuro, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que el oficial llevaba al cinto y le clavó la hoja en el costado.

Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la anciana señora de Munar.

El capitán se lanzó al salón cubriéndose la herida con las manos. Sus compañeros, de quienes era muy querido, armaron gran estrépito, y después de rodear la casa con soldados y de dejar preso a todo títere con faldas, condujeron al moribundo al cuartel.

Terminaba Bolívar de almorzar cuando tuvo noticia de tamaño escándalo y en el acto montó a caballo e hizo en poquísimas horas el camino de Caraz a Huaraz.

Aquel día se comunicó al ejército la siguiente:

“ORDEN GENERAL.— Su Excelencia el Libertador ha sabido con indignación que la gloriosa bandera de Colombia, cuya custodia encomendó al batallón Vargas ha sido infamada por los mismos que debieron ser más celosos de su honra y esplendor, y en consecuencia, para ejemplar castigo del delito, dispone:

1º El batallón Vargas ocupará el último número de la línea, y su bandera permanecerá depositada en poder del general en jefe hasta que, por una victoria sobre el enemigo, borre de dicho cuerpo la infamia que sobre él ha caído.

2º El cadáver del delincuente será sepultado sin los honores de ordenanza, y la hoja de la espada que Colombia le diera, para defensa de la libertad y la moral, se romperá por el furriel en presencia de la compañía".

Digna del gran Bolívar es tal orden general. Sólo con ella podía conservar su prestigio la causa de la Independencia y retemplarse la disciplina militar.

Sucre, Córdova, Lara y todos los jefes de Colombia se empeñaron con Bolívar para que derogase el artículo en que degradaba al batallón Vargas por culpa de uno de sus oficiales. El Libertador se mantuvo inflexible durante tres días, al cabo de los cuales creyó político ceder. La lección de moralidad estaba dada, y poco significaba ya la subsistencia del primer artículo.

Vargas borró la mancha de Huaraz con el denuesto que desplegó en Matará y en la batalla de Ayacucho.

Después de sepultado el capitán colombiano, dirigióse Bolívar a casa de la señora de Munar y la dijo:

—Saludo a la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debili-

dad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser goda, y contestó con entusiasmo:

—¡Viva el Libertador! ¡Viva la patria!

Ricardo Palma

BOLIVAR Y EL CRONISTA CALANCHA

(1825)

A Aurelio García y García

I

Después de la batalla de Ayacucho había en el Perú gente que no daba el brazo a torcer; y que todavía abrigaba la esperanza de que el rey Fernando VII mandase de la metrópoli un ejército para someter a la obediencia a sus rebeldes vasallos. La obstinación de Rodil en el Callao y la resistencia de Quintanilla en Chiloé, daban vigor a esta loca creencia del círculo godó; y aún desaparecidos de la escena estos empecinados jefes, hubo en Bolivia, a fines de 1828, un cura, Salvatierra, y un don Francisco Javier de Aguilera que alzaron bandera por su majestad. Verdad es que dejaron los dientes en la tajada.

Lo positivo es que entre republicanos nuevos y monarquistas añejos había una de no entenderse, y cada cual tiraba de la manta a riesgo de hacerla jirones. No sin razón decía un propietario de aquellos tiempos: "*La madre patria me ha quitado di-*

nero y alhajas, y el *padre rey*, ganados y granos. No me queda más que el pellejo; ¿quién lo quiere?"

Existe en el campo de batalla de Ayacucho una choza o casuca habitada por Sucre el día de la acción. Pocas horas después de alcanzada la victoria, uno de los ayudantes del general puso en la pared esta inscripción:

9 de Diciembre de 1824

Postrer Día del Despotismo

Una semana más tarde se alojaba en la misma choza la marquesita de Mozobamba del Pozo, peruana muy goda, y añadía estas palabras:

Y Primero de lo Mismo

En el Cuzco, último baluarte del virrey La Serna, había un partido compacto, aunque diminuto, por la causa de España. Componíanlo veinte o treinta familias de sangre azul como el añil, que no podían conformarse con que la República hubiera venido a hacer tabla rasa de pergaminos y privilegios. Y tan cierto es que la política colonial supo poner raya divisoria entre conquistadores y conquistados, que para probarlo me bastará citar el bando que en 17 de julio de 1706 hizo promulgar la Real Audiencia disponiendo que ningún indio, mestizo, ni hombre alguno que no fuera español, pudiese traficar, tener tienda, ni vender géneros por las calles, por no ser decente que se ladeasen con

los peninsulares que tenían ese ejercicio, debiendo los primeros ocuparse sólo de oficios mecánicos.

Mientras los patriotas usaban capas de colores oscuros, los recalcitrantes realistas adoptaron capas de paño grana; y sus mujeres, dejando para las insurgentes el uso de perlas y brillantes, se dieron a lucir zarcillos o aretes de oro.

Con tal motivo cantaban los patriotas en los bailes populares esta redondilla:

*¡Tanta capa colorada
y tanto zarcillo de oro!...
Si fuera la vaca honrada
cuernos no tuviera el toro.*

A la sazón dirigióse al Cuzco el Libertador Bolívar, donde el 26 de junio de 1825 fue recibido con gran pompa, por entre arcos triunfales y pisando alfombras de flores. Veintinueve días permaneció don Simón en la ciudad de los Incas, veintinueve días de bailes, banquetes y fiestas. Para conmemorar la visita de tan ilustre huésped se acuñaron medallas de oro, plata y cobre con el busto del Padre y Libertador de esta patria peruana, tan asendereada después.

Bolívar estaba entonces en la plenitud de su gloria, y he aquí el retrato que de él nos ha legado un concienzudo historiador, y que yo tengo la llaneza de copiar:

“Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era fran-

co y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete. Aunque sus maneras eran buenas y sin afectación, a primera vista no predisponía mucho en su favor. Sus ojos, negros y penetrantes; pero al hablar no miraba de frente. Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada. La expresión de su semblante, cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter, viciado por adulación, arrogante, caprichoso y con ligera propensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo; pero extremadamente celoso. Tenía gran afición a valsar, y era muy ligero; pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de etiqueta. Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo, dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba grandes convites; pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria”.

El mariscal Miller, que trató con intimidad a Bolívar, y Lorente y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerlo, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citar el testimonio de muchísimos próceres de la Independencia que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones

que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado.

El viajero Lafond dice: "Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. Aunque su lenguaje fuese algunas veces grosero, esa grosería era afectada, pues la empleaba para darse un aire más militar".

Casi igual retrato hace el general don Jerónimo Espejo, quien en un interesantísimo libro, publicado en Buenos Aires en 1873, sobre la entrevista de Guayaquil, refiere, para dar idea de la vanidad de Bolívar, que en uno de los banquetes que se efectuaron entonces dijo el futuro Libertador: "Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo". Francamente, nos parece sospechoso el brindis, y perdone el venerable general Espejo que lo sujetemos a cuarentena. Bolívar pudo ser todo, menos tonto de capirote.

Otro escritor, pintando la arrogancia de Bolívar y su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo, en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste se lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón, y volviendo la cara hacia el grupo de acompañan-

tes, gritó: "Un criado que reciba el sombrero de su excelencia".

En cuanto al retrato que de Bolívar hace Pruvonena (1), lo juzgamos desautorizado y fruto del capricho y de la enemistad política y personal.

II

Pasadas las primeras y más estrepitosas fiestas, quiso Bolívar examinar si los cuzqueños estaban contentos con sus autoridades; y a cuantos lo visitaban, pedía informes sobre el carácter, conducta e ideas políticas de los hombres que desempeñaban algún cargo importante.

Como era natural, recibía informes contradictorios. Para unos, tal empleado era patriota, honrado e inteligente; y el mismo, para otros, era godo, pícaro y bruto.

Sin embargo, hubo un animal presupuestívoro (léase empleado) de quien *nemine discrepante* todos, grandes y chicos, se hacían lenguas para recomendarlo al Libertador.

Maravillado Bolívar de encontrar tal uniformidad de opiniones, llegó a menear la cabeza, murmurando entre dientes:

(1) Más aún que en los datos de la genealogía creemos que se encuentra en el estilo el indiscutible parentesco entre el ácido y antidemocrático Pruvonena (El Gran Mariscal José de la Riva Agüero) y su descendiente, inadaptable a la República, el historiador y crítico José de la Riva Agüero y Osma. (N. de Edith Palma).

—¡La pim... pinela! No puede ser.
Y luego, alzando la voz, preguntaba:
—¿Juega?
—Ni a las tabas ni a la brisca, excelentísimo señor.

—¿Bebe?

—Agua pura, excelentísimo señor.

—¿Enamora?

—Es marido ejemplar, excelentísimo señor.

—¿Roba?

—Ni el tiempo, excelentísimo señor.

—¿Blasfema?

—Cristiano viejo es, señor excelentísimo, y cumple por cuaresma con el precepto.

—¿Usa capa colorada?

—Más azul que el cielo, excelentísimo señor.

—¿Es rico?

—Heredó unos terrenos y una casa y, ayudado con el sueldecito, pasa la vida a tragos, excelentísimo señor.

Aburrido, Bolívar ponía fin a su interrogatorio lanzando su favorita y ya histórica interjección.

Cuando se despedía el visitante, dirigíase el general a su secretario don Felipe Santiago Estenós:

—¿Qué dice usted de esto, doctorcito?

—Señor, que no puede ser —contestaba el hábil secretario—. Un hombre de quien nadie habla mal es más santo que los que hay en los altares.

—¡No —insistía don Simón—, pues yo no descanso hasta tropezar con alguien que ponga a ese hombre como nuevo!

Y su excelencia llamaba a otro vecino, y vuelta al diálogo y a oír las mismas respuestas, y torna a despedir al informante y a proferir la interjección consabida.

Así llegó el 25 de julio, víspera del día señalado por Bolívar para continuar su viaje triunfal hasta Potosí, y las autoridades y empleados andaban temerosas de una *pada* o reforma que diese por resultado traslaciones y cesantías.

A media noche salió el Libertador de su cuarto, con un abultado libro forrado en pergamino, y gritando como un loco:

—¡Estenós! ¡Estenós! Ya saltó la liebre.

—¿Qué liebre, mi general? —preguntó, alelado, el buen don Felipe Santiago.

—Lea usted lo que dice aquí este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de la Grecia. ¡Boliviano había de ser! —añadió con cierta burlona fatuidad.

Estenós tomó el libro. Era la *Crónica Agustina*, escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

El secretario leyó en el infolio: *No es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperen, ni nada bueno que le envidien.*

Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente raciocinio:

—O ese individuo es un intrigante contemporizador, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o un memo a quien todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos, no sirve para el servicio, como dice la ordenanza.

En cuanto a los demás empleados, desde el prefecto al portero, no hizo el Libertador alteración alguna.

¿Tuvo razón Bolívar?

Tengo para mí que el agustino Calancha... no era fraile de manga ancha.

—O ese individuo es un intrigante con-
temporáneo que está bien con el diablo y con la corte
celestial o un mono a quien todos manjean a su
antajo. En cualquier caso de los dos casos, no sirve
para el servicio, como dice la ordenanza.

En cuanto a los demás capitanes, desde el
puerto al puerto, no hizo el Libertador otra cosa
alguna.

¿Temo más Bolívar?

Tengo para mí que el general Calancha
no era fuerte de manga ancha.

Ricardo Palma

LA FIESTA DE SIMON GARABATILLO

(1826)

Faustino Guerra habiase encontrado en la batalla de Ayacucho en condición de soldado raso. Afianzada la independencia, obtuvo licencia final y retiróse a la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente hombre de letras; mas para el desempeño de su cargo y tener contentos a los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes y enseñar de coro a los muchachos la doctrina cristiana.

La escuela estaba situada en la calle Ancha, en una casa que entonces era propiedad del Estado y que hoy pertenece a la familia Montesinos.

Contra la costumbre general de los *dómines* de aquellos tiempos, don Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de *San Simón Garabatillo*. Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo, y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un

par de azoticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de octubre de 1826, día de San Simón y Judas por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entonces en todo su apogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya a eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Sólo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fue ése para los lampeños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, a la escuela.

Era ya más de mediodía cuando don Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando a dos robustos indios que para su servicio tenía, les mandó que *cargasen* a los niños. Desde el primero hasta el último, todos sufrieron una docena de latigazos, a calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritería fue como para ensordecer, y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos a casa de sus padres, les dijo don Faustino:

—¡Cuenta, pícaros godos, con que vayan a contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yo que ha ido con el chisme lo *tundo* vivo.

—¿Si se habrá vuelto loco su merced? —preguntaban los muchachos; pero no contaron a sus familias lo sucedido, si bien el escozor de los ramalazos los traía aliquebrados.

¿Qué mala mosca había picado al *magister*, que de suyo era manso de genio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin recelar que se repitiese la función. Por fin, don Faustino hizo la señal de que iba a hablar.

—Hijos míos —les dijo—, estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquilícense, que estas cosas sólo las hago yo una vez al año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

—No, señor maestro —contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fue el santo del libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejen ustedes, ya que los lampeños han sido tan desagradecidos con el que los hizo *gentes*, he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora, a estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aún existen de aquel centenar de muchachos se reúnen en Lampa el 28 de octubre y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por don Faustino Gue-

rra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

Ricardo Palma

"AGUA MANSA"

(1826)

I

El teniente Mantilla, de *Húsares de Junín*, habíase portado como un bravo en la guerra de Colombia y después en la del Perú. Era un llanero de las pampas de Venezuela, gran jinete y lanza certera. Nadie lo vio jugar en guarnición ni en campaña, y sus amigos se burlaban de él porque hacía ascos al aguardiente. Tan sólo las hijas de Eva lo hacían pecar de vez en vez, y eso al vuelo, que no era el teniente hombre de echar raíces en ningún jardín ni de poner casa con azulejos a ninguna moza.

Era lo que se llama un oficial cuartelero, respetuoso con los superiores, cumplidor de su deber, y tenía la ordenanza en la punta de la uña. Dotado de un carácter servicial y benévolo, bautizaronlo sus compañeros, de quienes era muy querido, con el apodo de *Agua Mansa*.

— Su bravura la empleaba sólo en el campo de batalla; pero pasado el fragor de ésta volvía a ser un buen muchacho, sin gota de hiel, y listo siempre para hacer un favor a un camarada.

Tal es el retrato que de él me hizo el comandante Gatiesa, que fue alférez de su escuadrón.

Ahora voy a contar a ustedes el cómo, de la mañana a la noche, se convirtió el agua mansa en agua brava.

II

A principios de 1826, cuando la Independencia del Perú era hecho consumado, pues apenas si quedaba en todo el territorio sombra de realistas en armas, creyó el Gobierno oportuno practicar arreglos en el personal de Ejército, arreglos que, por lo pronto, dejaron sin colocación a una docena de oficiales.

El teniente Mantilla fue uno de los desventurados a quienes, por falta de padrino, la cesantía partió de medio a medio.

Pasó varios meses en Lima, comiéndose los codos y esperando la bienaventuranza; es decir, que el Gobierno lo destinase en filas, que para oficinista no tenía vocación ni aptitudes el llanero.

Una mañana apuróle la gazuza, se abotonó el raído uniforme, y paso a paso fue a estacionarse de plantón en la puerta del Ministerio de Guerra.

Era a la sazón ministro del ramo el general don Tomás Heres, antiguo capitán del Numancia y favorito de Bolívar, hombre de talento, audaz para la intriga, sereno en los combates y en ocasiones áspero de genio.

Item, Heres tenía un defecto físico: era tartamudo.

Monteagudo decía cariñosamente a Heres: "Es usted, amigo, un colombiano que amasa con todas las harinas", palabras con que elogiaba las buenas disposiciones de don Tomás para la intriga. Sus cartas a Bolívar, publicadas recientemente en la colección O'Leary, confirman la opinión de Monteagudo. Algo de profético y siniestro hay siempre en su estilo; pues mes y medio antes que el estadista argentino cayera bajo el puñal de un asesino escribía Heres, desde Chancay, el 8 de diciembre de 1824:

"El pobre Monteagudo está como los apóstoles en el nacimiento del cristianismo: donde no los ahorcaban, los apedreaban. ¡Ojalá que el apostolado de Monteagudo no lo conduzca algún día al martirio!"

Pero como hasta los profetas, por inspirados que sean, se equivocan, la erró de medio a medio su señoría cuando escribió esta otra frase: "Esta tierra del Perú no dará nunca dos cosechas". Digan los cosecheros contemporáneos cuántas ha dado.

Aquella mañana traía el señor ministro los nervios sublevados, cuando le salió al encuentro Mantilla, y cuadrándose militarmente le dijo:

—Dios guarde a usía, mi general.

—¿Qué dice el teniente?

—Señor, el teniente dice que no puede aguantar más miseria, que quiere volverse a Colombia, y ruega a usía que, como paisano y jefe, lo atienda

y socorra mandándole dar las cuatro pagas que se le deben, para con ese dinerillo y la superior licencia aviarse y no parar hasta su tierra.

—No hay plata —contestó con sequedad el ministro.

—¿Y cómo vivo, mi general?

—¡Qué sé yo! ¡Del aire!

—¿Del aire? —repitió Mantilla como interrogándose a sí mismo.

—Sí, señor; del aire. . . , o échese usted a robar.

—¡Robar! —insistió escandalizado el llanero.

—¿Hablo latín? —repuso amoscado su señora—. Sí, señor; métase a ladrón, que es un oficio como otro cualquiera.

—Sí, ¿eh? Pues con su permiso, mi general.

Y el teniente Mantilla se llevó la mano a la gorra, saludó militarmente, y se marchó a su posada.

III

Tres días después celebrábase en Lurín la fiesta de San Miguel, fiesta que duraba una semana, que era romería para los limeños y en la que había corridas de toros, lidias de gallos, ancho jolgorio y *timbirimba* en grande. Hasta las ratas creo que emigraban de la capital.

El general Heres, que no sé si era jugador de ocasión o vicioso, estuvo en una de las *bancas*, y fué tan halagüeña la suerte, que onza tras onza encerró sesenta peluconas en la maleta, colocó ésta en la grupa del caballo, y seguido de su ayudante

y un par de soldados emprendió a las seis de la tarde viaje de regreso a Lima, calculando hacer en cuatro horas, y favorecido por la claridad de la luna, las siete leguas que hay de travesía.

Al pasar los viajeros por el sitio llamado la Tablada, se encontraron de improviso rodeados por un grupo de diez jinetes armados de daga y trabuco.

—¡Alto, y pie a tierra! —gritó el capataz de la cuadrilla.

Heres calculó que toda resistencia era inútil, y obedeció la intimación.

—Buenas noches, mi general. Moléstese en pasarme la maleta.

—¡Usted, teniente Mantilla! ¡Un vencedor en Junín! ¡Usted, mi teniente! —exclamó don Tomás, tartamudeando de sorpresa al reconocer al sujeto.

—Yo mismo, mi general. Usía me mandó que robase; y yo, que nunca puse peros a las órdenes del superior, he obedecido como previene la ordenanza. La subordinación antes que todo, mi general. Ahora conversemos menos, y déme la *mosca*.

No hubo circunloquio valedero, y la maleta cambió de dueño.

IV

Tal fue el primer robo en despoblado que hizo el famoso capitán de ladrones *Agua Mansa*, cuya cuadrilla fue hasta 1829 el terror de los caminantes.

La afición a las *ninjas del toma y daca* lo perdió al fin. Una Dalila que habitaba un cuarto de reja en la acera fronteriza a la iglesia de Santo Tomás lo entregó inerte a la Policía.

Quince días después fue fusilado Mantilla en la plaza de Santa Ana.

(Esta y las demás tradiciones de Ricardo Palma, han sido tomadas de **Tradiciones peruanas completas**, Madrid, Ed. M. Aguilar, 1964).



AYACUCHO - CASA DE NUESTRO SEÑOR - HABITACION DE BOLIVAR Y OCRE *de Rodriguez*



UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY - BERKELEY

Juan Francisco Pazos Varela

HIPOLITA Y MATEA

En la gama de los amores, el más puro, el que jamás se borra del corazón humano, el que nos acompaña hasta la muerte, es el amor filial.

¿Lo sintió Bolívar?

Hay que creer que no. Su padre murió cuando el futuro Libertador tenía tres años. Mientras vivió su madre, Bolívar no había llegado a la edad de la reflexión ni a la del desarrollo de la memoria. Enferma o alejada de él no pudo grabar honda huella en su espíritu. Tampoco pudo lactarlo, ni cuidarlo y fue entregado a su segunda madre, Hipólita Bolívar, la negra esclava, oriunda del Ingenio de San Mateo, quedando huérfano a los seis años, en manos de ésta y de su niñera, otra esclava, Matea Bolívar.

Débiles fueron seguramente los recuerdos que guardó de ellos, tanto más cuanto que parte de esos años, los últimos, estuvo al cuidado del Doctor Don José Miguel Sanz, en calidad de tutor legal.

Como si penetrara a un santuario, visité la histórica casa de los Bolívar, en la ciudad del Avila, Caracas, en donde vuelan por doquier las pa-

lomas blancas y crecen las más lindas flores; en donde las mujeres tienen en sus ojos fulguraciones de estrellas y sus hombres son varoniles y aguerridos, dignos nietos de los vencedores de Carabobo. Cuando visité la histórica casa, repito, al recorrer sus patios y galerías, pensé en el casi huérfano, prendido de los senos ubérrimos de la esclava Hipólita, que ha pasado a la historia junto con el genio a quien le dio su vida, amamantándole. Pensé en esa negra, de quien muy bien dice el historiador García Naranjo, que fue en su negrura la nota blanca de la niñez de Bolívar, y por quien guardó profundo amor hasta su muerte.

Bolívar, que directamente sostenía a Hipólita y a Matea, ordenó desde el Ecuador, en 1823, que del arrendamiento que se obtenía del fundo "El Ingenio", se entregaran mensualmente treinta pesos a cada una, pensión que en 1827, elevó a dos onzas de oro, para su manutención mientras vivieran.

Antes de elevar la mesada, escribía desde Bogotá al señor José Angel Alamo, a Caracas, la siguiente carta, que reproduce el historiador Lecuna en el tomo VII de la colección de "Cartas del Libertador", a fojas 37:

Bogotá, 21 de setiembre de 1827.

Al señor José Angel Alamo.

Mi querido Alamo:

La vieja Hipólita deberá ocurrir donde usted para que le dé treinta pesos de mi cuenta mensualmente. Yo espero que usted me hará este servicio; usted puede librar contra mí por la pensión de un año, más o menos, como a usted le parezca. Mi deseo es que esta infeliz, que me alimentó, no perezca de miseria.

Soy como siempre su afmo. amigo.

Bolívar.

P.D.—Antonia recibió el dinero en letras para este fin. Sea usted mejor amigo que mi hermana.

Esto nos prueba, que velando él por Hipólita, sus órdenes, remitiéndole dinero, no habían sido cumplidas; y no tuvo reparo en escribir a su amigo, denunciándole el incumplimiento de su propia hermana.

Asimismo escribió a Hipólita, el 21 de setiembre de 1827, y ella se dirige al señor D. José A. Alamo, en la carta siguiente que hemos tomado de la obra ya citada:

Caracas, 3 de noviembre de 1827.

Señor José A. Alamo.

Mi estimado señor:

He recibido una carta de mi amo Simón, fecha 21 de setiembre, de Bogotá, en que me dice que me recomienda a su merced, para que me supla la suma de 30 pesos mensuales. Creo seguramente que su merced lo verificará, y espero que su merced tendrá la bondad de contestarme lo más pronto posible, porque estoy muy necesitada y debiendo mucho, porque desde que mi amo se fue no he recibido ni media de mesada.

Me alegraré que su merced se halle sin novedad y mande a su humilde servidora.

Hipólita Bolívar.

Sin duda que ella fue trascrita a Bolívar, y esto explica que aumentara las pensiones a dos onzas de oro, para aliviar la existencia de esas mujeres de oscuro origen; pero una de ellas la verdadera madre, como la llamó en carta que escribió él a su hermana, desde el Cuzco.

En el mes de enero de 1827, obedeciendo a la llamada de su Patria, regresó del Perú, lleno de gloria, e hizo su entrada triunfal en Caracas.

Tal vez si la leche de la esclava inculcó en su ser el odio a la esclavitud, que más tarde le hizo romper las cadenas que sujetaban a millones de seres oprimidos. Tal vez si las amargas lágrimas de los ojazos blancos de la negra, al rodar sobre el rostro del niño, fecundaron en su espíritu el genio de la libertad, hecho ideal y programa, años después, en su juramento del Monte Sacro. Tal

vez sus tristes cánticos, despertaron en su alma el vivo deseo de escuchar las marchas triunfales de la libertad. Pero lo que si es indiscutible, es que esa negra fue la verdadera madre del Libertador, y que hizo brotar en el espíritu de Bolívar un amor entrañable para ella. Fue su primer amor. Amor que le consagró toda su vida, y del que existen pruebas irrefutables.

Sólo fue la esclava Hipólita quien amamantó a Bolívar; pero quien se encargó de su cuidado, como niñera, fue otra esclava, negra también, del Ingenio de San Mateo.

El amor por estas dos esclavas, que él manumitió y sostuvo hasta su muerte fue consagrado en cartas y en páginas que guarda, como joyas probatorias, la historia documentada de su vida.

El guerrero que había siempre escuchado las dianas del triunfo; el hombre que marchó sobre sendas alfombras de laureles, recogidos desde el Orinoco hasta los límites del Alto Perú, volvió a su ciudad nativa, guiado por los resplandores de la gloria, vigilado por la historia, aclamado por millones de hombres libres, merced a su genio y a su nobleza, y esa entrada constituyó una verdadera apoteosis.

Entre la apiñada multitud, el ruido de las banderas militares, las aclamaciones, el tronar de los cañones, el repique de todas las campanas, apenas si podía pasar lentamente el carro en que iba Bolívar, llevando a su lado al General Paez.

De pronto reconoce El Libertador, entre el mar humano que le rodeaba, a Hipólita, ya casi anciana, de sesenta y cuatro años, y hace detener el carro triunfal, se baja, rompe las masas apiñadas que le rodean, y llega hasta ella, a quien estrecha largo rato entre sus brazos.

En este abrazo y en las lágrimas que ambos derramaron quedó ratificado un amor que nunca se borró.

Hipólita murió el 26 de junio de 1835, de setenta y dos años; y cuando visitamos el Ingenio de San Mateo, conocimos a un nieto de ella, con el cual conversamos largamente. Los restos de la negra que alimentó al infante, después Libertador de cinco naciones, descansan en el cementerio de la parroquia de San Pablo, y a ellos dio sepultura el párroco, doctor Jacinto Madeleine, según reza la partida de defunción.

Sobre Matea, vamos a transcribir aquí lo que de ella dijo un diario caraqueño:

Matea.— “Entre las personas que el domingo paseaban en la Exposición, llamaba generalmente la atención una anciana de color, que asistía a la apoteosis que presentaba aquel palacio, casi sin comprenderla. Esta anciana debe tener más de 110 años. Llámase Matea y perteneció a la casa de Bolívar.

“Tratábase en efecto de la niñera del Libertador. Algunas de las notabilidades extranjeras que por aquellos días fueron nuestros huéspedes, se trasladaron una mañana a casa de los señores

Camacho, sóbrinos de Bolívar, a conocer y entrevistar a Matea.

Halláronla en el corredor, sentada entre las señoras, cuidada como una reliquia; baja de cuerpo, llena la cara de arrugas, vestida de zaraza, limpia y bien planchada la ropa y con un pañuelo de hilo atado a la cabeza, llevando en la mano un grueso bastón. Fresca y vivaz su memoria de los tiempos heroicos, dijo a los visitantes como era nacida en el Llano, en el pueblo de San José; traída a Caracas de edad de cuatro años, a la casa de sus amos, en la Plaza de San Jacinto, la cual, dijo, había sido de altos, que cayeron con el terremoto, siendo la parte alta, vivienda de su amo Juan Vicente, y la baja de Doña Concepción, en cuya alcoba había nacido Bolívar, y que a éste "lo crió Hipólita, y lo alzaba y jugaba con él".

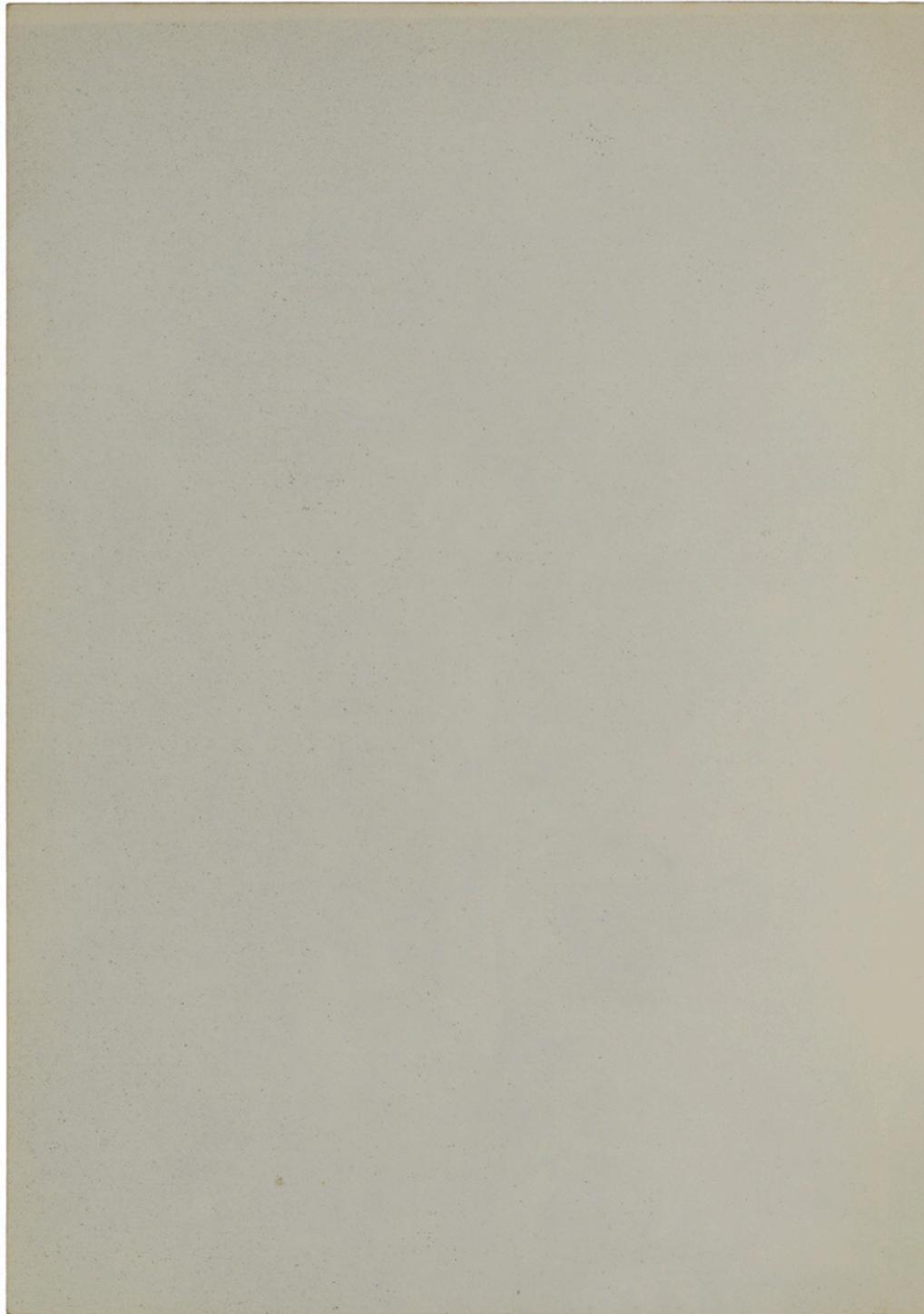
Respondió también que había estado en San Mateo, en el Trapiche, con el "niño" Ricaurte; que había acudido con la gente para el pueblo cuando estalló la polvareda; que las metieron en la iglesia, pero que no oyó lo que dijo Bolívar, "porque ellas no se metían en las conversaciones de los blancos".

¿Cuándo murió Matea?

No lo sabemos; pero sí podemos afirmar que de ella tiene recuerdo muy vivo la alta sociedad y el pueblo de Caracas, que la miraban como una reliquia viviente de los heroicos días bolivarianos.

(Tomado de: Juan Francisco Pazos Varela, *Así era Bolívar*, Lima, Imprenta Americana, 1940, 160 p.).





Juan Salaverry

EL TACO FAVORITO DE BOLIVAR

(Al tradicionista Don Ricardo Palma)

A principios del año 1824 nadie daba tres cominos por la causa de la independencia. Esta pobre patria, cual barco con tripulación diezmada, sin timón ni velas y combatido por furioso temporal, estaba a punto de irse a pique y, como decía la lorita del cuento de marras, nos... lucimos toditos.

Por una parte los triunfos obtenidos por los españoles en varias batallas como Ica, Torata y Moquegua; la sublevación de las fortalezas del Callao en su favor; y la deserción que, en grande escala, cundía en el ejército patriota, de cuyas filas, no solo individualmente, sino en masa y formación unida, se pasaban al Rey los regimientos haciéndolo, no como quiera los que no se habían batido, sino hasta los que habían vencido y escarmentado a los españoles en muchos combates; y por otra, la ineptitud y debilidad del gobierno de Torre Tagle; la escisión de Riva Agüero; la destrucción del ejército de Intermedios, y las intrigas de todos —patriotas, realistas y auxiliares— habían introducido el más absoluto desconcierto en la administración,

el pánico en la población pacífica, el desaliento en los patriotas de buena ley, y dado la más jactanciosa seguridad a los arrogantes realistas de pura sangre.

Vamos, si aquello era para los *insurgentes* pleito perdido y con costas; y para nuestros amos los *godos*, navegar en popa a todo trapo. Y tenían razón: contaban con 18.000 soldados perfectamente armados, equipados, con una admirable disciplina, (como ya no se estila), justamente engraidos con sus recientes victorias y mandados por generales de quitarles el sombrero, como Canterac, Valdéz y muchos otros, que, en España, se habían medido (y aún vencido) con los vencedores en Austerlitz.

Las fuerzas españolas estaban escalonadas de Norte a Sur, ocupando la vanguardia el ejército del Norte, compuesto de ocho batallones con 7,000 hombres de infantería, 1,300 de caballería y nueve piezas de artillería, al mando de Canterac, teniendo su cuartel general en Huancayo. Estaba fraccionado en dos divisiones de infantería al mando de los mariscales de campo Maroto y Monet, y una de caballería a las órdenes del brigadier Bedoya.

Entre tanto el ejército patriota, formado por tropas colombianas, recién llegadas de su cálido país, y de los restos del ejército peruano salvado de la segunda campaña de Intermedios, estaba diseminado de Trujillo a Huaraz; se reconcentraba en esta última ciudad y pueblos de sus alrededores; se aclimatava al rígido temperamento de la sierra; y en una palabra, se preparaba a tomar la ofensi-

va, ya que la inexplicable inercia de Canterac se lo permitía.

Desde el mes de julio recibía Canterac frecuentes avisos, más o menos vagos, de que Bolívar emprendía la marcha sobre él; y como igual noticia le trasmitiese desde el Callao el general Loriga, principió a inquietarse; y también se preparó para hacer frente, o cuando menos hostilizar al Ejército Unido-Libertador el que compuesto de poco menos de 6,000 hombres con regular disciplina, aunque con el mejor espíritu se había movido de Huaraz a fines de junio, abriendo Bolívar la campaña con ánimo de batir a Canterac, jugando el todo por el todo.

Bolívar abrigaba la remota esperanza de llegar sin ser sentido y sorprender a los realistas; pero éstos, aunque sin noticias detalladas, estaban ya sobre aviso; sabían que el chubasco se les venía de Huaraz, aunque no por donde se dejaría caer, bien que presumían fuese por el Cerro de Pasco, cuya población suponían ocupase Bolívar a fin de sacar de ella recursos pecunarios y de toda especie, de los que bien escaso estaba el ejército patriota.

Queriendo Canterac salir de dudas, y confiando justamente en la calidad de sus tropas ya reunidas en Jauja, salió de esta población con todo su ejército el 1º de agosto; y pasando por Tarma avanzó, camino del Cerro, hasta Carhuamayo, a cuyo lugar llegó el 5; y dejando allí la infantería y artillería, se puso al frente de la caballería para

reconocer hasta Pasco, distante 6 leguas, siguiendo el camino real que va por la pampa de Junín, por la parte oriental de la gran laguna de Chinchaycocha o Reyes.

Supo allí con sorpresa que el ejército patriota, que había desembocado por los pueblos de Sacrafamilia, Diezmo y Conocancha, se dirigía por el escabroso camino que pasa por la parte occidental de la laguna; y comprendiendo que su objeto era dirigirse por Yauli u otro punto sobre el valle de Jauja, base de recursos de Canterac, e interponerse entre él y los refuerzos que pudieran llegarle cortándole toda retirada, regresó precipitadamente a Carhuamayo, donde llegó en la noche; tomó sus precauciones para evitar una sorpresa, y en la mañana del 6 emprendió la retirada sobre el pueblo de Reyes, siguiendo un camino paralelo al que llevaban los patriotas, y a las dos de la tarde los divisaba por su derecha a retaguardia.

Los patriotas, que ansiaban combatir, divisaron también al enemigo y apuraron el paso; pero lo escabroso del camino y la superioridad en el andar de parte de los realistas que marchaban por el llano, los alejaba de ellos cada vez más.

Bolívar estaba desesperado: se frustraba el plan de obligar a Canterac a empeñar la batalla y, aunque la tropa de éste era suficiente para aceptarla, lejos de eso, ponía tierra de por medio, sea en demanda de una posición, o en busca de refuerzos para empeñarse más tarde con absoluta probabilidad de éxito.

Quiso el Libertador provocar un lance, arrojando el guante a los realistas, y poniéndose al frente de la caballería avanzó a picar la retaguardia del enemigo, que le llevaba dos leguas de delantera.

La caballería del Ejército Unido Libertador, al mando del general argentino Necochea, se componía de 900 hombres, divididos en ocho escuadrones y marchaba en columna en el orden siguiente: dos escuadrones de Granaderos de Colombia, un escuadrón argentino, tres escuadrones de Húsares de Colombia y dos escuadrones de Húsares del Perú. Había avanzado dos leguas a vanguardia de su infantería y marchaba por un camino encajonado y escabroso.

Canterac, siempre vigilante, no perdía de vista al enemigo; y calculando que no tardaría en entrar al llano y que convenía atacarlo antes de que lo hiciera, fiado en la superioridad numérica y militar de los suyos y en las entusiastas y reiteradas insinuaciones que hacía la tropa por venir a las manos, mandó como a las 4 de la tarde, hacer alto a la caballería y continuar su camino al resto del ejército.

La caballería española al mando del brigadier Bedoya, con un total de 1,300 hombres, se componía de tres regimientos: "Fernando VII", "Dragones del Perú" y "Dragones de la Unión" con cuatro escuadrones cada uno. Era compuesta de gente escogida, perfectamente montada, equipada y disciplinada, mandada por jefes de reputación,

y merecía la confianza, sino la preferencia de Canterac.

Eran cerca de las cinco de la tarde y comenzaban los patriotas a salir de un desfiladero, formado por los cerros de una cadena de la cordillera y los pantanos producidos por los desbordes de la laguna, y principiaban a desplegar apenas los dos escuadrones de "Granaderos de Colombia", que habían penetrado a la pampa, cuando Canterac desplegando rápidamente en batalla los ocho escuadrones de los "Húsares de Fernando VII" y "Dragones del Perú" y a cada flanco en columna dos escuadrones de "Dragones de la Unión", embistió sobre los patriotas, lanza en ristre y sable en mano.

Tremendo fue el choque de la caballería española contra los "Granaderos de Colombia", los que, aunque resistieron a pie firme, fueron pronto envueltos y acuchillados por los realistas, que inmediatamente cargaron sobre los escuadrones patriotas que aún no habían salido del desfiladero, los que desordenados por los "Granaderos" que retrocedían y por la violenta carga de los realistas, peleaban, se defendían con valor, pero eran envueltos por los enemigos, cundiendo entre ellos el pánico y el desorden.

Todo era una confusión; la vanguardia patriota estaba desbaratada; y los realistas metidos ya en el desfiladero sableaban al centro, formado por el escuadrón argentino y "Húsares de Colombia", el que se arremolinaba y desorganizaba cada

vez más sin que pudieran evitarlo los jefes, que al intentarlo caían al filo del sable o botes de lanza de los realistas, habiendo caído ya, entre otros, el general Necochea, cuando la retaguardia patriota, cerrada por los escuadrones peruanos, hasta los que ni el combate ni el desorden había llegado aún y que permanecían en perfecta formación, guiados por el intrépido comandante D. Isidoro Suárez, abandonando su puesto y metiéndose por entre los pantanos que la laguna formaba a su izquierda, lograron flanquear completamente la derecha y salir a la pampa por su retaguardia.

Una vez en el llano, se encontraron con un escuadrón de "Fernando VII", sobre el que impetuosamente cargó el 2º escuadrón peruano guiado por Sowersby, despedazándolo y batiéndolo con otro escuadrón enemigo que lo acometía de flanco, mientras el primero mandado por Suárez, se metía al desfiladero por el mismo camino seguido antes por los realistas, los que ya casi desorganizados sableaban y hacían prisioneros entre la caballería colombiana rota y en desbande, los cargó por retaguardia, *cuchareándolos* a mansalva.

Sorprendidos los victoriosos realistas por un ataque que no esperaban, y cargados con ímpetu por el escuadrón peruano, tuvieron que dejar la persecución de la tropa colombiana y volver caras para hacer frente; pero los nuestros no les dieron lugar; los acabaron de desorganizar y los sableaban sin misericordia. Cuando la caballería colombiana, libre de la persecución y rehecha gracias a

tan oportuno auxilio, cargó también sobre los realistas que quedaron encerrados y acometidos por todas partes, no tardaron en desbandarse y huir a *sálvese quién pueda*, sin que en la pampa dejaran de ser perseguidos por espacio de más de una legua, hasta ser incrustados entre las filas de su infantería que creía eran los patriotas los que venían arreados.

Bolívar, que había presenciado el destrozo de los "Granaderos de Colombia" que formaba la cabeza de la columna, y que ya los escuadrones del centro eran envueltos, juzgando la pérdida y no esperando nada de los escuadrones peruanos de retaguardia, por ser tropa bisoña y de reciente creación: no aguardó más y seguido de su Estado Mayor, voló al alcance de la infantería para evitar fuese también sorprendida en la desorganización natural de la marcha; la encontró una legua retaguardia; mandó hacer alto y formar, y la proclamaba diciendo: —"Soldados! hoy ha sido batida la caballería, pero mañana triunfará la infantería, —"cuando apareció un jinete a todo galope gritando: Victoria! victoria! y daba a Bolívar un retazo de papel en el que escrito con lápiz y en jerga hispano-inglesa, le daba cuenta Miller que la caballería peruana había volteado la tortilla, haciéndoles a los godos un pan como unas hostias.

Poco después llegaba, también a escape, un grupo de jinetes, y llegados ante el Libertador exclamaron: "Victoria, victoria! por la caballería de Colombia" y olvidándose entonces Bolívar de que

era colombiano desde la espuela hasta el plumaje del sombrero de picos, en un arranque impremeditado de reproche les gritó: LA PIN. . . .TURITA! La caballería peruana es la que ha dado el triunfo! Viva el Perú!!

Bolívar fue verdaderamente grande en ese momento, porque supo dominar su colombianismo para hacer plena justicia, dando la corona del triunfo a quien la merecía: los "Húsares del Perú", que fueron los que con su maniobra de flanqueo y arrojada carga dieron positivamente la victoria, recibieron por nombre el del campo de batalla.

Pero si a Bolívar no lo empequeñecía su colombianismo, sus tenientes, unos por pasión y otros por servil adulación, era mezquinos. ¿Que exageramos, dice usted, caro lector? Nada de eso; allí están en letras de molde para confirmar nuestro aserto, el oficio en que el Secretario del Libertador, general Tomás Heres, (colombiano rabioso) daba cuenta de la batalla al Ministro General; nada dice en él, del estratégico movimiento operado por la caballería peruana, ni de su brillante y oportuna carga, que fue la que trocó la derrota absoluta en victoria completa.

¿Tuvo en ello parte Bolívar? ¿Fue obra exclusiva de Heres? No hay como saberlo positivamente, pero parece mas probable lo segundo.

Y ¿qué diremos del parte pasado por el general Santa Cruz (boliviano) Jefe del Estado Mayor General? En él, como en el de Heres, brilla por su ausencia la verdad; mejor dicho, la imparcialidad. Se

divaga de una manera general, no se detallan los hechos y para nada se cita a la caballería peruana, que tanto se singularizó en la batalla. ¿Sería por no punzar el lado flaco del Libertador, o por halagarlo y congraciarse con él? Parece que de todo un poco.

“Quien tiene rabo de paja
“huye de la llamarada”,

dice el refrán popular, y Santa Cruz tenía de pura yesca, un rabazo que ni el de un buey.

No era, por cierto, poca cola el haber perdido ridículamente y sin disparar un tiro, todo el brillante ejército de más de 5,000 hombres con que emprendió la segunda campaña de “Intermedios” y del que apenas salvaron 800; ni tampoco era poca candela la del Consejo de Guerra que debió juzgar al inepto general, al que salvó el desconcierto político del país, pero que podía reunirse si Bolívar arrugaba el ceño.

La PIN... TURITA! era el taco favorito de Bolívar; pero a pesar de lo crudo de la palabri-lla, nunca fue más oportuna y expresiva que en la tarde del 6 de agosto de 1824.

(Tomado de: Revista El Ateneo de Lima, tomo IV, 1887, p. 372 - 376).

Enrique D. Tovar

LA CASACA DE SIMON RODRIGUEZ

Bien recuerdan todos, aquella famosa carta que desde Pativilca dirigió el Libertador Bolívar a su antiguo ayo y maestro don Simón Rodríguez, carta que, como corolario, trajo el viaje de Rodríguez para reunirse con su compañero de andanzas por tierras de Europa.

Cuando a las puertas del palacio dictatorial descendió el pedagogo de su cabalgadura, Bolívar salió a recibirle, reconociéndole entre los miembros de la comitiva y echándose cariñosamente en sus brazos.

—Pero, hombre, ¿después de tanto tiempo sin vernos, me reconoce Ud.?, —exclamó Rodríguez.

—Sí, lo reconocí al momento, mi querido Robinson, (*) por la casaca, que es la misma que llevaba Ud. puesta cuando ascendimos en Roma la cuesta del Monte Sacro...

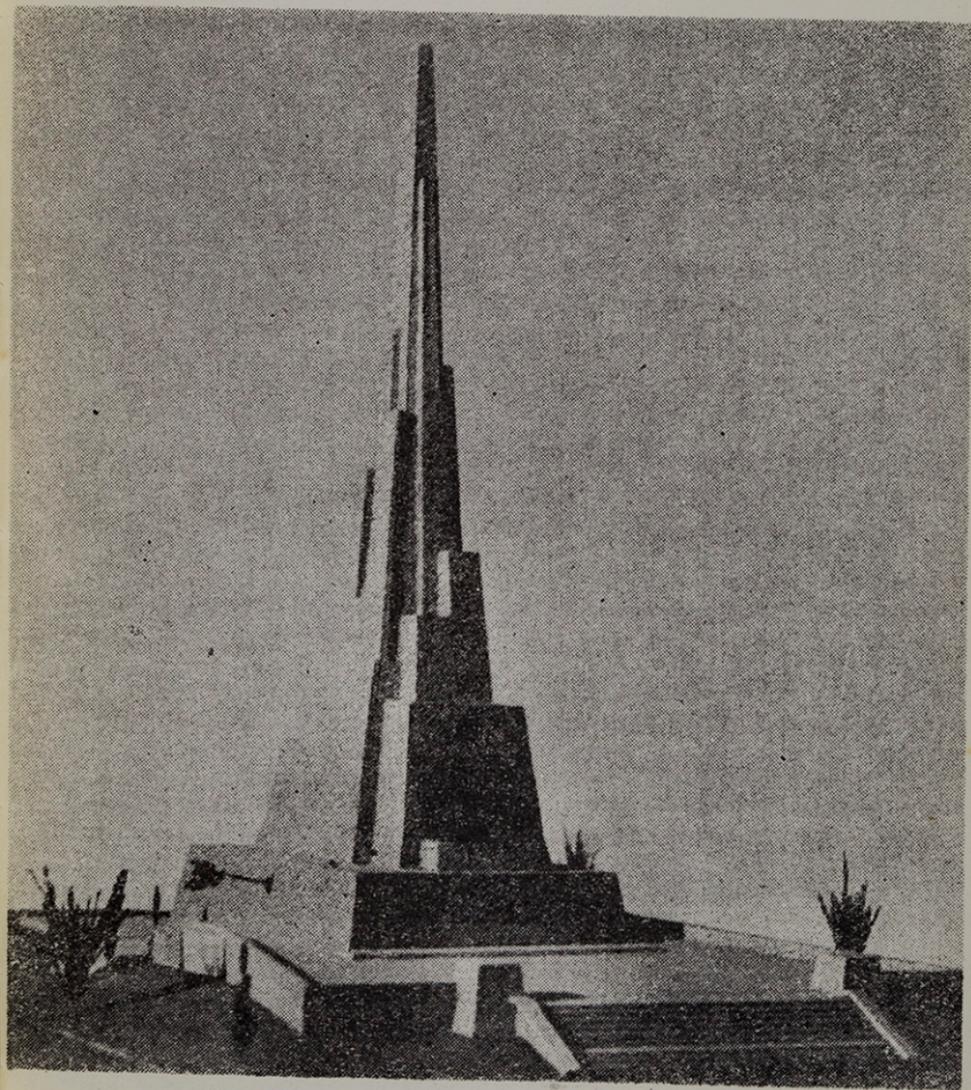
Simón Rodríguez rió con estruendo al escuchar tal alusión del discípulo a su descuido en el vestir, y agregó:

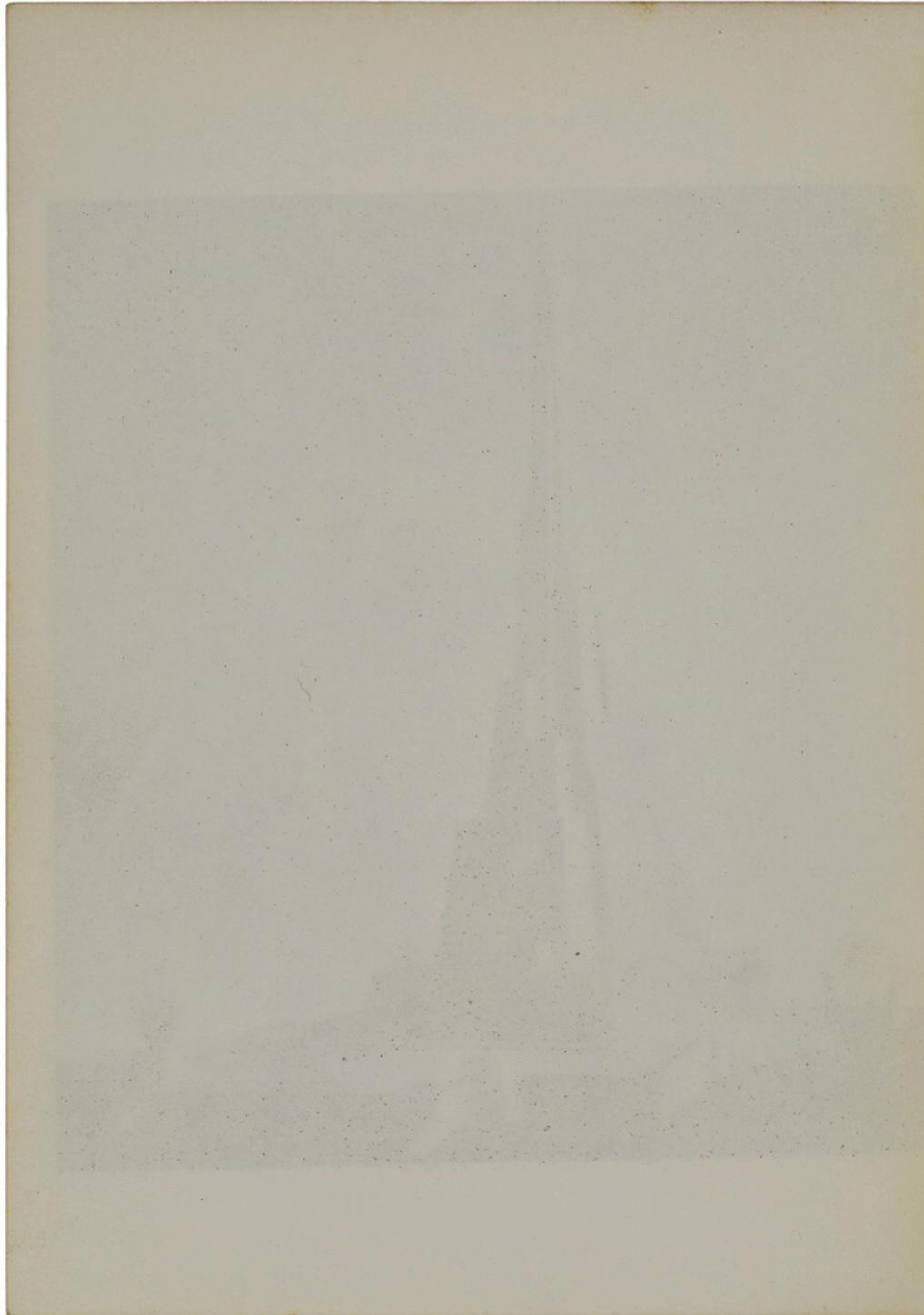
(*) Robinson era el seudónimo de Simón Rodríguez. (N. del R.)

—Yo no he mudado de traje, y Ud., según veo, tampoco ha cambiado de carácter...

—¡Ah! —exclamó el Libertador— Créame que si el carácter pudiese cambiarse como las camisas, ya lo habría hecho mil veces, y sería el hombre más feliz del universo!

(Tomado de: Enrique D. Tovar, **Ropa ligera. Anecdotario de la vida nacional**, Lima, 1927, p. 40 - 41).





INDICE

Prólogo	
BOLIVAR COMO ASUNTO LITERARIO	
por Estuardo Núñez	7
Luis Alayza Paz Soldán	
EL CAPITAN BUSTOS	15
Ciro Alegria (1909-1967)	
ENTRE BOLIVAR, ESPARTERO Y UN EXTRA . .	211
Eleazar Boloña (1869-1936)	
MUERA EL VIRREY	31
Eleazar Boloña	
ENTRE MIS BRAVOS NO HAY TRAIADORES . .	39
Juan Vicente Camacho (1829-1872)	
RECUERDOS DE ANTAÑO	45
Carlos Camino Calderón (1884-1956)	
EL LIBERTADOR ¡Y SU SEÑORA MADRE! . . .	61
Carlos Camino Calderón	
EL CLAVO QUE EL LIBERTADOR NO PUDO ARRANCARSE	67
Carlos Camino Calderón	
EL BRUJO DE CHICAMA	75
Luis Benjamín Cisneros (1837-1904)	
LA MEDALLA DE UN LIBERTADOR	85

Abelardo Gamarra (1850-1924)	
UNA MINGA PATRIOTICA	103
Augusto León Barandirán (1895-1950)	
EL PADRINAZGO DE BOLIVAR	109
Juan de Mata Peralta R. (1900- ?)	
UN BESO Y UNA BOFETADA	115
Ricardo Palma (1833-1919)	
PAN, QUESO Y RASPADURA	121
Ricardo Palma	
JUSTICIA DE BOLIVAR	137
Ricardo Palma	
BOLIVAR Y EL CRONISTA CALANCHA	143
Ricardo Palma	
LA FIESTA DE SIMON GARABATILLO	153
Ricardo Palma	
AGUA MANSA	157
Juan Francisco Pazos Varela (1870-1951)	
HIPOLITA Y MATEA	165
Juan Salaverry (1850 ?-1900 ?)	
EL TACO FAVORITO DE BOLIVAR	175
Enrique D. Tovar (1888-1947)	
LA CASACA DE SIMON RODRIGUEZ	185

INDICE DE LAMINAS

	<u>Pág.</u>
1. Libertador Simón Bolívar	5
2. Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho	37
3. Libertador Simón Bolívar	65
4. Iglesia de San Cristóbal de Huamanga	101
5. Casa de Justo Flores, residencia del Libertador en Ayacucho	113
6. Vista aérea del campo de Ayacucho	119
7. Aspecto exterior de la casa de Justo Flores, resi- dencia del Libertador	163
8. Capitulación de Ayacucho	173
9. Fotografía de la maqueta del monumento a los Vencedores de Ayacucho	187

INDEX DE LAMINAS

Pág.

1	Librería Sanjo Holzer
2	Alfonso José de Soto, Gran Mariscal de Ayacucho
3	Librería Sanjo Holzer
4	Plaza de San Cristóbal de Huancayo
5	Casa de Juan Echevarría, presidente del Libertador en Ayacucho
6	Vista aérea del campo de Ayacucho
7	Alfonso Antonio de la Cruz de Juan Echevarría, presidente del Libertador
8	Comandante de Huancayo
9	Proyecto de la estatua del monumento a los Libertadores de Ayacucho

Esta obra se terminó de
imprimir en los Talleres
de la Imprenta Editori-
al Lumen S.A.; en
Noviembre de 1974

P (8237)

BIBLIOTECA NACIONAL
Oficina de Procesos Técnicos

26 FEB 1970

987. D41

Z 4111

Esta obra se encuentra
deposada en los
de la
del
de



biblioteca
nacional
del Perú



0000329744

BNPCBN

